Giovanni Papini

Pasado remoto

24

© 1960, by ESCELICER, S. A.—Héroes del Diez de Agosto, 6. MADRID

Depósito legal: AV.-4-1960.—Núm. Regtro.: 6.462-59

GRÁFICAS SENÉN MARTÍN. - PASEO DE SAN ROQUE, 42. - AVILA.

GIOVANNI PAPINI

PASADO REMOTO

(1885-1914)

ESCELICER, S. A.

Título original italiano:
PASSATO REMOTO

Versión española de
V. PERAL DOMINGUEZ

I N D I C E

LAS COSAS CLARAS..... 11

La caricia del Anticristo *(Nietzsche)*..... 15
Huracán de caridad..... 18
El descubrimiento de la fachada..... 20
El ejército de hierro..... 21
Dogali..... 23
Asia y América..... 25
El ejército rojo..... 28
El cura darvinista *(G. Trezza)*..... 31
El exilado polaco *(T. Lenartowicz)*..... 33
El saludo a la emperatriz *(La Reina Victoria)*..... 35
Ouida..... 37
Tommaseo y mi madre..... 41
La Tercera Roma *(G. Bovio)*..... 43
El poeta gigante *(M. Palazzi)*..... 47
La Hermandad Artesana..... 50
Il Vero Monello *(A. Novelli)*..... 53
Adua..... 56
Los motines de mayo..... 59

El poeta profesor (*D. Garoglio*)..... 62
El Ejército de Salvación (*Booth*)..... 67
Hombres de la calle..... 70
Carducci..... 74
Las cinco jornadas..... 76
Los últimos maestros..... 79
Los «mártires» de Wagner..... 84
El regicidio..... 87
El descubrimiento de Roma..... 93
El asceta osteólogo (*E. Regàlia*)..... 97
El senador erótico (*P. Mantegazza*)..... 103
El cura modernista (*S. Minocchi*)..... 106
El palacio Corsini..... 111
La Biblioteca Teosófica (*A. Reghini*)..... 114
Enrico Corradini..... 119
Sidney Sonnino..... 128
D'Annunzio..... 132
El pintor loco (*H. De Groux*)..... 138
Jurghis Baltrusaitis..... 141
Helvetia felix (*V. Pareto*)..... 147
Henri Bergson..... 152
El coleccionista de hombres (*C. Placci*)..... 157
El sacerdote sin paz (*E. Buonajuti*)..... 162
Lombroso y la Toscana..... 170
El pagano de ultramar (*H. B. Brewster*)..... 172
Teodoro Däubler..... 175
William James..... 179
Los poetas del Café Aragno..... 182
El marqués de Rudini..... 189
Giovanni Amendola..... 192
David Edström..... 196
La revolución de las Galias..... 200
Remy de Gourmont..... 204
Péguy y Sorel..... 208
La reina de Nápoles..... 212
La mirada de Lenin..... 215
El pintor benedictino (*W. Uerkade*)..... 218

El chino de Livorno (*C. Puini*)..... 220
Romain Rolland..... 224
El sacerdote poeta (*L. Le Cardonnel*)..... 228
F. T. Marinetti..... 232
El poeta loco (*D. Campana*)..... 235
Primavera en París..... 240

LAS COSAS CLARAS

Este libro no es ni pretende ser una autobiografía. Los que acometen la empresa de contar su vida con pelos y señales, desde la primera infancia, es de suponer son personajes muy importantes en la escena del mundo y que ya han terminado y perfeccionado su obra. No soy tan humilde ni tan soberbio.

Este es, más bien, un libro de recuerdos personales y, si hablo en primera persona, es, sencillamente, porque lo exige el relato y sólo para presentar las figuras y los hechos de terceras personas. Se trata, pues, de una colección de testimonios sobre determinados acontecimientos y caracteres que observé en los más remotos años de mi vida y particularmente sobre los hombres que conocí. Con unos y otros me he propuesto contribuir al conocimiento de los aspectos, temperamentos, gustos, ideas y costumbres del período 1885-1914 que hoy, después de las guerras y revoluciones que han alterado la faz de Europa, puede llamarse muy bien remoto. *Si en alguno de estos recuerdos aparezco*

como protagonista, o poco menos, persiste, con todo, el propósito de evocar algunos temas y aspectos de aquella lejana época.

Debo añadir, además, por lo que respecta a las personas, que esta colección de testimonios *está muy lejos de ser completa. He excluido de ella a los que aun viven, por razones que el discreto lector comprenderá sin dificultad, y a los fallecidos, de que ya traté ampliamente en otras obras mías, porque no quiero repetir lo mismo. Por esto no figuran en las presentes páginas Vailati y Calderoni, Spadini y Ghiglia, E. L. Morselli y Ferdinando Tirinnanzi, Medardo Rosso y Renato Serra. Solamente he exceptuado a Carducci. Finalmente, he excluido a todos aquellos que sólo conocí de pasada o no eras aptos para ilustrar la inteligencia y la cultura de la época. A pesar de esta exclusión necesaria, creo que los hombres, que evoco más o menos fugazmente, son suficientes para dar una idea del clima histórico y espiritual de los treinta años que señalan el tránsito entre ambos siglos. Entre ellos los hay italianos y extranjeros, célebres y poco conocidos o totalmente ignorados, estadistas y hombres de estudio, artistas y filósofos, escritores y científicos, monarcas y plebeyos, extravagantes y revolucionarios, sacerdotes, monjes y profesores de humanidades.*

No pretendo, por supuesto, haber esbozado, ni siquiera diseñado, el cuadro de una época tan crítica y compleja, sino únicamente haber sintetizado aquellos rasgos y retratos que mi memoria de espectador atento y observador ha conservado y que podrían servir, a lo sumo, de modestísimos documentos para una futura historia del espíritu europeo de los tiempos modernos.

Confío en que estas palabras no pasarán inadvertidas a cuantos deseen hablar de esta obrita, ya que no

han faltado críticos que me han echado en cara el no haber encontrado en mis libros precisamente lo que yo he tenido intención de poner, o, lo que es peor, han tergiversado mis claras intenciones.

De ciertos episodios y personajes conservo apuntes y notas de la época; para todos los demás me he valido de mis recuerdos.

Quizá esté de más añadir que cuanto cuento y describo lo he presenciado personalmente, o, lo que es menos frecuente, me lo han referido personas que tengo razón para considerarlas dignas de crédito. Desde los primeros años de mi infancia tuve siempre una buena memoria retentiva, especialmente visual, y no hay por qué extrañarse de que pueda rememorar, incluso hoy, espectáculos o fisonomías de aquellos tan remotos tiempos.

GIOVANNI PAPINI

LA CARICIA DEL ANTICRISTO

En invierno, cuando el tiempo era apacible y lucía el sol, me llevaba mi madre al *Lungarno* antes de ponerse el sol, para ver la gente que regresaba de las *Cascine*. Por aquel tiempo los señores y los extranjeros caminaban durante todo el día, como si cumplieran un rito, todo lo largo del río hasta la tumba del príncipe indio y luego volvían todos juntos a la ciudad. Aquel alegre retorno era uno de los espectáculos más queridos de los florentinos que entonces se contentaban con poca cosa.

Hasta los más pobres presenciaban gustosos aquel brillante desfile de coches tirados por troncos de caballos al trote, que conducían cocheros mayestáticos con botas de montar y escarapelas. Detrás iban damas lujosamente vestidas, según la moda de entonces, y sonrientes caballeros de barba rubia con vistosas chisteras. Asimismo se entremezclaban con ellos coches de alquiler y de punto con viajeros de menor cuantía, pero el conjunto daba una alegre impresión de noble-

za, de gracia y de fastuosidad. Llamaba la atención, entre todos, el coche del señor Livingstone, conocido en toda Florencia con el nombre de "el Americano" que conducía él mismo con elegante maestría un tiro de seis u ocho caballos cubiertos con claras mantas leonadas o anaranjadas.

El estrépito de las ruedas y de los cascos herrados, el tintineo de los cascabeles, el rumor y vocerío de los espectadores daba a este retorno solemne un aire de fiesta: auténtica fiesta de todos.

Cuando, en aquella hora esplendorosa, me conducía mi madre al *Lungarno*, me vestía mejor que de costumbre; me hacía ella misma con retazos de terciopelo usado gorros redondos que hacía resaltar más mis hermosos cabellos largos y ensortijados que caían en delicados bucles sobre mis hombros. Mi madre tenía mucho interés en que yo pareciera un niño rico y, sobre todo, extranjero. Mis rubios cabellos y ojos azules favorecían esta inocente manía o vanidad suya. Y, en efecto, muchas oí que algún extranjero me dirigía algunas palabras en una lengua desconocida, pero que, por la sonrisa que las acompañaba, se comprendía eran de cumplido.

Para disfrutar mejor del espléndido tropel de coches nos gustaba apoyarnos contra la pared de un gran hotel fabricado con placas de mármol blanco y me complacía en acariciar con la mano aquel mármol liso, recalentado por el sol. Un día en que estaba recostado en aquella pared blanca pasaron cerca de nosotros dos hombres altos, extranjeros sin duda. Uno de ellos se detuvo, al verme, y me miró. Yo también, aunque un poco extrañado, me fijé tanto en él que su extraña fisonomía se me quedó grabada. Llevaba gruesos lentes y dos bigotes enormes: su rostro era ancho y carnoso,

pero grave y un poco triste. De pronto alargó su mano derecha, acarició un instante con delicado afecto mis rubios cabellos y cambió unas palabras con su acompañante. Luego, ambos siguieron y ya no los ví más. Mi madre estaba entusiasmada de aquel homenaje, aunque no insólito, a su hijo tan diferente de los demás. En mí quedó impresa durante mucho tiempo la figura extraordinaria de aquel hombre de enormes mostachos que me había mirado y acariciado, tanto más cuanto que semejantes muestras de admiración me las prodigaban casi siempre las señoras.

Muchos años más tarde ocurrió que ví en un libro un retrato muy parecido a aquel desconocido que se paró delante de mí en aquel día lejano. El corazón me dió un vuelco: era el retrato de Federico Nietzsche.

¿Fué acaso alucinación de mi fantasía juvenil, que tanto cautivó a principios de siglo el poeta filósofo de Röcken? Sin embargo, años después, cuando se publicaron las cartas de Nietzsche, tuve la confirmación de que aquel desconocido que acarició mis cabellos, era en realidad, el autor de *Zarutustra*. Precisamente aquel año de mis recuerdos un admirador suyo, el alemán Pablo Lanzki, director del Hotel del Bosque de Vallombrosa, le había invitado allí y Nietzsche pasó unos días en Florencia por última vez. Todavía hoy estoy persuadido de que la mano que escribió *El Anticristo* rozó por un momento, en un claro atardecer de otoño, al que sería autor de la *Historia de Cristo*.

HURACAN DE CARIDAD

Vivíamos en Borgognissanti en un primer piso. Ya iba al colegio pero sólo por la mañana. Después del mediodía, cuando no íbamos al *Lungarno*, pasaba el tiempo solo con mi madre, que atendía a sus quehaceres, pegando calcomanías o asomado a la ventana.

Una tarde gris, húmeda, algo fría, desierta y desolada, un poco antes del crepúsculo, oímos hacia el fondo de la calle un sonido de trompetas, casi afanoso, aunque solemne. El sonido fué acercándose y pude divisar dos carros de color de barro seco, descubiertos y tirados por hermosos caballos de rubias crines y cola que flotaba al viento. En el pescante iba un soldado que conducía y otro que cada diez pasos tocaba una reluciente trompeta de latón. Otros soldados caminaban a pie detrás de los carros que avanzaban lentamente en medio de la calzada.

Entonces mis ojos de niño presenciaron, maravillados, un extraño espectáculo. Casi todas las ventanas se abrieron y se llenaron de caras curiosas, aunque silenciosas. Inmediatamente después comenzó a llover de lo alto de las ventanas sobre los carros y alrededor de todo un poco: bultos de ropa, envoltorios de tela, sacos atados con esmero, líos de color oscuro, misteriosos paquetes que rebotaban sobre las losas de granito.

Parecía como si la gente, presa de súbita locura, quisiese vaciar las casas y se divirtiese en arrojar con silenciosa furia cuanto tenía a mano. Los soldados corrían de un lado a otro recogiendo aquellos trapos

y hacinándolos en los carros. Ví una niña salir por una puerta y entregar tímidamente a uno de aquellos soldados un paquetito blanco atado con una cuerda. Era tan insignificante que no se atrevió a tirarlo desde la ventana por temor a que no lo viesen o se perdiese.

Momentos después, los gruesos caballos se detuvieron, tocaron más fuerte las relucientes trompetas y aquella maravillosa lluvia recomenzaba más adelante. Parecía la víspera del fin del mundo, un delirio de prodigalidad, de purificación. Los gritos, las llamadas, las agudas notas de los trompeteros, los sordos golpes sobre el empedrado, el pisotear de los caballos habían convertido de repente nuestra tranquila calle en un tumultuoso atrio del Apocalipsis.

Y, de pronto, con gran estupor mío mi madre lió un trajecillo mío casi nuevo y, después de envolverlo en una falda negra, lo tiró por la ventana a la calle. ¿Por qué, siendo nosotros tan pobres, arrojaba a los soldados aquel traje?

Más tarde, cuando todo quedó en calma, supe el porqué: en un país lejano, que yo desconocía, la tierra empezó a temblar destruyendo casas y campos; millones de desventurados huían, casi desnudos, y no tenían nada que ponerse. Y el Ejército iba recogiendo desechos de ropas para aquellos infelices.

Por primera vez, en aquel helado crepúsculo, comprendí la fuerza de la caridad de un pueblo pobre y, a pesar de todo, cristiano.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA FACHADA

AQUELLA tarde de mayo de 1887 fué para mí realmente memorable. Mi padre y mi madre se vistieron mejor que de costumbre, me cogieron de la mano y me sacaron a la calle. Acontecimiento insólito, porque jamás salíamos por la tarde, salvo un par de veces en carnaval para ir al teatro Rossini en Borgognissanti o al teatro Alfieri en la calle Pietrapiana —ambos desaparecidos— para ver las comedias de Stenterello.

Las calles estaban más concurridas que de costumbre, pero, como siempre, medio a oscuras entre algún que otro débil y amarillo farol de gas. En esto que, al desembocar de improviso de una callejuela en la plaza del Duomo, surgió el milagro inesperado, el fantástico portento.

La luna había bajado del cielo y se había multiplicado delante de nosotros. Cinco o seis relucientes y refulgentes lunas con un resplandor nunca visto, excepto en el plenilunio, brillaban en lo alto de unas altísimas antenas. Se trataba, como después supe, de lámparas de arco voltaico que habían encendido por primera vez en aquella tarde inverosímil.

Iluminaban un segundo prodigio, no menos sorprendente que el primero. Frente a ellas se alzaba más majestuosa con aquel nuevo y potente resplandor un altísimo y blanquísimo muro de mármol, en el que brillaban por doquier los dorados de los nichos y mosáicos. Una muralla ciclópea en su blancura, dividida en tres compartimientos, florecida de encajes y tallas, repleta de estatuas de ancianos venerables. El campa-

nario de Giotto, que a la derecha velaba como un severo centinela polícromo, ya no parecía el mismo: la nunca vista luz eléctrica le había transfigurado y como agigantado.

Aquella enorme muralla rutilante era la nueva fachada de Santa María del Fiore, que en aquel día, después de una expectación de siglos, había sido descubierta, por fin, en presencia del rey y de la reina.

Una muchedumbre atónita y alborozada llenaba la plaza y yo, encaramado a la verja que protege la puerta del Paradiso, no me saciaba de aquel espectáculo, que turbaba mis sentidos y conmovía mi corazón de niño. Me parecía que ya no estaba en mi ciudad, que había sido trasladado a otro mundo, a un mundo distinto, a un mundo fabuloso y encantado y, no obstante, jubilosamente real, infinitamente más digno de habitarlo que aquel en que acostumbraba a vivir.

A mi padre le costó trabajo arrancarme de allí; por la noche me costó conciliar el sueño. Ya han transcurrido sesenta años, pero jamás he olvidado aquella embriagadora, prodigiosa y sobrenatural visión.

EL EJERCITO DE HIERRO

Dos o tres días después de esa tarde mágica íbamos mi padre y yo por la calle dei Fossi cuando oímos detrás de nosotros rumor de pasos numerosos y pesados que se acercaba. Nos detuvimos en la plaza de Ottaviani para contemplar con más comodidad la nueva maravilla.

Un ejército ecuestre, interminable, empezó a desfilar a paso lento ante mi vista. Marchaban en cabeza jóvenes heraldos con pelucas rubias que enarbolaban ban-

deras blancas y azules en las que campeaban figuras nunca vistas de grifos y dragones. A continuación venían algunos caballeros barbudos, cubiertos de corazas resplandecientes al sol y montados en caballos cubiertos de gualdrapas de terciopelo color de fuego. Estos guerreros, revestidos de plumas y de hierro, nos miraban con altivez como si regresasen de una victoria, y blandían espadas de empuñaduras labradas y doradas. Detrás de ellos, sobre un caballo blanco, adornado con gualdrapas de color verde, marchaba una especie de príncipe con un manto verde esmeralda sobre la armadura y un séquito de caballeros que llevaban insignias y escudos del mismo color. Se trataba, según me dijo mi padre, del conde Verde que hacía su entrada en Florencia para rendir pleitesía a su biznieto el rey Humberto.

Luego seguían, en apretadas filas, con un atuendo más severo el ejército propiamente dicho: los arqueros con el casco de cuero, los honderos con cota de malla, innumerables guerreros de rostro fiero con largas lanzas terminadas en hojas de laurel o hacha de verdugo.

Comprendí en seguida que eran soldados, pero ¡cuán diferentes de aquellos infantes saboyanos de uniforme azul turquí y bocamangas rojas, ridículos quepis con una bala en lo alto que llevaba un vulgar número, que a menudo veía yo salir en tropel con las impacientes polainas blancas del cuartel cercano a nuestra casa! No podía creer que aquel ejército fuese de verdad, formado por hombres de carne y hueso con auténticas armaduras. De pronto el cortejo se detuvo unos instantes antes de entrar en la plaza de Santa María Novella. No pude aguantar más. Rogué a mi padre que me empinase en brazos y se acercase más a aquellos

terribles armígeros. Alargué la mano y acaricié suavemente con mezcla de curiosidad y de terror la cota de acero que cubría a un hondero. Sentí el frío penetrante del hierro: así, pues, no era un sueño, una alucinación. Todo aquel ejército era un auténtico ejército de seres vivos. Aquellos hombres habrían podido herir y matar de verdad. Sentí que se me revolvía la sangre. Bajé de un salto de los brazos de mi padre y quise huir de aquella calle. Aquel vistoso ejército medieval fué el más hermoso que vi jamás en toda mi vida, pero el primero que me sugirió la horrible idea de la muerte.

DOGALI

Poco después, aquel presentimiento que me hizo estremecer, tuvo una sangrienta confirmación.

Ya por aquel tiempo sentía pasión por la lectura, pero ni siquiera disponía de unos céntimos que bastaban entonces para comprar un periódico. Además, los semanarios ilustrados, que más tarde leería con gran avidez, eran inaccesibles por completo: costaban nada menos que diez céntimos o a veces más. Por tanto, tuve que contentarme con mirar a hurtadillas los quioscos de periódicos en las esquinas y leer los *manifiestos* de los diarios. No lo entendía todo; pero lo que podía comprender me daba mayores ganas de entender cada vez más.

Había cerca del teatro Pagliano en la calle del Fosso —hoy teatro Verdi en la calle del mismo nombre— un vendedor de periódicos, enano, jorobado y pelirrojo, que me había echado el ojo porque su quiosco era mi sala de lectura preferida. Un hermoso día, venturoso

para mí, me propuso repartir unos periódicos a sus clientes de los alrededores; a cambio de aquel favor me regalaría algunos periódicos atrasados. Acepté con entusiasmo la apetitosa proposición del jorobadito y así pude seguir las vicisitudes de nuestra primera guerra de Africa. Se trataba en un principio de victorias italianas, que, en realidad, debían ser insignificantes operaciones de guerra y conquistas de poblados, pero que en la prosa sonora y pintoresca de los periodistas daban la impresión de verdaderas y auténticas batallas.

Pero un día, aciago día, vi colgados de los listones del jorobado dos toscos grabados, groseramente esculpidos en madera, que cambiaron en dolor mi ingenua alegría. En uno de esos grabados se veía a un pelotón de soldados italianos, vestidos de blanco, que se defendían desesperadamente contra una turba furiosa de negros armados de azagayas, de lanzas y de largos fusiles. En medio de los nuestros se erguía la alta figura del coronel De Cristoforis con el sable desenvainado; junto a él un soldado empuñaba la bandera con su mano izquierda y con la derecha una trompeta. Algunos cadáveres blancos, tendidos, hacían de barricada a los supervivientes; pero se adivinaba fácilmente que ninguno podría escapar.

En efecto, el segundo grabado representaba con cruel sencillez el desenlace de aquella lucha desigual. En el desierto, donde se alzaba una solitaria palmera por amor al color local, todos aquellos italianos con los cascos puestos yacían en fila, inmóviles, como para una revista de muerte. Los abisinios habían desaparecido, pero en su lugar se acercaban, cautelosas, las hienas estriadas olfateando la inminente presa. Se trataba, como rezaban los negros rótulos, de la célebre matanza de Dogali, que conmovió a toda Italia, induda-

blemente más que la misma derrota de Custoza veinte años antes.

Ese fué el primer contacto con la historia contemporánea de mi patria y jamás pude borrar ese recuerdo tremendo.

ASIA Y AMERICA

CUANDO evoco a mi vieja Florencia, en aquella última década del siglo pasado, se me antoja una ciudad tranquila, casi adormecida en el cerco de sus colinas, desierta unas veces, otras poblada de criaturas sencillas y a la buena de Dios, pobres pero contentas, amables y cordiales, que parecían conocerse todas y se querían. Mas yo, ya un poco salvaje y rebelde por naturaleza, no me sentía a mis anchas en aquella paz casera y soporífera. Buscaba afanosamente cómo podía respirar otra atmósfera más agitada y salvaje.

En aquel tiempo me apasionaban los circos de fieras, humildes e imponentes, que solían llegar a Florencia. Aquel olor a ferocidad y sangre me transportaba a continentes desconocidos y lejanos; aquellos domadores, vestidos de colores chillones y casi bárbaros, que metían la cabeza en las fauces de los leones y obligaban a los leopardos a obedecerles, excitaban mi imaginación naciente y me animaban con su turbia voluptuosidad. Rara vez podía entrar en aquellos oscuros y malolientes circos de fieras por carecer de los escasos céntimos necesarios y, cuando me tocaba tan ansiada dicha, permanecía largo rato delante de las jaulas de los viejos leones aburridos, de las panteras de sombría y maligna mirada y me gustaba clavar la vista en los ojos de aquellas fieras, unas veces con ingenua obsti-

nación de desafío y otras con una sensación de trepidante fraternidad.

Pero las más de las veces tenía que resignarme a permanecer fuera mirando a las fieras toscamente pintadas en las lonas desconchadas que cubrían los barracones, escuchando los estridentes y monótonos sones del organillo que tocaba sin descanso en la entrada. Solía venir al Parterre la famosa domadora Numa Hawa, mujer corpulenta, seria y mofletuda, ceñida apenas con una malla rosa salpicada de lentejuelas saltarinas, que se asomaba a la puerta llevando alrededor del cuello, a guisa de collar, una enorme serpiente boa o acompañada de un gorila que rechinaba los dientes, vestido con una blusa escarlata. Me había enamorado de aquella *virago* madura pero hermosa, compromiso ochocentista entre una amazona y una walkyria de la que se contaban increíbles azañas.

Pero mi alegría llegaba al colmo cuando llovían sobre Florencia verdaderas cataratas de tribus exóticas. Una vez llegó una gran caravana de cingaleses que establecieron su campamento en un prado de las *Cascine*. Entonces se veían circular por Florencia, a través de las calles de Calzaioli y Cerretani, cortejos de elefantes cubiertos de seda y terciopelo, que llevaban sobre el lomo baldaquinos en los que iban en cuclillas hombres morenos y taciturnos, con turbantes llenos de plumas y piedras preciosas, que miraban de hito en hito a la gente con sus grandes ojos blancos de fulgurantes pupilas de azabache.

No sé cómo conseguí entrar en su campamento, que parecía realmente un pedazo de Asia trasladado, como por arte de encantamiento, al corazón de Italia. Todos aquellos indios, hombres y mujeres, iban envueltos en espléndidos vestidos de vivos y armoniosos colores,

adornados con collares y anillos de oro, constelados de piedras preciosas; todos ellos parecían príncipes y princesas en vez de nómadas asalariados al servicio de un empresario. Algunos, sentados en el suelo, labraban el cobre o el latón, o cincelaban gargantillas o ensartaban perlas, o tejían chales de abigarrados colores en telares primitivos. En medio de un círculo de espectadores atónitos un fakir desnudo, con un trapo blanco a la cintura, tenía fijos sus ojos negros en un gran cesto donde se revolvían serpientes negruzcas que erguían sus cabezas triangulares al son áspero de una flauta.

Pero lo que más me alteró fué la llegada de las bandas de *Buffalo Bill*. Un buen día las calles de Florencia se vieron invadidas por gigantescos Pieles Rojas con muchas plumas amarillas y azules tiesas sobre la frente, armados de fusiles y de *lazos*, que de cuando en cuando prorrumpían en roncos y terribles gritos.

El célebre capitán Cody, por sobrenombre Buffalo Bill, impertérrito cazador de bisontes y de indios, había mandado rodear los extensos *Pratoni de Zecca* con una estacada y dentro repetía con *cow-boys* y Pieles Rojas sus más audaces y pintorescas hazañas. Entre todas fué famosa el asalto de los indios desolladores a la diligencia y la llegada de los caballeros blancos libertadores. Durante las horas del espectáculo, oíanse por encima de la alta empalizada de madera descargas de fusilería, gemidos espantosos, pisotear de caballos desbocados, furiosos gritos inhumanos. Los muchachos de mi edad, más provistos de arrojo que de cuartos, se encaramaban a los altos plátanos que rodeaban los *Pratoni*, para presenciar desde lo alto, sin pagar, las estupendas cabalgadas y furiosas persecuciones. Pero

los Pieles Rojas, vigilaban. Uno de aquellos temerarios fué cogido, como una bestia, al *lazo* por un indio y arrastrado dentro del recinto, y durante todo el día aquel no se supo más de él. A la tarde siguiente, cuando volvimos a ver al infortunado, nos contó que los indios le habían encerrado en una pequeña barraca del campamento y le habían tenido allí toda la noche temblando de miedo, de hambre y de frío.

Nunca pude entrar en el salvaje reino de *Buffalo Bill* y tuve que contentarme con mirar de cerca a aquellos terribles Pieles Rojas, llenos de plumas y tatuajes, que circulaban todos los días por las calles, que traían a la soñolienta Florencia de Humberto I un soplo del libre *Far West*.

EL EJERCITO ROJO

El 2 de junio de 1890 se erigió en mi *Lungarno* un Garibaldi de bronce. Gran acontecimiento para todos nosotros, todavía niños. De hecho, mi padre fué uno de los pocos florentinos que había llevado la camisa roja por dos veces. En 1860, a los dieciocho años, se escapó de casa para incorporarse a la expedición de Médicis que embarcó en Talamone y llegó a tiempo para luchar contra los borbónicos a orillas del Volturno y fué herido allí de un bayonetazo y obtuvo la medalla de plata. Dos años después, en 1862, respondió de nuevo al llamamiento de Garibaldi y estuvo presente en la acción del Aspromonte en la que fué hecho prisionero, junto con su general y compañeros, y encerrado durante algunos meses en la fortaleza del Bard. Suave cárcel porque, según me contó, los jóvenes garibaldinos pasaban todo el día jugando a la pelota en el

patio de la fortaleza. Uno de los primeros libros que pude leer fué las *Memorias de Garibaldi* escritas por Dumas y, todavía hoy, enardecido por aquellas lecturas, me parece ver en mi padre a un hombre fuera de lo corriente, ya que había podido contemplar al héroe tan de cerca y combatir a su lado. Cuando me hablaba del brillo imperioso y dulce de los ojos azules de Garibaldi, él, que no era locuaz, se hacía casi elocuente. En una palabra, mi padre se me antojaba una especie de personaje histórico, por cuanto había sido uno de los actores, aunque modesto, de aquel Resurgimiento que en la escuela el maestro nos exhortaba a estudiar con especial cariño. En aquella época el Resurgimiento era todavía una realidad viva y fresca en la memoria de todos: hacía sólo veinte años que se había realizado la unidad de la patria y todavía vivían muchos de aquellos que habían resucitado *la tierra de los muertos*.

Nosotros, chiquillos, no pudimos asistir a la inauguración de la estatua, que fué por la mañana, pero por la tarde corrimos a los *Lungarni* para verla. Mas apenas llegamos desde la plaza Goldoni al puente de la Carraia, encontramos tanta gente apiñada en las aceras que tuvimos que detenernos y entonces a nosotros, chiquillos asombrados, se nos ofreció de improviso e inesperadamente una auténtica resurrección del Resurgimiento.

Muchísimos garibaldinos habían acudido a Florencia a aquella inauguración y ahora desfilaba por los *Lungarni* un inmenso ejército vestido de rojo para honrar a su general glorificado. Una charanga llenaba, sin descanso, los aires y el cielo con las alegres notas volanderas del himno de Garibaldi.

Aquel himno tenía todavía un cierto tono revolucio-

nario —era el himno que los republicanos contraponían a la marcha real— y hacía extremecer todavía los corazones más generosos con su ritmo altivo y batiente.

Detrás de aquellos sonoros y obstinados toques marchaban de cuatro en fondo, alegres y decididos, los auténticos supervivientes de los Cazadores Alpinos y de los Mil. Algunos, los de 1848, ya habían envejecido y peinaban canas; pero no eran los menos marciales y sobre sus pechos brillaban las condecoraciones. Otros, los de Mentana y Digione, parecían en aquella cálida luz de junio, casi jóvenes, tiesos todavía, como si de verdad partieran para una arriesgada empresa.

En poco tiempo los *Lungarni* se convirtieron en una riada humana con las boinas y flamantes camisas rojas, que marchaba orgullosa entre dos filas oscuras de gente que aplaudía. Desfilaba ante mí, descendiente ardoroso, hijo de uno de ellos, un auténtico ejército garibaldino, semejante a aquel que había desfilado por las calles de Milán, de Palermo y de Nápoles.

Cuando pasó la bandera, una vieja bandera de seda que ondeaba al viento su verde desvaído, su blanco amarillento y su rojo descolorido, sentí que me corría un escalofrío y estuve a punto de llorar.

En aquel jubiloso 2 de junio, gracias a aquella postrera e inesperada visión del gran ejército rojo me sentí unido, al menos por una hora, al espíritu de aquel Resurgimiento que hasta entonces sólo había conocido en las páginas de los libros.

La edad legendaria se convirtió por unos instantes en realidad visible y tangible, viva y presente. Aunque fuese posterior, me parecía que yo era también, por un instante, contemporáneo del general Giuseppe Garibaldi.

EL CURA DARVINISTA

TODOS los años, antes de Navidad, llegaban a nuestra casa, entre otros regalos, una *bandiola* de Verona y oía decir que era la *bondiola* del profesor Trezza, amigo de mi padre.

Sólo después supe quién era. Se trataba de un sacerdote a quien las obras de Darwin y de sus seguidores evolucionistas habían determinado a abandonar la fe y la sotana, y al que más tarde el Gobierno anticlerical de entonces había puesto en la cátedra de literatura latina del Instituto de Estudios Superiores de Florencia. Algún tiempo después leí en la biblioteca su libro sobre Lucrecio y *Confesiones de un escéptico* y, si lo traigo a colación aquí, es porque tuvo durante algún tiempo cierta fama de innovador valiente por su intento de reducir a ciencia la crítica literaria gracias al concepto de evolución, idea que, después de él, renovó en Francia el un tanto pedante Brunetière.

Un domingo, a la caída de la tarde, después del acostumbrado paseo por el campo, me llevó mi padre a visitar a este célebre profesor Trezza, que estaba enfermo. Vivía en la calle Sant'Ambrogio (ahora Carducci) —donde una lápida le recuerda—y nos hicieron entrar en una habitación llena de libros, donde en un sillón y envuelto en varias mantas, estaba sentado un anciano melancólico.

Aquella fué la primera y única vez que vi al cura darvinista, sacerdote degradado pero darvinista militante. No recuerdo bien sus facciones, pues la estancia estaba medio a oscuras; únicamente me quedó la vi-

sión de un rostro cansado y muy pálido. Tendría yo apenas once años y ya sentía pasión por los libros, de suerte que, mientras mi padre conversaba con el anciano enfermo, empecé a mirar de reojo algunos libros que estaban sobre la mesa, cerca de la luz de petróleo que alumbraba la estancia. Cayetano Trezza acaso se diera cuenta de mi incontenible deseo de abrir y hojear aquellos libros, porque me dijo:

—Mira, mira el que quieras. Son libros un poco difíciles para ti, pero hay estampas. Conviene que conozcan la verdad hasta los niños.

No le dí ni siquiera las gracias, pero en seguida cogí uno de aquellos volúmenes, grueso y encuadernado, y sin más comencé a hojearlo. Aquí y allá aparecían grabados de huesos, de animales desconocidos para mí, y, sobre todo, de monos. Una de esas ilustraciones me llamó la atención: había, uno enfrente del otro, dos esqueletos bastante parecidos, y debajo ponía: "esqueleto de gorila; esqueleto humano". Aquella inesperada comparación para mí, muchacho, profano en estos estudios, fué como una revelación y no podía apartar la vista de aquella lúgubre pareja fraternal.

Trezza, entonces, que debió advertir mi sorpresa, me dijo que le diera el libro.

—Sí, hijo mío, conviene que sepas ya desde ahora que el hombre desciende de los monos superiores. Lo que cuentan los curas de Adán y Eva es una leyenda hebrea ya desechada por la ciencia. Ténlo presente y, cuando seas mayor, estudia estos libros, si quieres verte libre de viejas supersticiones.

Volví a coger el libro y seguí mirando los grabados, pero aquellas palabras se me quedaron impresas en mi memoria. Trezza murió poco después de mi visita, a fines de 1892; sin embargo, años más tarde, cuando

por fin pude traspasar el umbral de la Biblioteca Nacional, el primer libro que pedí y leí fué el de Canestrini sobre la teoría de Darwin.

EL EXILADO POLACO

UN soleado y solitario domingo de 1892 subí con mi padre a lo alto de la Fattucchia, colina que se alza frente a Santa Margarita en Montici y domina el verdeante valle del Ema. Era uno de nuestros paseos preferidos, pues en ciertos momentos subíamos por entre bosques abiertos, que nos hacían la ilusión de la naturaleza salvaje, la cual nos gustaba más. En la cumbre de la Fattucchia se encontraba la rústica hostería de Bibiana donde se podía descansar contemplando el extenso panorama.

Aquel día, al bajar de la colina, vimos a un viejecito meditabundo, apoyado en un árbol, y con la cabeza blanca descubierta, que murmuraba por lo bajo palabras incomprensibles. En cuanto mi padre se acercó a él, lo reconoció, se paró, y le saludó respetuosamente. El anciano se irguió, asombrado y confundido, como quien se despierta de sobresalto y durante unos instantes no pronunció palabra. Luego reconoció a mi padre, le estrechó la mano con una sonrisa y se puso a platicar en un italiano excelente. Era un hermoso anciano alto, enjuto, que frisaría los setenta, pero con una serena luz juvenil en sus claros ojos. También él regresaba a Florencia y nos acompañó.

—Como usted sabe—decía a mi padre—nací en Varsovia; pero pasé mi niñez en el campo y he conservado siempre la nostalgia de los árboles y de la soledad. Desde hace más de treinta años vivo en Florencia, que es

para mí una de las ciudades más queridas del mundo; pero entre las casas y los muros me parece que me falta la respiración. Cada vez que mi amigo el sol me llama, voy en busca de un poco de bosque que me evoque la patria perdida. Estos bosquecillos vuestros de encinas no tienen la grandiosidad y el misterio de los bosques de mi Polonia, pero consuelan mi corazón y me despiertan a la poesía. Me vienen a la memoria y a los labios mis viejas canciones y me siento menos solo y desterrado.

Por aquel tiempo ya había empezado yo a llenar de versos mis cuadernos escolares y contemplaba extasiado al anciano extranjero. Pronto comprendí que estaba junto a un poeta. Efectivamente, luego me enteré de que era Teófilo Lenartowicz, uno de los poetas más populares del Romanticismo polaco que, tras la revolución de Polonia de 1848, tuvo que abandonar su patria y desde 1860 vivía en Florencia.

Mi padre le pidió noticias de Polonia.

—Los muertos no tienen historia—respondió Lenartowicz—. Los esclavos armados del zar vigilan a los inermes esclavos polacos. Los poetas callan; los patriotas sufren. Después de la convulsión de 1863, mi pueblo se ha encerrado en su dolor silencioso. Espera la señal; pero sólo una guerra europea podrá devolver a Polonia su puesto entre las naciones. Italia ama a Polonia pero está demasiado lejos y es demasiado débil. Siguió hablando, aunque no lo entendí todo ni tampoco lo recuerdo. De pronto, exclamó:

—Los emperadores están arriba, en los tronos, entre banderas y fusiles, mas la muerte los sepulta en lo profundo de la tierra y de ellos sólo queda un nombre generalmente maldito. Los poetas viven ignorados, pobres, errantes; pero nunca mueren porque sus cantos

son para siempre la alegría de los afligidos y la voz de quienes no pueden hablar.

Mientras tanto habíamos llegado a Florencia y acompañamos al poeta hasta su casa en la calle Montebello; una casa modesta donde todavía hoy se ve una inscripción con un perfil en bajo relieve y donde murió algunos meses después.

Pregunté a mi padre cómo le había conocido. Me contó que en la época de la revolución polaca de 1863 el coronel garibaldino Francesco Nullo, que fué compañero suyo de prisión en el fuerte de Bard, después de la batalla de Aspromonte, marchó a Polonia con algunos compañeros. En Florencia se pensó organizar una legión italiana, casi toda de garibaldinos, destinada a unirse con Nullo, y mi padre fué de los que se alistaron. Pero luego los reveses de los insurrectos y la muerte del heroico Nullo obligaron a nuestros voluntarios a renunciar a la partida. En aquella ocasión mi padre había contraído cierta amistad con el gran desterrado polaco.

EL SALUDO A LA EMPERATRIZ

UNA tarde de domingo, como todos los domingos que hacía bueno, me condujo mi padre al campo. Nos gustaban aquellos caminos solitarios, un poco pedregosos y sombríos que hay alrededor de Florencia; caminos pobres entre muros pobres o setos vivos qué a veces bordeaban torrentes invisibles entre peñascos con arbolado y alijares floridos. Encontrábamos poca gente: algún viejo campesino que nos daba las buenas tardes; algún muchacho descalzo que jugaba a la peonza o a

las nueces, alguna calesa tirada por un asno pardo y soñoliento.

Aquel domingo, en uno de aquellos caminos aireados, cerca de San Domenico, vimos venir hacia nosotros un gran *landau* señorial que dos caballos soberbios, pero pacíficos, conducían a paso de hombre. En el coche iba, echada más que sentada, una anciana dama de mejillas amplias y colgantes, con la boca apretada y los ojos entornados, toda ella cubierta de un vestido de seda negra e iba tocada con una especie de sombrero también negro adornado de encajes. Otra señora más joven, que iba sentada a su lado, resguardaba su rostro del sol con una sombrilla de color azul oscuro. La anciana, sin embargo, parecía amodorrada o, por lo menos, muy cansada y en su flaco rostro se leía un aburrimiento infinito y una agria melancolía. No me agradó en absoluto. Me pareció una moribunda malvada que llevaban a pasear por última vez.

Mi padre, en cambio, al pasar el carruaje cerca de nosotros muy despacio, como los de los acompañamientos fúnebres, se quitó el sombrero y la saludó respetuosamente. Yo, obedeciendo al apretón de la mano que tenía la mía, hice lo mismo y levanté muy alto mi sombrero de fieltro.

—Esa—me dijo mi padre en cuanto el carruaje se hubo alejado—es la reina Victoria de Inglaterra, emperatriz de las Indias.

Mi padre, con ser un viejo republicano, era todo un caballero y como florentino estaba agradecido a la vieja reina que acostumbraba a pasar algunos meses del invierno en Florencia, en la Villa Palmieri o en Villa Fabbricotti.

Así fué cómo yo, ignorante muchacho, saludé a la más famosa soberana del siglo XIX, a la señora del

más vasto imperio del mundo. Mas mi primera impresión no cambió: Victoria me pareció una gran muñeca estropeada y aburrida que no sabía disfrutar ni de su poder ni de la belleza del universo. Aquel día comprendí que el poder y la riqueza no hacen felices. Mis pueriles fantasías sobre los reyes se disiparon para siempre en aquella soleada tarde invernal, en aquel camino limpio y solitario, cuando saludé a aquella momia obesa y malhumorada, vestida de luto, que parecía dirigirse a su propio entierro al paso cansino de sus caballos enjaezados de negro.

OUIDA

AUNQUE yo tratase de esconder a todos mis primeros garrapateos en prosa y verso no pude ocultar aquellas modestas cuartillas a la mirada de mi madre, quien, naturalmente, se lo contó a mi padre. Este, parco en palabras con sus hijos, no me dijo nada por algún tiempo; pero un domingo, cuando salimos a dar la acostumbrada vuelta por los alrededores de la ciudad, me anunció de sopetón:

—Puesto que eres un escritor en ciernes, te llevaré hoy a ver a una célebre escritora. Se trata de una inglesa que vive en Italia desde hace muchos años y sus libros se leen en todo el mundo.

Más tarde supe su verdadero nombre: Louise de la Ramée, hija de un francés y de una inglesa, famosa en las últimas décadas del siglo con el seudónimo de *Ouida* (dicen que este seudónimo tuvo su origen en la alteración infantil de su nombre Louise; pero observo que está formado por la unión de la partícula afirmativa francesa y rusa: lo que equivaldría a decir en es-

pañol *sí, sí)*. Sus novelas y cuentos eran muy populares en Inglaterra, donde se la consideraba la mejor discípula de Dickens, y fueron traducidos a muchas lenguas y también al italiano; actualmente está casi olvidada. Nada de eso sabía yo, pero sentía curiosidad por saber cómo era una escritora.

Ouida vivía en una villa de la calle Pisana, fuera de la Porta de San Frediano, y, apenas entré, vi habitaciones muy diferentes de las que solía ver en otras casas: muchos cuadros y grabados en las paredes; chucherías y floreros encima de los muebles y libros por doquier. Por fin, apareció la escritora. Era una mujer que frisaba los sesenta, o acaso más, con los cabellos sueltos sobre los hombros y semblante despejado y audaz, más varonil que femenino, en el que una nariz larga y abultada tenía la misma importancia que los ojos penetrantes y claros.

Mi padre, después de los saludos inevitables, le dijo unas palabras sobre mi pasión por escribir y *Ouida* me miró con mayor interés.

—Hijo mío—me dijo—el arte de escribir es el descubrimiento más bello y alegre del hombre. Pero hay que nacer con vocación. Si sientes necesidad de escribir, porque no puedes remediarlo, entonces sigue. Pero si escribes por pasar el tiempo y por diversión, porque tu salud no te permite otros juegos más corporales y violentos, entonces es mejor que lo dejes.

Yo, tímido por naturaleza, especialmente ante caras nuevas, no supe qué responder. *Ouida*, a quien gustaban los muchachos y adolescentes y que había escrito un libro de cuentos para niños con el título de *Chiquillos*, no se desanimó por mi silencio.

—¿Sientes la necesidad de contar historias? Yo siempre la siento, todos los días y a cada momento.

Y estalló en una encantadora carcajada, que la hizo parecer más joven. Hablaba el italiano con acento extranjero, pero lo hablaba con desparpajo, sin que pareciera buscar las palabras.

—Hoy—prosiguió—se me ha ocurrido una historia tan extraña que te la quiero contar. Imagina una caravana de coches por un camino solitario, en un país salvaje cubierto de bosques. En el primer coche van el secretario, el médico y el mayordomo del señor duque. En el segundo—una grande y pesada berlina, como las que se usaban en el siglo dieciocho—, va el señor duque con la señora duquesa y el capellán, que después de muchos años van a visitar un antiguo castillo de su propiedad oculto entre los bosques de aquella lejana provincia. En el tercer coche van los criados de confianza; el cuarto está abarrotado y cargado con preciosos equipajes. Figúrate que cada coche en aquel camino solitario y escabroso va tirado por cuatro caballos y conducidos por dos postillones y dos palafreneros. A cada lado de los coches cabalgan dos hombres armados de pistolas y arcabuces, pues la región está infestada por una partida de bandoleros, y el señor duque, que es viejo y muy rico, teme ser asaltado, robado y tal vez asesinado por los bandidos. Los coches marchan despacio, los caballeros corren delante y detrás para cerciorarse de que no hay ningún peligro, a la duquesa le late de prisa el corazón y el duque trata de tranquilizarla con razones que disimulan mal su propio miedo. Cae la noche vaporosa; a cada momento todos se asoman a las ventanillas de los coches con el corazón sobresaltado, los oídos tensos, los ojos que se esfuerzan por escudriñar la oscuridad. Las densas sombras de los corpulentos árboles y los graznidos de las aves nocturnas aumentan el pavor de la duquesa. La pesada y

lenta caravana, con las linternas encendidas, sigue subiendo. Por fin, los caballeros avisan a los dueños de que el castillo está a la vista y que algunas ventanas están iluminadas. Todos bajan alegremente; todos dan un suspiro de alivio por haber escapado del peligro.

La puerta del castillo está abierta de par en par, pero no se ve a nadie. El duque y la duquesa entran alegres y ágiles acompañados de su séquito y escolta. Mas tras ellos se cierra misteriosamente la gran puerta: por todas partes asoman gentes de mala catadura armados hasta los dientes, que les ordenan levantar las manos. Los caballeros, que ya habían dejado los arcabuces tratan de defenderse, pero son rápidamente desarmados. ¿Qué había sucedido? Los bandoleros se habían enterado de la llegada del duque; el día anterior se habían apoderado del castillo, habían cerrado a los guardianes en la bodega y esperaron a que los dueños cayesen en el garlito. Imagina los gritos, llantos, desmayos, horrores. Todas las precauciones del viaje, todos aquellos postillones, palafreneros y soldados armados, para llegar sanos y salvos, habían resultado inútiles; la alegría de la llegada se convierte de repente én horror y catástrofe. ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

Yo, naturalmente, contesté que sí y, de hecho, había quedado encantado de oírla. Hace tanto tiempo, que no me es posible dar una idea exacta de la viveza de la narración, de las pintorescas expresiones de *Ouida*, que supo despertar en mi imaginación el fantástico espectáculo de las carrozas monumentales que avanzaban en la oscuridad, llenas de personas ancianas y asustadas, que no veían llegar el momento de ponerse a salvo y que por el contrario...

Al ir a despedirnos, *Ouida* me regaló uno de sus cuentos traducidos al italiano, *Los dos zuecos*, pero

cuando los leí no hallé en ellos la misma fuerza de fantasía que sentí en la narración hecha de viva voz.

La visita a *Ouida*, en cuanto puedo recordar, fué mi primer contacto con la literatura inglesa.

TOMMASEO Y MI MADRE

No sé si a otros sucede lo mismo. En cuanto a mí, siempre me sentí atraído hacia los que conocieron a hombres célebres, desaparecidos antes de que yo pudiese verlos o encontrarlos. Al placer que me procuraba, por ejemplo, la conversación con Ferdinando Martini contribuía mucho el hecho de que él había conocido, de chico, a Giusti y Rossini. Un querido anciano florentino, que a veces me acompañaba en mis paseos, —el padre de Alberto Viviani— se iluminó ante mis ojos con una luz nueva, cuando me dijo un día que recordaba haber visto, de pequeño, al ciego y decaído marqués Gino Caponni en la misa de la Santísima Annunziata.

Es posible imaginar, pues, qué contento me puse —y hasta un poco orgulloso— cuando mi madre, para estimular mi precoz vocación literaria, me contó que había hablado una vez con Niccolo Tommaseo. El nombre, la figura y la fama del formidable *prosista* dálmata me eran familiares desde mi infancia, pues mis primeras vacaciones las pasé en Settignano y en la plaza de Settignano hay un Tommaseo de mármol frente a la negra estatua de piedra del emperador Septimio Severo y en el cementerio de Settignano está su tumba. Además, uno de los primeros vocabularios que tuve en mis manos fué precisamente su *Diccionario de sinónimos*.

Mi madre me contó que una amiga suya, mayor que ella, la había acompañado a casa de Tommaseo que vivía en el Lungarno delle Grazie, cerca del puente, en una casa que todavía existe, y donde murió. Mi madre contaba por aquel entonces catorce o quince años y, por tanto, esta visita debió tener lugar en 1870 ó 1871. Ella recordaba aún, después de tanto tiempo, la impresión que le produjo aquel venerable anciano con su cabeza grande todavía con pelo, de ojos apagados y de luenga barba blanca que le cubría el pecho. Estaba sentado en un sillón, cerca de una mesa llena de libros y papeles y junto a él estaba un hombre, más joven, que interrumpió la lectura a la llegada de las visitantes. Creo se trataba de Ariodante Le Brun que fué el último secretario de Tommaseo y voy a señalar a propósito una extraña relación póstuma entre Tommaseo y yo: cuando yo estaba también casi ciego, me nombraron presidente de una comisión para la edición nacional de las obras de Tommaseo y tuve por cooperador en la preparación de una nueva edición del *Diccionario Estético* al doctor Corrado Le Brun descendiente de aquel último secretario del gran polígrafo.

Mi madre me contaba que el anciano acogió con afable benevolencia a las dos jovencitas y les preguntó si leían libros y cuáles. Mi madre, que en aquella edad se deleitaba en componer versos, animada por aquella benevolencia, confesó al venerable anciano sus pecados poéticos. Tommaseo le preguntó entonces, si quería recitarle alguna de aquellas poesías y mi madre, aferrándose a su valor con ambas manos, le dijo una, que me recitó también a mí y de la que sólo recuerdo un cuarteto:

La ingenua pastorcilla
En la hierba se tendió
Y el azul del mar
Ante ella brilló.

Tommaseo la escuchó atentamente, con la cabeza baja, y cuando mi madre hubo terminado con voz trémula, le dijo:

—Tú eres una chiquilla y estos versos tuyos son infantiles. Todavía no tienen la maestría del arte pero en ellos palpita el sentimiento. Consuélate, hija mía, ya que el arte se puede aprender con el tiempo, pero al que la Naturaleza no le dió un corazón sensible, nunca lo adquirirá. Y recuerda lo que te dice un pobre viejo: la poesía se hace con las tres virtudes del cristiano: fe en Dios, esperanza en el bien y caridad para todos los seres creados.

Acosé a preguntas a mi madre, pero no pudo decirme más de su encuentro con Tommaseo; sólo añadió:

—Parecía un apóstol antiguo que estuviese allí esperando la muerte.

LA TERCERA ROMA

En 1895 Crispi, tal vez por despecho contra el Vaticano, que no había puesto buena cara a sus primeros intentos de reconciliación, decretó fiesta nacional el 20 de septiembre.

Para hacer más solemne la nueva solemnidad fué llamado a Florencia para aquel día uno de los barítonos más aclamados en el Parlamento: Giovanni Bovio. Los que hoy se dignan evocar todavía su nombre, lo consideran un viejo manantial seco que en sus mejores

tiempos daba más ruido que alimento vital. Pero Bovio, en aquel último período del siglo, fué uno de los más respetados y respetables ídolos de la política italiana. Era un verdadero caballero y un auténtico republicano y tampoco le faltaban ciertas virtudes de estilo conceptuoso. Se hizo célebre su lacónica pero eficaz inscripción para el monumento a Giordano Bruno en el Campo dei Fiori:

Aquí donde la hoguera ardió,
comenzó el siglo por él profetizado

Y suscitaron gran asombro en las plateas y en los periódicos las audacias de su *Cristo alla festa di Purim.*

También yo acudí en aquel primer veinte de septiembre festivo al discurso de Giovanni Bovio. Debía hablar en la Arena Nazionale —actualmente desaparecida— que era un ruinoso barracón de mampostería y madera, querido por los florentinos porque no estaba uno cohibido, como en los teatros cerrados y potenciosos, y en él se podía beber y fumar como en casa propia.

Hacía mucho calor, la Arena estaba abarrotada, el ruido y vocerío eran insoportables. Pero cuando Bovio apareció en el escenario con su recia figura severa y su cabezota de tribuno encanecido, todo cambió. La atmósfera sofocante, llena de polvo y de humo, pareció aclararse y purificarse. Ya no se oían murmullos ni respiros. El plebeyo barracón se había convertido en un templo.

El discurso de Bovio no fué, como cabía esperar en ocasión semejante, una arremetida contra la Iglesia y sus *indignos pastores*, sino que transportó las mentes

a una esfera más alta. Evocó la Roma de los Césares y su gloria del todo humana; luego la Roma de Pedro y su grandeza espiritual. Mas aquellas dos Romas ya se habían derrumbado y desaparecido; no eran más que ruinas, escombros y vanos simulacros, fetiches supervivientes. Tenía que surgir y estaba a punto de afianzarse la Tercera Roma, la Roma del pueblo y de la libertad; la Roma maestra de sabiduría y de justicia para todos los pueblos del mundo; la Roma verdaderamente eterna, profetizada por el dolor y la esperanza de Mazzini.

Todos los oyentes estaban conquistados y entusiasmados con aquella oratoria altisonante y emocionante que, en algún momento, alcanzaba la sublimidad de la elocuencia. Casi a cada frase, especialmente hacia el final, interrumpían el discurso exclamaciones de asentimiento y oleadas de aplausos.

Las caras ya no parecían las mismas de antes; cada uno de nosotros se sentía elevado por encima de sí mismo a un cielo ardiente de fe visible y victoriosa. Aquel día tuve la primera revelación del poder de la palabra humana. Un solo hombre, con el encanto de unos centenares de vocablos, podía, en breve espacio de tiempo, dominar y alterar a miles de almas.

Cuando salí de la Arena Nazionale arrebatado y exaltado por aquel aluvión de ideas y de mitos, me puse a vagar por la ciudad en busca de alivio. Entonces experimenté una extraña y sorprendente sensación. Me parecía que aquel discurso debería haber cambiado el aspecto ordinario de las cosas y alterado todos los ánimos. En cambio, con gran estupor e indignación mía, la ciudad era la misma de todas las fiestas, melancólica y perezosa como siempre. Las habituales familias perezosas se arrastraban bajo los árboles de

los paseos, los niños en vanguardia y los viejos en retaguardia. Las parejas de costumbre se abrazaban en las calles solitarias; los acostumbrados misántropos vagabundos caminaban junto a las paredes, entristecidos con bajos pensamientos. Hombres endomingados y mujeres emperifolladas estaban sentados en las mesas de los cafés ante las acostumbradas bandejas llenas de tazas vacías y de vasos súcios.

A ratos me daban ganas de coger por el brazo a uno de aquellos transeuntes o de los que estaban sentados y de gritarles a la cara: ¿Por qué estáis tan tranquilos? ¿No sabéis que la Tercera Roma está a punto de surgir y que comienza para todos una nueva edad?

Finalmente, encontré en los alrededores del jardín Torrigiani a un compañero de colegio, joven como yo. Me precipité sobre él como un gavilán sobre una gallina. Le hablé del discurso de Bovio; le repetí con calor apasionado las ideas que más me habían quedado grabadas. Mi camarada me escuchaba, cortés pero indiferente, y de cuando en cuando murmuraba para complacerme: "sí, sí; he entendido". Me parecía ser el Vesubio que estuviese hablando a un glaciar.

Esta fué la última y más dolorosa desilusión de aquel día. Dejé, malhumorado, a mi amigo y corrí a encerrarme en mi casa. Y precisamente aquella noche, para consolarme, hice el primer proyecto de una nueva primacía de Italia, que fuera más moderno y fecundo en hechos que el de Gioberti.

EL POETA GIGANTE

En aquel cansado fin de siglo todos los hombres del pueblo estaban cortados en pocos patrones y había todavía tipos curiosos que continuaban en Florencia la antigua tradición de los *espíritus jocosos y originales*.

Uno de los más familiares y populares era Mario Palazzi, gigante y poeta. Media más de dos metros y todos los días, aunque lloviese a mares, aunque el sol derritiera las piedras, se veía a su descomunal figura, un poco incierta y vacilante, pasar junto a las paredes o atravesar impertérrita las plazas. Iba vestido pulcra aunque pobremente con los trajes que le regalaban sus admiradores, de suerte que los pantalones no le llegaban más que a media pierna y dejaban al descubierto los calzones blancos y las ligas deshilachadas alrededor de los calcetines. Llevaba puesto siempre un hongo (y a veces una chistera) y una bolsa en bandolera. En esta bolsa de piel deteriorada y rojiza, que era su más preciado tesoro, llevaba sus obras impresas y manuscritas; es decir, opúsculos donde había reunido sus más bellas poesías y otras escritas a pluma que estaba dispuesto a vender a quien se las pidiese. Pero a nadie las ofrecía con gestos o voces. Estaba siempre silencioso, austero, severo y casi siempre triste y preocupado. Ya fuera que estuviese escuchando la inspiración de las musas, ya que se avergonzase de su desmesurada estatura, que atraía sobre él las rechiflas de palurdos y pillos.

Rara vez he visto a un hombre que conservase una

dignidad tan serena en la miseria y en la encarnizada persecución de los plebeyos. Su rostro, dominado por una abultada nariz y una boca un poco relajada, era pálido, de una palidez asmática y amarillenta que le hacía parecer modelado en cera rancia. A simple vista se adivinaba que comía poco y mal.

Decían que descendía de una familia rica venida a menos y que ahora vivía a costa de su muerte, porque, se aseguraba, había vendido su esqueleto a la Specola y el director del museo le pagaba una pequeña pensión a cambio del derecho de poseer un día su énorme osamenta. En realidad el melancólico gigante iba tirando, gracias a la poesía, vendiendo el librillo de sus coplas, componiendo por encargo rimas de amor para las bodas o para cumpleaños y santos. Yo solía verlo confabulando, con el cuerpo echado hacia adelante, con chicas jóvenes, no porque fuese un seductor o un sátiro sino porque las muchachas del pueblo eran sus clientes más fieles y generosas. Para ellas escribía, llegado el caso, incluso cartas de amor, adornadas con temas apasionados, románticos; pero ordinariamente despreciaba la prosa y prefería mucho más vender palabras rimadas.

Un día que hallé en mi bolsillo un poco de dinero en piezas de cobre, compré también su folleto; aunque ahora lo he extraviado y no podría decir lo que valían sus versos. La mayoría, si mal no recuerdo, eran de circunstancias para solemnidades religiosas o patrióticas y a mí, asiduo lector de Monti y de Giusti, me parecía que aquellos versos no tenían siempre el número exacto de sílabas.

Sólo una vez pude conversar con el poeta gigante. Estaba, al atardecer, sentado en un banco verde del Jardín de Azeglio y masticaba despacio su frugal cena: un pedazo de pan y una manzana. Me senté a su lado

—en el banco no había nadie más—y trabé conversación. Escuché, un poco asombrado, sus patéticas nostalgias de la pasada época gran ducal. Me dí cuenta era lo que hoy se llamaría un *reaccionario*, un nostálgico del *ancien régime*.

"Nos aseguraban—repetía—que en el cincuenta y nueve estaríamos bien, que la libertad nos haría felices, ricos, y ahora, en cambio, estamos peor que antes y los pobres más pobres que nunca. Cuando yo era joven, la poesía gustaba hasta a las señoras; hoy, si no fuera por las criadas, me moriría de hambre". De él aprendí un antiguo lamento popular olvidado:

En tiempo de los Médicis
cuatro cuartos valían por dieciséis.
Mas ahora con los Lorena
si se come no se cena.
Y con Víctor Manuel
no somos más que huesos y piel.

Y concluyó: "Estábamos mejor cuando estábamos peor". Luego, el viejo poeta se secó los ojos con un pañuelo azul, levantó penosamente su cuerpo grande, desmadejado y cansino y se alejó, pesado y sombrío, por entre el polvo rosado de aquel atardecer de primavera golpeando con su negro bastón la grava del paseo como un rapsoda enojado contra los dioses y los númenes patrios que le dieron más hambre que fama.

No estará de más recordar hoy que tan excelso poeta se lamentaba de la carestía de la vida en una época en que el pan blanco costaba treinta céntimos el kilo; el vino de mesa una lira la botella; un huevo, siete céntimos y un buen pollo, algo más de una lira. Una familia de cinco personas, como era la nuestra, vivía, aun-

que modestamente, con ciento cincuenta liras al mes. Pero el pueblo, cualquiera que sea el Gobierno que lo rija, está por naturaleza insatisfecho del presente y añora constantemente el pasado del que recuerda más los beneficios materiales que las suciedades y los males.

LA HERMANDAD ARTESANA

Los *Fascios* sicilianos de 1894 pusieron de moda esta denominación latina para designar grupos revolucionarios, y el partido Republicano quiso también tener sus *Fascios*. Por aquellos años se fundó en Florencia el Fascio Juvenil Goffredo Mameli y yo ingresé en él en 1896.

Este Fascio tenía su sede en una vieja casa, esquina a la calle Pandolfini con Giraldi, donde estaba la sede de la Hermandad Artesana, fundada muchos años antes por Mazzini para oponerla a las asociaciones obreras de matiz comunista. La frecuentaban, en efecto, los últimos mazzinianos puros que quedaban entonces en Florencia, entre los cuales recuerdo especialmente a Luigi Minuti y a Andrea Giannelli. No conozco a los republicanos de nuestros días, pero puedo asegurar que aquellos viejos republicanos de hace cincuenta años eran los hombres más honrados y cándidos que he conocido. Tenían algo entre el carbonario y el conjurado, el apóstol y paisano a la buena de Dios: un poco misteriosos y circunspectos, un poco retóricos y dogmáticos, pero en su mayoría de buena pasta y de natural dignidad. Más tarde conocí a Andrea Giannelli que durante muchos años había sido emisario de Mazzini en Toscana y Roma y conservaba celosamente muchas cartas afectuosas del mestro. Me lo encontraba por la no-

che en un cafetucho de la plaza de la Señoría y se desahogaba conmigo de la tibieza y temor de los revolucionarios más jóvenes, tan diferentes de los de su tiempo. El pobre viejo padecía almorranas y se movía contínuamente en la silla, unas veces quejándose de su dolencia física y otras lanzando imprecaciones contra los traidores pusilánimes que todavía toleraban la existencia de la monarquía de Saboya.

Las reuniones del Fascio Goffredo Mameli se celebraban todos los domingos por la mañana, y mis recuerdos confirman la vehemente indignación del pobre Giannelli. Nuestros mentores más antiguos tenían especial interés en que comprásemos la *Squilla*, semanario del Partido y la *Italia del Popolo*, de Milán. Algunas veces, un profesor de las escuelas técnicas, Ersilio Bicci, un vejete canoso, pelirrojo y gordito nos daba conferencias sobre la última defensa de la República florentina y, como buen guerrazziano, se conmovía hasta las lágrimas cuando contaba la muerte de Ferruccio.

Las discusiones más acaloradas fueron las que sostuvimos para la elección del lema de nuestro distintivo: *"¿Dios y Pueblo?"* o mejor: *"¿Pensamiento y Acción?"* Yo fuí uno de los que se opusieron con más furia al primero, porque la palabra *Dios* no me gustaba y, a causa de mis recientes lecturas de Büchner y Haeckel, la consideraba como un residuo de supersticiosa ignorancia. Pero el partido de los ateos tuvo la peor parte, y yo entonces, para no llevar en el ojal de la chaqueta aquel nombre vano, sin sujeto, no quise que me viesen más por la Hermandad Artesana.

Pero no por ello abandoné la política militante. Los estudiantes estaban siempre en movimiento y a cada momento se echaban a la calle para hacer reuniones y

manifestaciones, ya para protestar contra las vejaciones de Austria en Trento y Trieste, ya para protestar contra la condena de Dreyfus y para aplaudir el gesto de Emilio Zola. Recuerdo todavía que en la plaza de San Marcos recibí unos cuantos cintarazos de un guardia por vitorear, junto a un grupo de bullangueros, al heroico autor de *Nana*. En aquellos años, después de Adua, había llegado al colmo de la ebullición la campaña contra Crispi, al que los periódicos y oradores acusaban de bígamo, concubinario, concusionario, reaccionario, belicista y de cosas peores. No había reunión de jóvenes donde no se declamase a grandes voces una poesía de Stecchetti, contra el viejo patriota derrotado, que principiaba: *Verre, t'inganni!*

Uno de los ídolos de aquellos años fué Felice Cavallotti, *el bardo de la democracia*. Cuando en 1898 fué muerto en Venecia, en un duelo con *el forcaiolo* Ferruccio Macola, toda Italia se conmovió. Hacía poco que yo había hecho amistad con Giuseppe Brunati, el futuro autor del *Oriente Veneciano* y de otras novelas de corte dannunziano. Era un apuesto joven, que hablaba bien y vestía con elegancia—en invierno llevaba un hermoso abrigo azul con cuello de terciopelo—y hasta tenía una amiga francesa. Vivía en la calle Guicciardini y me hacía entrar en una habitación enorme llena de cuadros de todos los estilos y épocas, donde charlábamos con el tono de expertos entendidos, sobre los poemas de Baudelaire y las novelas de D'Annunzio.

Un día Brunati me dijo que quería componer un número especial dedicado a la muerte de Cavallotti y que escribiese en seguida un artículo. Yo, que ya estaba recogiendo flores en el rico jardín de la literatura francesa, hice un parangón entre André Chénier y Cavallotti, ambos poetas, ambos muertos de muerte cruenta

por amor a la libertad. Ya no tengo a mano aquel escrito, pero estoy seguro de que debía ser un engendro, ya que había leído poco a Chénier y lo mismo a Cavallotti. Mas, para que se me perdone aquel pecado de juventud, valga también para mí la célebre exclamación: "¡Oh, libertad, cuántos delitos (incluso literarios) se cometen en tu nombre!"

IL VERO MONELLO

HASTA que no vencí los bufidos de malhumor de los burócratas cancerberos de la Biblioteca Nacional, siempre padecí hambre y escasez de libros. Había en mi casa, como ya dije en otro lugar, una canasta atestada de volúmenes, pero los devoré hasta el último. Mi padre, que gustaba de la lectura y de la cultura, me compraba alguno de cuando en cuando en los puestos de libros viejos y me lo entregaba. Yo componía dibujos que pintaba a la acuarela y que vendía por unos céntimos, al llegar las fiestas, a una tía más compasiva que las demás y de este modo podía procurarme algún librejo de pocos céntimos. Pero era, como dicen los campesinos, una fresa en boca de lobo.

Entonces mi padre se compadeció de su hijo pálido y famélico. Un carpintero que trabajaba para él, un tal Novelli, tenía un hijo que escribía libros, dirigía un periódico y poseía nada menos que una librería y una imprenta. Y tanto insistió, que un día pude conocer a este sátrapa del papel impreso.

Se trataba de Augusto Novelli, conocido en toda Florencia por el sobrenombre de *Novellino*, director del *Vero Monello* y futuro creador del teatro florentino.

Era joven, pequeñito, todo pimienta e ingenio, de

ojos negros, de bigotes negros, de deteriorado traje negro y negro el sombrero duro que llevaba al desgaire y tenía siempre en la boca un cigarro encendido y una frase mordaz. De tez aceitunada y de modales bruscos, pronto se echaba de ver que debía ser de temperamento bilioso y, acaso, un poco lunático. Pero sus groserías de hombre de pueblo humillado servía para vengar al pueblo de los abusos de sus estúpidos y codiciosos dueños. Tenía siempre pronta la réplica y la frase ocurrente, como buen espíritu florentino y original. Hijo de un pobre artesano, que no pudo darle estudios, fué autodidacta y había conseguido fundar un periódico satírico que le había hecho popularísimo. Era socialista, en aquellos tiempos, y en su periódico se metía con todos los que mandaban: con el alcalde, con el gobernador, el Gobierno y el rey. De cuando en cuando el *Vero Monello* era requisado y Novellino terminaba en la cárcel, donde pasaba los días enteros escribiendo entremeses y comedias. En cuanto le soltaban, volvía a empezar, y muchos le temían y muchos le querían. Era, como entonces se solía decir, el *enfant terrible* de la ciudad.

Un diablo de esa calaña era precisamente lo que necesitaba yo. La primera vez que fuí a verle en una modestísima casa de la calle Macci, lo encontré en la imprenta donde estaba grabando, en madera, una de sus feroces y a veces desvergonzadas caricaturas de los insignificantes poderosos del día. Sólo disponía de una máquina, más bien deteriorada; pero por doquier había cajas de tipos y resmas de papel: para mí un paraíso en negro y blanco. Allí se imprimían los periódicos; allí se fabricaban esos maravillosos compendios de sabiduría y sueños que son los libros. Y yo había

venido a pedir libros a *Novellino*, libros para leer y saciar mi hambre.

Me llevó a su casa, a una habitación pequeña, desnuda y vacía en la que sólo había una librería, una verdadera librería, con sus vidrieras llenas de volúmenes. Todos eran del mismo formato y estaban todos encuadernados en tela roja. *Novellino* abrió las vidrieras con aire de banquero pródigo que abre la caja de caudales para mostrar sus tesoros y me dijo:

—Aquí está toda la colección de la *Biblioteca Universal*. Aquí hay cuanto desees: poemas y cuentos, tragedias y filosofía. Cada volumen contiene tres o cuatro obras y puedes llevarte uno cada vez hasta que los hayas leído todos.

Fué como llamar el lobo a las ovejas. Cogí uno de aquellos volúmenes, di las gracias al dispensador de tanto favor y salí a escape como el raptor de la joven amada que ansía gozar en seguida de su presa.

Ya conocía yo algunos volúmenes de aquella estupenda *Biblioteca Universal* que Sonzogno publicaba en Milán. Eran fascículos pequeños con una cubierta de color amarillo oscuro sobre la que campeaba una mujer medio desnuda, por los aires, con una larga trompeta en la boca: probablemente, la Fama. Los autores eran todos más o menos célebres y de todos los países del mundo, incluso de la India y de la China. Y aquella biblioteca que consoló e ilustró las veladas de tantos pobres, casi no valía nada: cada número sólo costaba veinticinco céntimos. Y la otra colección del mismo Sonzogno, la *Biblioteca del Pueblo* era todavía más barata: quince céntimos cada volumen de sesenta y cuatro páginas apretadas.

Cada tres o cuatro días iba a ver a *Novellino*, como un mendigo un poco avergonzado de tan voraz apetito,

y me llevaba uno de aquellos volúmenes encuadernados en rojo. En pocos meses los leí todos y *Novellino*, que no tenía otras librerías para abrirme, ya no supo qué darme. La última vez, al ver que su festín estaba ya consumido, me echó una mirada entre asombrada y compasiva, y luego, mordiendo nerviosamente el cigarro que asomaba entre sus bigotillos negros, me regaló un libro suyo y me dijo:

—De ahora en adelante, hijo mío, si quieres leer más libros, tendrás que robarlos o escribirlos tú.

Y, por desgracia, años después, seguí el segundo consejo del chusco y malicioso autor del *Acqua Cheta*.

ADUA

Mi ardiente esperanza juvenil en una renovada grandeza italiana había de sufrir, poco después, un cruel desengaño. En el año 1895 había estallado de nuevo la guerra de Abisinia y las cosas marchaban mal para los italianos. Se rumoreaba que el viejo Crispi, espoleado por los éxitos ingleses y franceses, planeaba la conquista del Imperio de Etiopía y que ya había mandado acuñar nuevas monedas con la efigie de Humberto, emperador.

El desesperado asedio de la fortaleza de Macalle había conmovido a todos los italianos, y recuerdo que en el colegio, durante las clases, yo no hacía más que dibujar planos de ciudadelas inexpugnables, con doble muralla de bastiones y de torres de vigilancia. Pero aquella tarde del 2 de marzo de 1896 se oyó correr por Florencia a los vendedores de periódicos que gritaban a grito pelado por las húmedas, estrechas y tétricas ca-

lles: ¡La gran derrota de los italianos! ¡La última edición del *Fieramosca!* ¡La gran derrota de los italianos en Africa!

El corazón me dió un sobresalto. No tenía los cinco céntimos para comprar el periódico; pero mi padre, cuando vino a cenar, confirmó la noticia. Nunca le había visto tan sombrío. Su humillación de auténtico italiano era mayor al pensar que el general Oreste Baratieri, tan vergonzosamente derrotado, era un antiguo oficial de Garibaldi.

Aquella noche me costó mucho trabajo conciliar el sueño. ¡Un ejército europeo, un ejército de nuestra Italia, hollado, diezmado y dispersado por una horda de bárbaros africanos! El sueño del viejo revolucionario siciliano, que quería dar un imperio al pueblo italiano y llevar nuestra civilización al corazón de Africa, se había deshecho en pocas horas de batalla mal dirigida por la imbecilidad e ignorancia de un general ambicioso.

A la mañana siguiente, gris y fría mañana de invierno moribundo, la ciudad parecía de luto. Corrillos de ciudadanos silenciosos y serios estaban parados ante los puestos de periódicos. No se oía ni una canción—entonces se cantaba todavía por las calles, desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche—ni el acostumbrado griterío de los muchachos y de los vendedores ambulantes. Parecía que estábamos dentro de una inmensa familia sobre la que había caído una gran desgracia, con los muertos ya colocados en sus féretros poco antes del funeral. Solamente un calderero, que tenía su taller junto al Arco de San Piero, cantaba rabiosamente, golpeando un caldero, la triste canción de moda de aquel año:

¿Cómo puedo yo amarte
Si estoy prisionero en Africa?
Pero si los italianos vencen,
Preciosa, volveré a verte.

Algún tiempo después el director del colegio nos llevó a los estudiantes a Santa Croce, donde se celebraba una misa de requiem por los caídos de Adua. Por aquel entonces yo ya no iba a la iglesia; pero aquella misa no pude olvidarla nunca. La pétrea basílica gótica, que guardaba los restos mortales y los recuerdos de tantos italianos ilustres, me pareció más desnuda y tétrica, como un panteón glorioso que reprochase en silencio a un pueblo indigno de haber penetrado en él. La solemne salmodia de los frailes, el sonido trágico del órgano, los paramentos negros y, sobre todo, las tumbas tan elocuentes de los grandes, aumentaban mi pena. Mis pies descansaban sobre una lápida mortuoria, desgastada por las pisadas; los cantos de los sacerdotes evocaban el fin del mundo y el juicio: todo allí dentro hablaba y sabía a muerte.

Y yo, adolescente italiano precoz, sentía en mí como la responsabilidad y el remordimiento de aquella vergonzosa derrota de mi patria. ¿Qué podría hacer para expiarla? ¿Qué podría hacer para restituir el honor a mi país? Me sentía débil, frágil, con poca vista, con salud precaria, y con todo eso bullían dentro de mí ingenuos ímpetus de desquite y venganza que me hicieron comprender mejor las canciones juveniles de Leopardi, que yo hasta entonces había aborrecido. Estos sombríos y amargos sentimientos fueron los que impulsaron a mi generación, poco tiempo después, a la rebelión contra la cobardía burguesa, a la fe en un segundo resurgimiento italiano.

En la iglesia estaban en primera fila algunos generales gruesos, con sus brillantes cascos adornados con plumas de avestruz sobre los bancos, como irónicos emblemas de su panzuda vanidad. Eran los generales de la Monarquía, los colegas de los generales derrotados. El ejército saboyano no había sabido conservar el ardor de los ejércitos garibaldinos. Salí de Santa Croce más republicano que antes.

LOS MOTINES DE MAYO

UNA tarde de mayo de 1898, un compañero de colegio, Pietro Romanelli, me llevó a la casa en que estaba de pupilo y en la que se hospedaban también algunas chicas de la Escuela Normal.

Este Romanelli sentía pasión, lo mismo que yo, por la poesía y por eso nos hicimos muy amigos. Fornido, de color encendido, ojos azules, barba rubia, algo tosco y desgarbado, tenía el aspecto de un labrador joven más que el de un poeta. Procedía de un pueblo de Valdarno y por falta de libros sus lecturas poéticas se habían quedado a principios del siglo XIX. Uno de sus ídolos era Vincenzo Filicaia, y uno de los primeros días que salimos juntos me dijo quería llegarse a la calle del Orivolo, al palacio de los Filicaia, para hacer una visita de homenaje a su poeta predilecto. Me las ví y deseé para convencerle de que su Filicaia había fallecido hacía casi dos siglos. Entonces quiso que yo le iniciase en la poesía moderna e hizo creer a su padre que en el colegio le habían mandado comprar una biblioteca completa de obras poéticas. El padre, modesto terrateniente que se parecía a su hijo como un mastodonte viejo a un mastodonte joven, vino expresamen-

te a Florencia para preguntarme si de verdad eran necesarios todos aquellos libros. Yo, advertido por mi amigo, contesté que sí y que también yo había tenido que comprarlos. Este Pietro Romanelli tenía, además, la manía de los simples, y poseía una edición monumental del *Herbario* de Mattioli, que tenía como cosa sagrada y al que recurría confiado en caso de enfermedad. Pero su pasión dominante, como he dicho, era la literatura y me leía algunos de sus altisonantes poemitas en endecasílabos libres, de tono y estilo entre osiánico y montiano, en los que él aparecía siempre como un héroe enamorado y solitario bajo el nombre de Loreno.

A Romanelli, macho sanguíneo, le gustaban desmedidamente las mujeres y había ido de intento a hospedarse en aquel gineceo de vírgenes estudiantes. Aquel día de mayo me introdujo también a mí, y no hacía mucho que me había sentado al lado de una de aquellas muchachas con el pretexto de ayudarla en una traducción del francés, cuando entró corriendo en la habitación una mujer, con los ojos desencajados, gritando que había empezado la revolución en el centro de la ciudad y que mataban a la gente.

Romanelli y yo no dijimos nada; cogimos el sombrero; dejamos a las chicas que suplicaban nos quedásemos y nos fuímos a la plaza de Vittorio para ver qué sucedía.

La noticia era cierta. Por todas partes, rumores, alborotos y carreras. Los disparos se oían cada vez más densos. Al llegar a la calle Calzaioli vimos a un grupo de carabineros que disparaba sin orden ni concierto contra la multitud que huía. Apenas si tuvimos tiempo de entrar en una sombrerería que estaban cerrando precisamente en ese momento y donde no querían re-

cibirnos por miedo a que fuésemos dos revolucionarios. Cuando salimos, la gente se había dispersado; pero en el suelo había manchas de sangre y escuadrones de caballería pasaban con gran estrépito de herraduras por las calles principales. Nos enteramos de que hubo muertos y heridos entre los cuales un ciego que casualmente pasaba por allí.

Ese día, nos refirieron, una turba de pordioseros desesperados había salido de los barrios del otro lado del Arno y, apenas pasaron el río, habían empezado a romper cristales y faroles, gritando: "¡Viva la revolución!" y a agredir a las personas bien vestidas. Los *forcaioli* indígenas—llamados entonces La Consorteria—habían telegrafiado a Roma diciendo que la ciudad estaba en poder de un puñado de facinerosos y el gobernador había llamado en su auxilio al ejército para poner en fuga a los inermes amotinados. Por la noche Florencia estaba sumida en el más completo silencio y oscura como nunca. Cerrados los cafés y teatros; las puertas atrancadas; cerradas y oscuras todas las ventanas. Parecía un cementerio. Días antes se habían levantado barricadas en Milán; y en Sicilia asaltaban e incendiaban los municipios; la Lunigiana, donde hacía poco se había sofocado una seria revuelta, estaba de nuevo en ebullición. Los motines de 1894, dominados a fuerza de plomo; las derrotas africanas; el encarecimiento del pan; la continua virulencia de la oposición republicana y socialista; el constante descrédito de la Monarquía, habían terminado en aquellos graves desórdenes que pronto fracasaron y dieron pretexto al Gobierno para ordenar el estado de sitio en muchas ciudades y hacer votar leyes de excepción. Hubo procesos y condenas, especialmente en Milán, y en todo el país reinó una especie de terror.

Mas, como sucede siempre, la reacción policíaca avivó y propagó el espíritu de rebeldía. Y precisamente aquel año me pasé de la República de Mazzini a la Anarquía de Stirner.

EL POETA PROFESOR

A fines de 1898 enviaron a mi colegio al poeta Diego Garoglio a enseñar literatura italiana. Se trataba para él de un castigo: los *reaccionarios*, después de los motines de mayo, quisieron vengarse de los *subversivos*. Garoglio era socialista y *el terror forcaiolo* lo trasladó de un colegio a otro, pero en el mismo grado y en la misma ciudad. En tiempos más recientes y menos agradables le habrían internado, por lo menos, en un campo de concentración.

Pero para nosotros, colegiales, aquel castigo fué una suerte inesperada. El antecesor de Garoglio, un tal Nesi, había sido profesor de matemáticas, decían, y era el hombre más opuesto y refractario a toda forma de belleza y a toda evasión de la fantasía que jamás conocí. Para él, la literatura italiana se reducía a una serie de teoremas cronológicos seguidos de corolarios de textos rancios. Cada vez que en nuestras composiciones topaba con algún pensamiento audaz o una metáfora fuera de lo corriente, levantaba hacia el techo los ojos doloridos, se alisaba nerviosamente la barba, daba un fuerte suspiro, sorbía los mocos en sus anchas narices y daba puñetazos en la mesa.

La gramática, según él, era el fundamento geométrico de toda literatura, mientras que la poesía era una enfermedad poco menos que vergonzosa: la sífilis del espíritu.

Cuando llegó Diego Garoglio una nueva brisa penetró en nuestra clase en frescas bocanadas. Era joven, con una barbilla rala, rubia; sonreía plácidamente; gustaba de la poesía y del arte. El primer día dictó una poesía de Pascoli. Para nosotros, acostumbrados a las rimas rancias de Guidiccioni y de Testi, fué una revelación y una revolución. A mí, además, Garoglio se me aparecía rodeado de una aureola de mística lírica, porque sabía que era uno de los fundadores y escritores del *Marzocco*. Este periódico literario, fundado a fines de 1895, había desbancado a la *Gazzetta Letteraria* y a la *Fanfulla della Domenica* que, hasta entonces, habían dominado. Periódico escrito por jóvenes; periódico de vanguardia y de empeño, que nos había descubierto a nosotros, muchachos, la poesía de D'Annunzio y de Pascoli. En él colaboraban el tolstoiano Angiolo Orvieto junto al nacionalista Enrico Corradini, al reaccionario Luciano Zuccoli y al esteta evangélico Angelo Conti. El *Marzocco* fué, después de los lejanos tiempos de la *Antología*, el primer periódico literario de Florencia, de importancia e influencia nacionales. Yo lo esperaba todos los sábados por la tarde como el joven enamorado espera la llegada de su amada.

Diego Garoglio era uno de los *bersaglieros* de aquella animosa patrulla y muy pronto se dió cuenta de que yo también formaba parte de los *iniciados*. Empezó a quererme y, al cabo de algunos meses, nos hicimos casi amigos con la amistad que puede haber entre un maestro afectuoso y un discípulo fiel. La generosidad era una de sus más raras virtudes, acompañada de un ferviente entusiasmo que rara vez anima a los profesores. Después de las horas de clases salíamos juntos. A veces me llevaba a su casa, donde me enseñaba su biblioteca, que a mí, desprovisto entonces de libros, me pa-

recía el Bengodi y el Eldorado de todas las literaturas. Pero con más frecuencia íbamos al centro de la ciudad, entrábamos en el cuchitril de hierro y cristal del *Gambrinus* y entonces presenciaba un extraño espectáculo. El maestro pedía un café, pluma, papel y tintero y, después de vaciar la taza y de fumar un cigarrillo, se ponía a componer una poesía. Yo leía un periódico o un libro, esperando a que terminase. Solían ser poesías breves, en versos rimados, pero libres, de las que hacía, según me confió, una al día y a veces dos. Esa fecundidad fué, creo, su desgracia. En sus versos había sentimiento y a veces alguna imagen feliz, pero casi nunca el soplo de una inspiración reveladora o el sello de un estilo personal. Hacía demasiados; tenía el alma de poeta pero, en vez de esperar con paciencia el momento divino de la inspiración, daba la impresión de un versificador de agua corriente. Cuando le conocí había publicado ya algunos libros de poesías líricas, después, publicó otro más. Pero nunca consiguió verdadera fama, con gran dolor suyo, entre los poetas de su tiempo. Y sin embargo, su tesón y apasionada ambición eran en el fondo muy modestos. En efecto, una vez me confesó que se contentaría con que se le hubiese considerado a la misma altura *ex aequo* que Giovanni Marradi, el poeta de Livorno, tan conocido entonces y hoy casi olvidado.

Una tarde Garoglio me enseñó un mueble abarrotado de paquetes de papel: eran todas las poesías dedicadas a su mujer, su *Mimnesang*, destinadas a quedar inéditas. Pero había otro mueble también atestado de poesías, miles de cuartillas llenas de su letra clara, miles y miles de poesías que le hubieran gustado dar a conocer al mundo. Pero apenas si se susurra de él en nuestro tiempo.

Creo que en el curso de nuestra amistad le dí algún motivo de alegría, pero en los últimos años le causé uno de sus más profundos dolores cuando en 1920 no logré verdaderamente escoger nada suyo para la antología *Poetas de hoy*, reunido por Pancrazi y por mí. También para mí fué doloroso y todavía me atormenta el remordimiento, pero las razones del arte prevalecieron sobre los de la gratitud.

Tenía, además, ambiciones universitarias y también fracasaron. Hubiera querido escribir grandes obras de literatura extranjera, y confiaba obtener una cátedra de literatura comparada. Mas ni escribió tales obras —si bien conocía varias lenguas y había reunido un inmenso arsenal de apuntes—ni obtuvo la cátedra.

Hubiera deseado, asimismo, llegar a ser un orador célebre y no desaprovechaba la ocasión de pronunciar discursos y conferencias. Pero su voz no era tan cálida y sonora, como hubiese querido, y su amplia cultura y voluntad tenaz no lograron el triunfo y la fama de su elocuencia.

Escribió muchos artículos en periódicos y revistas que luego reunió en un volumen; pero sus ensayos solían ser más bien prolijos y pesados. Desgraciadamente, su inteligencia y diligencia no lograban compensar su falta de calor y vigor.

Una de las pasiones más constantes y desdichadas fué la política en la que defendía una especie de socialismo moderado, a semejanza de De Amicis, entre patriótico, franciscano y humanitario, que no podía ganarse a un pueblo ya acostumbrado a ideologías más fuertes e intransigentes. Por dos veces fué candidato al Parlamento, una vez por la Toscana, otra por el Piamonte, su tierra, pero no salió elegido ni en la primera ni en la segunda.

Fué, pues, de diversas maneras, lo que entonces se llamaba un *raté*, pero se engañaron quienes atribuyesen la culpa de sus fracasos a su congénita falta de talento y espíritu. Su candidez, y, por qué no decirlo, su pueril ingenuidad, su corazón grande e inquieto, le condujeron a ser más poeta en la vida que en los versos. Pasaba de un sueño a otro, de un amor a otro, siempre ilusionado y siempre desilusionado pero la amargura de los desengaños no disminuyó nunca su tesón de trabajador y no extinguió su cordialidad munificente, su apasionado amor por la poesía, su afecto fraternal por todos los hombres.

Como maestro, amigo y animador de los jóvenes no fracasó. Su exquisito gusto cosmopolita y su ardiente ternura le granjeó el afecto de muchos: aun hay alumnos suyos que le recuerdan con devoción agradecida. A sus clases asistió el poeta Vittorio Locchi —que murió joven en la guerra de 1915— el poeta Nicola Lisi y el que escribe estas páginas; gran amigo suyo fué el poeta Emilio Agostini, delicado autor de *Lumiere di Sabbio* y el delicado Pietro Mastri, actualmente olvidado, pero que tiene poesías dignas de parangonarse con las de Pascoli.

No está, por consiguiente, fuera de lugar, haber evocado, en este libro, la figura de mi querido maestro que abrió a la poesía a tantos corazones de adolescentes; que sabía comentar a Dante con sagacidad y una emoción como he hallado en pocos; que intervino en la fundación de *Vita nuova* y del *Marzocco;* que representaba, en fin, junto con otros literatos, aquella crisis de transacción entre los siglos XIX y XX que también tiene su significado en la historia de nuestra moderna literatura.

No era creyente —su trinidad fué la Poesía, la Pa-

tria y el Pueblo— pero su alma fué *naturaliter christiana* y su generosa y noble bondad apenas, o muy rara vez, se vió quebrantada por alguna desilusión o celos literarios.

A pesar de que hoy Diego Garoglio es para la mayoría un nombre desconocido, consignado únicamente en los catálogos de las bibliotecas, estoy orgulloso de haber sido su discípulo y su amigo.

EL EJERCITO DE SALVACION

De muchacho, solíamos encontrar en las calles de Florencia y también en los caminos que conducían hacia los países próximos, algunas extrañas mujeres, estrafalariamente vestidas, con grandes sombreros de paja y faldas negras, que ofrecían a los transeuntes un periódico publicado por ellas y procuraban entablar conversación con los que se paraban a mirarlas. Parecían monjas, pero no lo eran. En cambio, me enteré que eran jefas y oficialas de un ejército creado en Inglaterra y que se llamaba Ejército de Salvación. Supe también el título de la hoja que vendían —*El grito de Guerra*— porque mi padre, al ofrecérselo, respondía en broma:

—Nosotros no queremos la guerra; queremos la paz.

Poco tiempo después, cuando fuí mayor y sentí más curiosidad por todos los movimientos espirituales del mundo, un amigo me dijo que estaba para llegar a Florencia el fundador del Ejército de Salvación, el célebre *general* William Booth y me entraron ganas de ir a oírle.

El *general* pronunció su discurso en un salón del Hotel del Parlamento, detrás del Palacio Viejo y, al

entrar, me di cuenta en seguida de que casi todos los que le esperaban eran extranjeros.

El Ejército de Salvación, fundado en 1860 en Londres, ambicionaba combatir contra la miseria y el infortunio de todos los países del mundo y el *general* ya había recorrido con su persona y su palabra muchas partes de la tierra. Por eso también había venido a Italia donde ya existían, en las ciudades más importantes, incipientes vanguardias de su ejército pero, al parecer, los italianos eran poco propensos a seguirle.

William Booth entró: era muy viejo pero apuesto, de ancha frente ovalada, nariz aguileña y abundante barba blanca, mosaica, terminada en dos puntas. Cantaron un himno en inglés y luego empezó el discurso. El *general* hablaba en inglés, ya se supone; pero cerca de él, en la improvisada cátedra, había un señor vestido de negro que, después de cada período, traducía al italiano las palabras de Booth.

No recuerdo exactamente el contenido de aquella vibrante alocución y creo que hubiera sido difícil resumirla. El *general* hablaba con sobria pero apasionada elocuencia y se echaba de ver que era un hombre acostumbrado a dominar a las masas. Con todo, a mí me pareció que su discurso se diferenciaba poco del sermón de un pastor protestante y, por lo tanto, poco apto para mentalidades italianas.

Se proponía un fin evangélico, a saber, la ayuda fraterna a todos los desgraciados que padecen toda hambre: la del estómago y la del alma, pero su lenguaje sonaba más al de los profetas del Antiguo Testamento que al de los apóstoles del Nuevo. En Italia, la Biblia no es tan familiar como en Inglaterra y, nosotros, acaso por el subyacente e invisible influjo

del espíritu franciscano, conocemos mejor y amamos más a los evangelistas que a los profetas.

Añádase a esto que, si bien en Italia había, ciertamente, mucha miseria, no era tan tétrica y espantosa como la de los *slums* de Londres; nuestros pordioseros, nuestros mendigos, estaban entonces, a pesar de todo, más tranquilos y contentos que aquellos ingleses que habían movido a Booth a formar su *ejército*. Uno de los fines de este *ejército* era provocar un *revival*, como dicen allí, seguido de conversiones improvisadas y de confesiones públicas de pecados, mientras que en Italia el sentimiento del pecado es bastante menor que en los países anglosajones. Los católicos saben que el pecado es un elemento cotidiano de la vida de los hombres, aunque sean cristianos y, para combatirlo, recurren a la confesión auricular y a la comunión. Los no cristianos lo aceptan casi siempre con indiferencia.

Por todas estas razones, tampoco el viaje del *general* Booth a Italia produjo muchos frutos e incluso en la actualidad, que yo sepa, el *ejército* no es popular entre nosotros, si bien tuvo cierto incremento después de la última guerra.

Aquel día en el Hotel del Parlamento los aplausos fueron clamorosos y prolongados, pero, como he dicho, la mayor parte del auditorio estaba formado por extranjeros. El Ejército de Salvación estaba demasiado ligado a estados de ánimo y de vida propia de los anglosajones y no podía arraigar en Italia, donde la Iglesia, desde hace muchos siglos, ha provisto y provee con las obras de las órdenes religiosas antiguas y modernas a las más duras miserias del pueblo.

HOMBRES DE LA CALLE

En tiempos de mi adolescencia, ya no se oía a los juglares que cantaban a Orlando y Ulivieri en sexta y octava rima en la plaza de San Martino. Todavía quedaba algún improvisador —como los célebres Niccheri, que se proclamaba Iletrado y el Moro de San Gallo— y algún romancero de lamentos, casi siempre ciego.

Pero el pueblo, mientras es verdadero pueblo, tiene siempre necesidad de un alimento heroico para su fantasía, que lo eleve y reconforte por encima de sus ocupaciones mecánicas y habituales. Todavía había, pues, públicos declamadores épicos, no ya en verso sino en prosa; los aedos elocuentes de las gestas modernas.

El más fecundo y célebre era Salvestrini, que todos los días salía a la calle y trazaba con tiza en el suelo dos grandes círculos concéntricos dentro de los cuales escribía algún nombre realmente famoso. Era el círculo mágico que nadie, ni siquiera los niños, se atrevían a traspasar. Salvestrini, erguido en medio del círculo, con cara meditabunda, esperaba a que la gente se sentase en semicírculo detrás de las líneas blancas y después anunciaba el tema; casi siempre temas guerreros: la entrada de Carlos VIII, el asedio de Florencia; las guerras de Napoleón; las hazañas de Garibaldi.

Tenía la voz ronca, con tonos estridentes y sin embargo le escuchaban durante horas enteras. Hablaba con acento de ardiente convicción, con los ojos enrojecidos hacia el cielo, como para ver mejor a los grandes

muertos, cuyas hazañas y palabras, andanzas y desventuras estaba narrando como si los tuviese vivos delante de él. Este Salvestrini poseía una memoria extraordinaria y una constante vena de elocuencia; nunca fallaba un nombre o una fecha; no perdía el hilo de la metáfora y de la frase. Era pobre e iba pobremente vestido, pero cada mañana enriquecía sus conocimientos, se preparaba como un catedrático. Su biblioteca era el puesto de libros viejos que tenía en la plaza de San Florentino su amigo Puccini; yo también era comensal de aquel maravilloso festín de sabiduría por pocos céntimos y con frecuencia encontraba a Salvestrini con un libro en la mano, que leía con sus ojos fijos, enrojecidos y miopes para descubrir en él algún nuevo tema o episodio que ofrecer a sus oyentes de la tarde.

El auditorio se apiñaba en torno suyo, cada vez más compacto, asombrado y arrebatado por aquella elocuencia, que no era de palabras sonoras sino de resucitada humanidad, digna de historia, de canto y de admiración. Aunque Salvestrini, a diferencia de los romanceros, de los charlatanes y de los prestidigitadores no pasaba el platillo para pedir el óbolo por su trabajo, al final siempre encontraba a sus pies un buen montón de aquellas piezas grandes de cobre que llevaban la perilla de Víctor Manuel II, o la de Napoleón III, o el solideo de Pío IX, o las torres de San Martino pero que estaban todas entonces en circulación y de las que unas cuantas bastaban para hacer el señor en las hosterías.

Salvestrini tenía suerte, porque satisfacía un gusto que en aquellos tiempos no había desaparecido del todo en nuestro pueblo: el gusto por lo heroico y lo maravilloso. Entonces no había cines y la gente, en vez

de encerrarse en la oscuridad para admirar los golpes maestros de los bandoleros y las aventuras de las Venus trasatlánticas, pasaban el tiempo en la calle para exaltarse y conmoverse oyendo la muerte de Ferrucio, el paso de los Alpes de Napoleón, la partida de los Mil en la noche de Quarto, la estoica firmeza de Galliano en Macallè. El copioso y patético Salvestrini fué, al menos en Florencia, el último cantor ambulante de los héroes de la historia y de la patria.

Hombre muy diferente era Torelli, que en aquellos mismos años se pasaba la vida en las calles y encrucijadas de la ciudad. Bajito, enjuto, sano y esbelto como un mozo, si bien ya pasaba de los cuarenta, con una cara morena y agresiva, ojos movedizos, pero oscuros y duros como balas de revólver, era el tipo clásico del agitador, del instigador, del revolucionario nato, del *subversivo* endurecido. Todos sabían que era anarquista; pero un día me confesó que para él la anarquía estaba todavía demasiado atiborrada de prejuicios burgueses, porque quería basarse en el amor al prójimo, y pronosticaba asociaciones ordenadas. Por eso Torelli había ido más allá y se proclamaba *amorfista* inspirándose en una nueva doctrina suya que negaba toda forma de unión entre los hombres, voluntaria o no, porque todo vínculo, según él, habría de conducir más pronto o más tarde a tiranías latentes pero odiosas. A cualquier acompañamiento, manifestación o reunión de protesta, Torelli nunca faltaba. No porque estuviese de acuerdo con los irredentistas, socialistas, republicanos o radicales que promovían aquellas reuniones, sino porque esperaba siempre actuar como fermento o mecha entre los que se declaraban, por cualquier motivo que fuera, contra la autoridad. Iba de corrillo en corrillo como un untador que desea

esparcir por todas partes el contagio de la revolución y, unas veces susurraba frases subversivas al oído, otras lanzaba una consigna, señalaba un objetivo, sugería un grito, un improperio, un ataque. Pocos le hacían caso, pero él reaparecía, insistente como un estribillo, en toda nueva reunión, como un diablo veloz y enojado, instigador y burlón.

De cuando en cuando desaparecía y todos sabían o adivinaban que había estado en la cárcel, donde, por lo que se decía, continuaba su apostolado entre los compañeros de prisión y los guardianes. Para vivir se avenía a hacer de vendedor ambulante, a veces de papel de cartas, a veces de anillas para paraguas o de carteras o de libros usados. Pero al mismo tiempo ofrecía opúsculos, impresos clandestinamente, de Kropotkine, de Jean Grave o de Malatesta, porque de aquella dinamita de papel siempre tenía repletos y atiborrados los bolsillos.

Hubo una temporada en que comenzó a ir todos los días a la Biblioteca Nacional y le veían tomar notas de gruesos y viejos volúmenes. Una noche en que salíamos juntos no pude por menos de preguntarle qué estaba estudiando con tan paciente aplicación.

—En mi familia —me respondió— hay la tradición de que descendemos de un rey de Polonia y estoy averiguando si es realmente verdad. Creo que estoy sobre la pista y ya sólo me queda encontrar el último anillo de nuestra ascendencia regia.

Me quedé de una pieza y ya no le pregunté más. Pero desde aquel día tengo la duda de que la fe libertaria del *amorfista* no era tan pura y sólida como había creído hasta entonces.

CARDUCCI

No le conocí pero le vi. El 1897, una tarde lluviosa y deprimente de octubre o noviembre estaba yo en la Biblioteca Nacional de Florencia, la cual era una sala enorme con grandes mesas muy viejas y sillones muy altos. Tenía delante, me parece, aquel volumen de la colección Rivadeneyra que contiene las *Poesías anteriores al siglo XV* y leía los alejandrinos férreos del *Poema del Cid.*

Tan fuertemiente llorando...

Mas el volumen era grande, la letra pequeña y la pesadez de la estación infinita; así que con frecuencia alzaba la vista hacia el alto ventanal en arco del fondo para mirar las cornisas goteantes del palacio de los Priores, atravesadas de cuando en cuando por las sombras blancas y negras de las palomas. Y, en realidad, aquel no parecía el palacio donde Giano della Bella, Michele de Lando y Girolamo Savonarola habían hablado al pueblo soberano de Florencia, y aquellas palomas, en vez de aves de Venus o símbolos del Espíritu Santo, me parecían animales comestibles destinados al gallinero y al asador.

Mas he aquí que, de repente, oigo que se acerca el asma ruidosa del jadeante bibliotecario Desiderio Chilovi, el cual acompañaba con gestos y palabras de solícito respeto a un hombrecillo más bien corpulento y de cuello grueso, con los cabellos grises un poco encrespados y abundante barba, que podía parecer muy

bien un labriego endomingado. Pero cuando estuvo cerca —yo estaba sentado en el último banco— le reconocí: era Carducci. Otras cabezas se habían levantado de los libros; los demás le habían reconocido también y se guiñaban el ojo. Cuando pasó por delante de mí, movido por no sé qué resorte, me puse en pie, muy confuso, como un soldado novato que ve pasar a su general. El poeta dirigió hacia mí un instante sus ojos y vi que eran muy bellos, de los más vivos y espléndidos que jamás he descubierto en frente humana en los días de mi vida. Y esos ojos me transformaron al pequeño labriego en una audaz cara de guerrero en la que la blanca ternura de la vejez atenuaba la mirada imperiosa del luchador.

Carducci, siempre acompañado por aquel asma obsequiosa, penetró en la sala de los manuscritos que en aquel tiempo estaba al fondo; sala donde yo no había entrado nunca y cuya puerta se me antojaba la de un santuario reservado a los grandes filó'ogos. Y el viejo poeta desapareció allí dentro, como un dios irritado, que va con paso franco hacia los misterios vedados a los profanos.

Años más tarde, le volví a ver en coche, en aquel callejón negro de sombras que desde la Porta Romana conduce a los jardines de Bobolino. Tenía el pelo y la cara más blancos e iba embutido en un abrigo de pieles; pero sus ojos eran también los mismos. El coche marchaba lentamente, porque subía, y me pareció de aquellos que acompañan despacito a los muertos. De hecho, estaba ya muerto, y solo, como los muertos.

LAS CINCO JORNADAS

EMPECÉ, ya muy joven, a dar algunas lecciones particulares para ganarme algunos cuartos y comprar papel blanco y libros usados. Un día, en casa de uno de mis discípulos, al terminar una de estas lecciones, me presentaron a una viejecita flaca y toda nervios a la que escuchaban todos con atenta reverencia, y se llamaba Virginia Paganini. Me entretuve un poco conversando con ella y descubrí que era sacerdotisa de una religión a su manera, que tenía como trinidad la Patria, la Humanidad y los Desencarnados. En una palabra, era una mazziniana espiritista y en su conversación mezclaba, con gárrulas referencias, reminiscencias del heroico 1848 y mensajes de fantasmas.

Yo siempre fuí goloso de testimonios históricos y de revelaciones ocultas; de suerte que me arreglé para que la anciana señora me invitase a hacerle una visita uno de los días siguientes.

Virginia Paganini vivía al otro lado del Arno en Borgo Sant Jacopo, en una de aquellas vetustas casas florentinas ennegrecidas y cuarteadas que por fuera ostentan el rostro feroz de un esbirro o de un lansquenete, pero que dentro tienen un corazón de sol de muchacha en flor, es decir, un hermoso patio aireado, alegrado por fuentes, arriates y trepadoras. Mi nueva amiga vivía, naturalmente, en el último piso, mejor dicho, encima del último piso, en una buhardilla, en una amplia estancia, arreglada con amor, atiborrada de enseres más pasados de moda que antiguos, restos

de un esplendor perdido, pero no olvidado. En medio de una pared, debajo de un crucifijo de ébano, había un gran retrato al óleo de Mazzini, de mi Mazzini, que nos miraba a los dos con ojos distraídos y, sin embargo, dulcísimos.

Virginia Paganini estaba sentada de cara al maestro, toda vestida de seda negra, con una ligera cofia de la que salían leves rizos blancos. No tenía el aspecto de charlatana pitonisa o una sibila sino que platicaba a la buena de Dios, iluminada con frecuentes sonrisas de su blanquísima dentadura.

—Se parece mucho —me dijo señalando con su mano delgada el retrato de Mazzini—. Yo le ví muchas veces, y un día me dirigió hermosas palabras de consuelo.

La señora me habló largamente de su fe espiritista, de mediums y de las escrituras mediúmnicas, de apariciones y materializaciones, citando a Allan Kardek, Víctor Hugo y Holmes y otros oráculos del siglo pasado.

Me regaló, además, una obrita suya, cuyo título no recuerdo, pero cuya portada de color vinoso y la pequeña letra impresa me parece todavía ver.

A mí, escéptico en semejantes materias, me interesaban mucho más los recuerdos de su pasada juventud. Por eso procuré llevar la conversación hacia el año 1848. No se hizo rogar, antes, su rostro se iluminó de improviso con una luz más resplandeciente. Todavía una chiquilla, a los dieciocho años había asistido, mejor dicho, participado, en las Cinco Jornadas de Milán y recordaba aquella gesta y a aquellos héroes, como si los hubiese visto ayer. También ella con otras mujeres más viejas había confeccionado vendas y escarapelas. Ella también había vendado y curado a los

patriotas heridos. Cerca de su casa habían levantado una barricada y les había ayudado a llevar cartuchos a los defensores, que disparaban sin descanso contra una compañía de austríacos y la arrasaban. Recordaba aún las caras de los opresores, no ya altaneras sino furiosas, y, al final, confusas y asombradas del valor de aquellos burgueses mal armados. Me confesó con acento de amargura que la mayor parte de aquellos sublevados eran señores; los hombres del pueblo, ya fuese por amor a la vida tranquila, ya por falta de conciencia italiana, eran muy pocos entre los defensores.

—"Mazzini desde el principio se dirigió al pueblo —me dijo— pero la idea de emancipación tardaba en penetrar entre los pobres, embrutecidos por la prolongada esclavitud, y el verdadero pueblo era todavía sordo a las llamadas del apóstol."

Virginia Paganini se iba animando cada vez más a medida que evocaba aquellos gloriosos recuerdos; sus facciones arrugadas y ajadas se encendían y sus ojos azules, poco antes empañados, habían recobrado el color del sereno cielo lombardo. Disparos de carabinas, rostros ensangrentados, banderas tricolores al viento, gritos y músicas de victorias me parecía estar viendo a través de la atropellada y pintoresca charla de la anciana mazziniana. Cuando, al fin, bajé por las tenebrosas escaleras de la casa me parecía que también yo había sido espectador de las Cinco Jornadas, trepidante y exultante espectador, tan vivo había sido el *visibil parlare* de la Paganini. Sólo cuando me encontré en el Puente Viejo, entre los escaparates rebosantes de oros y platas, recordé que estaba en Florencia y que aquellas épicas jornadas habían sucedido hacía medio siglo.

LOS ULTIMOS MAESTROS

La pasión por la cosa pública no apagaba mi tremenda sed de saber. Fuí autodidacta más que discípulo desde que aprendí a leer; pero en aquel fin de siglo algunos nuevos amigos, Luigi Morselli y Alfredo Mori me indujeron a frecuentar las aulas del Instituto de Estudios Superiores prácticos y perfeccionamiento, que todavía no era Universidad, sino algo más que una Universidad y pretendía ser para Italia lo que el *Collège de France* era para Francia.

Empecé a asistir, como libre, a las clases de los maestros más famosos, medrados bajo las auras de aquel siglo XIX que hoy, a la distancia de los años, se nos aparece cada vez más como uno de los siglos más gloriosos de la historia y cultura italianas.

Estaba en aquellas humildes y oscuras aulas con una confusa timidez considerándome como un intruso, yo no matriculado oficialmente, yo adolescente libertino y aventurero entre aquellos venerados veteranos de las ciencias humanas.

Así pude escuchar las últimas lecciones de Augusto Conti, el castizo filósofo espiritualista católico, último testimonio de los *Piagnoni* toscanos. Su *filosofía perenne*, que se reducía a un juego de las cuatro esquinas entre lo Verdadero y lo Bueno, lo Bello y el Espíritu Divino, no me agradaba en absoluto a mí, ya seducido por una especie de materialismo escéptico y pesimista; pero el aspecto de aquel anciano venerable, de blanca barba, que había combatido en Curtatone y creía en Dios más que un sacerdote, me inspiraba

un respeto tal que me maravillaba, pero que no podía reprimir.

Mucho más me atraían las sabrosas lecciones de historia de Pasquale Villari, también él testigo del fatídico 1848, discípulo de Basilio Puoti y amigo de Luigi La Vista, senador y ex ministro, el cual hacía revivir con su habla de napolitano atoscanado la turbulenta, trágica y voluptuosa civilización del Renacimiento. Sus lecciones, más que verdadera historia, eran filosofía de la historia y a mí, que ya conocía algo de Vico, me gustaban. Se sabía se había casado con una inglesa y que sus libros habían tenido éxito sobre todo en Inglaterra. Sus interpretaciones tenían, de hecho, un sabor puritano y protestante más que italiano y católico; pero esto no disminuía mi admiración, porque a los jóvenes les agrada cierta severidad moral, aunque por su parte, sean díscolos. Solía encontrarme con Villari delante de los escaparates de los libreros y me detenía adrede junto a aquel vejete casi enano, pero de ojos y de movimientos vivos y me sentía contento y hasta orgulloso de codearme con el autor de los célebres libros sobre Savonarola y Maquiavelo.

Uno de los profesores que seguía con mayor asiduidad fué Felice Tocco que enseñaba historia de la filosofía. Daba la clase al atardecer y yo era uno de los primeros en sentarme frente a los bancos negros de la primera fila. Al frío resplandor de las lámparas de gas escribía febrilmente a lápiz sus explicaciones sobre los filósofos ingleses del siglo XVIII que luego en casa ponía en limpio a pluma. Era calabrés y también pequeño de cuerpo; tenía una tropa de hijos y los domingos solía encontrarle por los paseos caminando despacito, como un pastor cuida de su rebaño, más serio

que cuando se sentaba en la cátedra. Me agradaba su claridad de ideas, a pesar de la impulsiva y casi rabiosa manera de hablar, y le apreciaba mucho por haber estudiado las teorías de los herejes medievales y de Giordano Bruno.

Apasionado como estaba entonces por la literatura castellana antigua, frecuentaba la clase de Pío Rajna, el célebre maestro de literaturas neolatinas. Pero aquel año me parece leía y comentaba la *Chanson de Roland*, y su doctrina, para mi gusto, era demasiado filológica. Rajna tenía el aspecto de un enjuto montañés, bajado de su Valtellina para cotejar los códices medievales en vez de seguir haciendo de guía de los alpinistas. Era un trabajador infatigable, el único profesor del Instituto que yo encontraba casi todos los días en la Biblioteca Nacional. Muchos años después le conocí personalmente y me percaté de que, bajo aquella áspera corteza de trabajador alpestre, su bondad de alma corría pareja con su vastísima doctrina.

También asistí a algunas clases del senador Guido Mazzoni, profesor de literatura italiana y, a ratos del todo perdidos, poeta. Siempre había allí un inmenso auditorio, en el que los estudiantes desaparecían en medio de un alegre enjambre de señoritas y una tropa compacta de personas ancianas. Mazzoni, más que lecciones, daba conferencias de varia y elegante erudición, salpicadas de anécdotas y atiborradas de citas y se iba gustoso por las ramas. No podía persuadirme de que aquel frívolo y trivial *causeur* más de salón que de aula, hubiese podido merecer la benevolencia y la protección del austero Carducci. Pero, a decir verdad, él sabía infinidad de cosas y era un enamorado sincero de Dante, de Italia y de su lengua y traducía con exquisita elegancia del griego y del latín y corría el ru-

mor de que poseía un inmenso fichero, como yo hubiera deseado poseer también.

Uno de los más célebres profesores del Instituto era Gerolamo Vitelli, que había publicado muy poco, pero que procedía de las Universidades alemanas y, a semejanza de los antiguos humanistas, sabía componer epigramas en griego. Era muy docto y severo, pero de un excelente gusto y de espíritu agudo. Sus versiones orales de las tragedias griegas, aunque entremezcladas de fastidiosos comentarios, eran maravillosas. Todavía recuerdo haber oído un discurso suyo muy hermoso sobre Aristófanes y creo que incluso habría gustado por su vivacidad ática y agudeza burlona al propio autor de *Las Nubes* y de *Las Ranas*.

Mas yo no iba únicamente a la Facultad de Filosofía y Letras. Mis ansias de saber no tenían límites. Y por eso asistí a las clases de Química que daba el viejo Hugo Schiff—uno de aquellos alemanes que vinieron a Italia a enseñar después de 1860—el cual parecía un ceñudo alquimista con su gran barba blanca y toga negra, cuando ante nuestra vista hacía con sus manos enjutas y retorcidas algún inesperado experimento.

También iba a escuchar, en el anfiteatro de la calle Alfani, a Chiarugi, que todos consideraban como uno de los mayores anatomistas de Europa. Era un hombre a la antigua, de facciones ascéticas y severas, que se volvía elocuente y hasta artista cuando manoseaba y despellejaba el pálido cadáver desconocido, tendido sobre una losa de mármol ante la cátedra. Sus palabras despertaron en mí tanto amor por la anatomía que quise frecuentar también la sala anatómica. Me introdujo en aquel fétido santuario científico mi amigo Luigi Morselli, el futuro poeta de *Orione* y de *Glauco*, que por aquel tiempo cursaba el primer año de medici-

na. Yo quería estudiar psicología y entonces la psicología científica y experimental presuponía el perfecto conocimiento del sistema nervioso. Morselli consiguió que le dieran el cadáver de una pobre vieja y mientras él la despellejaba, escalpe'aba y descuartizaba con manos poco seguras yo le leía poco a poco los párrafos del tratado de Testut.

Necesitamos varios días para este trabajo y la miserable muerta apestaba cada vez más. Conseguimos del bedel otro cadáver—esta vez de hombre—y continuamos heróicamente análogo descuartizamiento y nomenclatura.

Cuando llegamos al fin y exploramos las circunvoluciones del cerebro y todos los haces nerviosos, me di cuenta de que del alma humana sabía menos que antes, pero la autoridad de Wundt y de Sergi era demasiado fuerte para que se me ocurriese la idea de rebelarme contra la grosera idolatría anatómica y fisiológica, como más tarde hice con alegría iconoclasta.

Asistí igualmente, algún tiempo después, a las clases de fisiología de Giulio Fano, un judío cordial y sonriente, de barba rojiza, elegante, amigo de artistas, que había dado la vuelta al mundo y lo había contado en un hermoso libro. Tenía en un húmedo rincón del jardín de la calle Gino Capponi un pilón lleno de agua turbia en el que vegetaba una caterva de tortugas negruzcas. De vez en cuando Fano sacaba una, le extraía el corazón, lo sumergía en un misterioso baño y le hacía palpitar durante varios días y reía entre su barba roja tan contento de aquel aparente milagro y de nuestro asombro.

Tal vez me he entretenido demasiado recordando a estos viejos maestros, fallecidos hace tanto tiempo y ya casi olvidados, pero estimo que no es del todo inútil

dar una idea de lo que fué la alta cultura italiana a fines del siglo XIX y a principios del XX.

Se trata, entiéndase bien, del libre testimonio de un oyente libre que no podía esperar ni diplomas ni grandes títulos y que nunca sintió afecto por la ciencia pagada y sellada.

Aquellos lejanos maestros me parecían, a distancia, como hombres de acrisolada experiencia, de gran probidad intelectual, apasionados y desinteresados, bondadosos y dispuestos a ayudar a los jóvenes de talento. Espero que se pueda decir lo mismo, en un futuro próximo, de los que hoy campean en las cátedras de nuestras Universidades.

LOS «MARTIRES DE WAGNER»

SÓLO para dar una idea de lo que fueron entre nosotros las condiciones y vicisitudes de la música a fines del siglo diecinueve, contaré cómo fuí detenido por culpa de Verdi y de Wagner.

Un día se anunció en el teatro Pagliano un gran concierto vocal e instrumental concebido así: el célebre tenor Tamagno cantaría las más famosas romanzas de las óperas de Verdi y entre una y otra romanza la orquesta ejecutaría las más célebres sinfonías wagnerianas. Las óperas de Wagner eran casi desconocidas en Florencia, porque los empresarios ni siquiera se arriesgaban a que se representase *Lohengrin*.

Mis amigos y yo, que éramos *futuristas* en todas las artes y ciencias y habíamos aprendido a amar a Wagner a través de las páginas de Baudelaire, decidimos asistir a aquel concierto. Y los cuatro inseparables—que, además de mí, eran siempre Giuseppe Prezzolini, Luigi Morselli y Alfredo Mori—subimos aquella tarde las es-

calerillas oscuras del gallinero, mucho antes de que empezase el concierto, y después de haber pagado honradamente nuestra entrada de media lira.

Primero actuó Tamagno, muy admirado entonces por la potencia de su voz, que hacía temblar las luces de los teatros y los corazones de las mujeres. A nosotros nos gustaba poco la música de Verdi, que parecía un perpetuo trompeteo retórico, pero con todo y eso escuchamos el tronante trozo de tenor que termina en un do de pecho, interminable, y con un formidable estruendo de gritos y de aplausos.

Por fin la orquesta empezó a tocar una sinfonía creo que la de *Tannhäuser*. Y nosotros cuatro estábamos extasiados, dichosos de escuchar, al fin, aquella nueva y mágica música. Mas cuando la orquesta paró no menudearon los aplausos, en cambio, se oyeron, abajo en el patio de butacas, silbidos y protestas. Nosotros redoblamos los aplausos y seguimos aplaudiendo como locos hasta que reapareció la gruesa figura de Tamagno que empezó a desembuchar las notas con la boca abierta de par en par como la de un cañón. Pero nosotros tramamos vengar a nuestro favorito y, apenas el tenor cerró sus sonoras fauces, comenzamos a silbar como cuatro locomotoras seguidos por algunos chicos más del gallinero. La gente nos miraba con estupor, llenos de enojo; creían que nos habíamos vuelto locos; los fanáticos de Verdi de la platea se volvieron hacia donde estábamos nosotros, vociferando insultos; nosotros nos asomamos a la barandilla para responder con insultos más variados e injuriosos. Todo el teatro se había alborotado y el director de orquesta estaba con la batuta en alto esperando a que pasase la tormenta.

Hubo un momento que sentimos que nos agarraban por los hombros y los brazos. Nos volvimos de un salto

para defendernos del ataque: eran dos policías de uniforme, que nos intimaron a seguirlos. Nosotros tratamos de convencerlos, diciéndoles que habíamos pagado nuestra entrada y teníamos derecho a escuchar la continuación del concierto. Pero los del quepis y del machete no quisieron atender a razones: estábamos perturbando un espectáculo público, éramos la piedra de escándalo; teníamos que salir.

Nos vimos obligados a seguir a los policías a la Comisaría de la calle de Miguel Angel Buonarroti, donde un comisario soñoliento e, indudablemente, partidario de Verdi, después de haber oído el informe de sus subalternos, nos metió en la prevención en compañía de un carterista y una ramera. Indignados por aquel trato, nos vengamos cantando a coro melodramas y dando patadas en la puerta. Por último, el comisario, que deseaba dormitar a gusto y que, en el fondo, debía ser un buen hombre, nos llamó a su despacho y, después de la acostumbrada *reprimenda*, nos mandó a la calle.

Los periódicos hablaron con expeditiva ironía de nuestro sacrilegio antiverdiano, menos el *Verdiazzurro* de Milán, que aprovechó la ocasión para hacer algunos agudos comentarios. Pero Giuseppe Verdi en aquel tiempo aún estaba vivo y era venerado, junto con Carducci, como un ídolo nacional, así que nuestra hazaña fué considerada como una injuria imperdonable para el genio de la música italiana.

La música de Wagner podía, por tanto, hacer todavía "mártires" en 1900. Añadiré para consuelo de los actuales reformadores e innovadores de la música, que poco después oí silbar en la sala de la Filarmónica de la calle Ghibellina, *La siesta de un fauno*, de Débussy, que por primera vez era presentada a los melómanos florentinos.

EL REGICIDIO

Ni siquiera en las más infernales canículas podía escapar de Florencia que, entre otras preeminencias, tiene también la del calor.

Mitigaba mi sufrimiento con un imaginario veraneo matutino por el paseo del Colli. Al despuntar el día saltaba de la cama y subía por las calles desiertas hacia la plaza de Miguel Angel y me sentaba junto a una fuente en un banco lleno de mosaicos, leyendo y meditando. No tenía más compañía que alguna magnífica flor estival, algún pajarillo cantarín o algún jardinero madrugador. Cuando en la torre del Palacio Viejo daban las nueve, me lanzaba a todo correr escalinata abajo del Monte alle Croci, entre mis amigos cipreses, y en pocos minutos estaba en los *Uffizi* de la Biblioteca Nacional, que precisamente en aquella hora abría de par en par sus puertas tan deseadas para mí.

También la mañana del 30 de julio de 1900 estaba allá arriba junto a la musgosa fuente, que aumentaba mis ilusiones de frescor, y tenía en mis manos una pequeña edición de la *Divina Comedia* con notas de Pietro Fraticelli: una pobre edición y un comentario más pobre aún. Sonaron las nueve y bajé precipitadamente la escalinata, como de costumbre, pero no bien hube atravesado el Puente alle Grazie, noté que debía ocurrir alguna novedad importante. Compactos grupos de gente, inmóviles y silenciosos, delante de los puestos de periódicos. Muchos transeuntes tenían en la mano un periódico que leían con avidez; corrillos de gente cuchicheaban en las bocacalles y a las puertas de las tiendas. En

la calle de Benci ya se veían en alguna ventana del Palacio banderas enlutadas a media asta.

Me abrí paso entre los que estaban derechos y atontados delante de un quiosco y observé que el anuncio sólo contenía pocas palabras, impresas en grandes caracteres negros, entre dos franjas de luto: El rey Humberto había sido asesinado por un anarquista en Monza, el día anterior.

Los sentimientos y pensamientos que aquella noticia suscitó en mi ánimo fueron diversos, encontrados y del todo contradictorios. Analizarlos todos es imposible, pero recordar alguno puede dar idea de lo que fué el temperamento y carácter de la juventud italiana en aquel final de siglo.

El primer impulso fué casi de placer, más aún, de sádica voluptuosidad. La vida se deslizaba monótona entre mediocres altercados de hombres mediocres. El asesinato de un rey, la sangre derramada de uno de los grandes de la tierra, un monarca suprimido por una mano plebeya, daban a la insípida historia contemporánea un colorido bermejo y sombrío de tragedia antigua, que no me desagradaba del todo. El cuchillo de Bresci no era el puñal de Bruto, pero, con todo, señalaba el principio de un suceso fuera de lo corriente, que rompía y excedía la mezquindad diaria de la crónica. También la nueva Italia tenía, por fin, su regicidio histórico, como Inglaterra, Francia y Rusia.

Añádase a esto que en aquel tiempo tenía yo una cerebral aunque gran simpatía por la ideología anarquista y, si bien no era tan ingenuo como para creer que la muerte de un rey o de una decena de reyes podía cambiar el destino del género humano, era incapaz de ver en los anarquistas militantes a unos delincuentes

vulgares y bestiales, como hacían los burgueses de Europa entera.

Además, no se habían desvanecido del todo mis recientes ánimos y sueños republicanos y podía esperar, aunque sin convicción fundada, que del regicidio podrían resultar condiciones tales que diesen al traste con la monarquía. El príncipe heredero estaba lejos, navegando, y si los republicanos hubieran tenido armas y arrojo, habrían podido intentar, durante el interregno, un golpe de mano para apoderarse del Estado.

En los últimos años la monarquía había perdido mucho del místico prestigio que le habían dado los triunfos del Resurgimiento. Después de la derrota de Adua y de las revueltas de 1898 el rey Humberto, sospechoso de ambiciones imperialistas y reaccionarias era más tolerado que amado. Yo mismo lo comprobé el año anterior. Un día de otoño iba hacia la estación de Santa María Novella y, al llegar a la calle Panzani, vi que venía hacia mí una carroza tirada por dos caballos, que despertaba una insólita curiosidad a su paso. Me detuve para verla mejor. En la carroza iba sentado el rey Humberto con sus bigotes blancos y los ojos fruncidos, que de vez en cuando levantaba ligeramente la chistera para saludar a sus súbditos. Pero observé que muy pocos se quitaban el sombrero; muchos simulaban mirar hacia otro lado, como si pasase un señor cualquiera. El rey—y esto demuestra lo patriarcal y confiado que seguía siendo—iba vestido de paisano, y le acompañaba solamente un ayudante de campo, y la carroza no llevaba postillones ni escolta. Yo fuí uno de los que no saludaron a Humberto, pero le miré fijamente a la cara, de cerca, y me pareció bastante diferente de la mofletuda efigie de las monedas y de los sellos; no severo sino pensativo, envejecido por las fatigas de los place-

res y las contrariedades del orgullo; un distinguido y rico burgués más que un verdadero rey.

Los Saboya jamás comprendieron que el último expediente de la dinastía, en un país como Italia, sólo podía consistir en una majestad exterior y bien calculada. Mas todos prefirieron una sencillez de vida, que defraudaba las fantasías y al mismo tiempo no bastaba para aplacar las envidias y rencores del vulgo y populacho.

Tres cuartos de siglo permanecieron en Roma—en la ciudad que vió surgir los palacios de los emperadores, de los príncipes, de los pontífices, de los banqueros—y jamás se les ocurrió edificar un alcázar digno del nuevo reino: se contentaron con acomodarse, como mejor pudieron, en uno de los viejos palacios papales como huéspedes de paso.

Linaje de militares con fama de avaros no supieron hacerse amar ni del auténtico pueblo, a pesar de las obras de beneficencia oficial, ni de los hombres de talento, de los que depende, quiérase o no, la fama de los poderosos. Poco magníficos y poco mecenas, les faltó a todos el sentido de la realeza. Y cuando los reyes ya no creen en la realeza, ¿cómo pueden creer en ella las naciones?

La única moradora del Quirinal, que tenía un cierto sentido de la misión real, era la reina Margarita, de estirpe sajona, que suplió en parte la poquedad de Humberto. Y, en realidad, fué la única que supo inspirar a un gran poeta, al poeta de la Tercera Italia, que por ella dejó el yambo por el madrigal.

La reina Margarita fué también mi primer amor. Una fábrica alemana de máquinas de coser, que confiaba más de lo justo en el amor de los italianos a la dinastía, había propagado por nuestras casas una máquina que se llamaba "Margarita". Mi madre poseía

una de estas máquinas y cuando la ponía en marcha, yo, niño de seis o siete años, me estaba a su lado, silencioso, durante horas enteras. Sobre el tablero reluciente y negro de la máquina campeaba en un hermoso óvalo orlado de oro, nuestra reina en la flor de la juventud. Sobre su rubia cabellera resplandecía una diadema, los ojos azules iluminaban su rostro todavía no deformado por la grasa, y tres sartas de perlas caían sobre su pecho arrogante; su vestido era de un azul celeste claro, que jamás podré olvidar. La contemplaba largo rato, la cortejaba en silencio y me parecía la más bella criatura que jamás había visto; a ratos me parecía viva y que me sonreía. Años después, en un libro escolar de Ida Baccini, me sentí conmovido cuando leí que había dejado el palacio en fiesta para marchar junto a los coléricos de Nápoles.

El pobre Humberto, en cambio, ni había inspirado ni podía inspirar sentimientos poéticos, ni siquiera entre las musas cortesanas. Es verdad que había intervenido en uno de los hechos del Resurgimiento, en la desgraciada guerra de 1866, y se citaba el valor que había demostrado en Villafranca, pero se trataba de una derrota y él había sido protegido por el célebre cuadro de infantería; no había materia ni de *epos* ni de *pathos*.

Sin embargo, cuando recapacité en su desgraciado fin, no pude por menos de sentirme conmovido por una confusa añoranza. Por un momento, él había soñado, de acuerdo con Crispi, con ser emperador; era capaz, por consiguiente, de tener pensamientos que superasen la mezquindad de su época. Demostró cierta energía en momentos difíciles y probablemente no tanto por interés dinástico cuanto por amor a la integridad del país, todavía no consolidada. En definitiva, represen-

taba, aunque con conciencia escasa e intermitente, la unidad de la patria reconquistada.

No menos perplejos y divididos que el mío me parecían los ánimos de los ciudadanos. Hubo quien se alegró del regicidio, sin darse demasiado a conocer, pero la mayoría, incluídos los socialistas, condenaban aquel asesinato, ya por sacrílego, ya por inútil.

Pocos días después se celebró en la plaza de la Señoría una solemne conmemoración del rey muerto. Fuí por curiosidad en compañía de algunos amigos que no eran partidarios de los Saboya. No recuerdo quién habló aquel día, pero la plaza estaba abarrotada de gente que aplaudía, que había acudido allí por propia voluntad, no obligada por nadie y creo que muchos estaban sinceramente conmovidos especialmente entre las mujeres y personas de cierta edad. Nosotros nos burlábamos, aparte, de aquel postrer entusiasmo monárquico avivado tal vez por el modo cruel de la muerte más que por un afecto arraigado y profundo.

Los republicanos no se movieron; Bresci fué el único héroe para los anarquistas; el nuevo rey desembarcó en Italia y fué reconocido por todos; Gabriele D'Annunzio, candidato a la sucesión como poeta nacional, compuso la oda *Al joven rey que viene del mar*. Comenzaba el nuevo reinado, aquel largo reinado que, después de varias vicisitudes, había de tener un final infinitamente más trágico y espantoso que el de Humberto en Monza.

EL DESCUBRIMIENTO DE ROMA

Fuí por primera vez a Roma en compañía de Giuseppe Prezzolini en el verano de 1901. Mi amigo, más diligente que yo, se había preparado para aquella visita con ayuda del *Burckhardt* y reforzado por el *Baedeker*, así que durante un mes entero, a pesar del horrible calor, estuvimos rodando todo el santo día de la mañana a la noche, sin interrupción ni descanso, y vimos todo lo que había que ver, desde la estatua de Marforio a las Catacumbas, desde la Capilla Sixtina hasta el Café Aragno. Marchábamos a pie para ahorrarnos los cuartos del tranvía, que nos permitirían permanecer un día más en medio de tantas maravillas y por la noche volvíamos a nuestra habitación, caliente como un horno, donde dormíamos juntos, agotados, sudorosos, medio muertos, peor que si hubiésemos sido peones o fogoneros.

No vale la pena contar los nuevos y maravillosos descubrimientos que hicimos en aquellos cansados paseos a través de iglesias, museos, galerías, palacios y ruinas, pero quiero consignar aquí ciertas observaciones generales, que hice entonces y que parecen dignas de ser referidas, aunque sólo fuese como señales de la época.

Antes de nada, me llevé una desilusión. No me había imaginado de aquel modo la capital de un reino. Fuera del *Corso* y de la *Vía Nazionale* las calles parecían desiertas. La gente andaba rezagada, despacio, soñolienta o distraída, como en cualquier pequeña ciu-

dad de provincia. Entonces no había automóviles ni motocicletas, a Dios gracias, y un pequeño ómnibus tirado por dos caballos con las cortinillas al viento recorría el Corso, la más célebre arteria de la metrópoli, parecido a aquellos que circulaban arriba y abajo, en Florencia, por las calles de Calzaioli o Pietrapiana.

Reinaba por doquier, tal vez a causa de la estación calurosa, una atmósfera de miseria y de muerte, que desmentía a cada paso la imagen que me había forjado de una capital. En algunas calles colgaba casi de todas las puertas un cartel en el que estaba escrito con grandes letras negras: *Se alquila*. Otras calles estaban atestadas de veladores sucios de hosterías en los que durante las horas muertas se sentaban hombres mal vestidos y en mangas de camisa alrededor de las *fogliette* de vino blanco. En cada esquina había mendigos harapientos, que tendían sus manos sucias y terrosas, en las que se habría podido sembrar la albahaca. En las escalinatas de la plaza de España, cerca de los cestos de flores, estaban modelos, vestidas como las campesinas de la *Ciociaría* con pañuelos multicolores en la cabeza, que esperaban las alquilasen los pintores. Me parecía haber caído en vez de en la Roma de Víctor Manuel III, en la Roma de Stendhal y de Pío IX. Esta célebre Roma, además, no me parecía ni siquiera una ciudad propiamente dicha, sino, más bien, un conglomerado de pueblos grandes que a veces, a pesar de los contactos y falta de límites, se diría se daban de bofetadas. Una ciudad romana de ruinas incompletas y caducas restauradas aquí y allá lo mejor posible. Una ciudad papal de iglesias barrocas, casi todas feas, de palacios cerrados y de fuentes en donde el travertino era más abundante que el agua; de conventos sombríos y pretenciosas escenografías. Una

ciudad de covachuelistas y de tenderos con calles en ángulo recto y casonas de alquiler de color rojizo, donde nada recordaba a Roma y que podían ser muy bien un barrio de Turín o de Milán. Una ciudad de fondas, de pensiones, de anticuarios y de prostíbulos que tenían su ombligo en la plaza de España para uso y abuso de los forasteros. En fin, una ciudad que, allende el Tiber, podía ser la cabeza de partido de la Ciociaría, con polvorientas callejuelas, oscurecidas por la ropa tendida de las ventanas, con sospechosos laberintos de callejones sin salida, de tugurios donde a cada paso se encontraba uno con una taberna llena de plebe grosera y rebelde y donde no era difícil topar con gente de mala catadura y con alguna *virago* de cara de mal agüero.

A mí, que llegaba de una ciudad toda ella reunida en torno a un núcleo único, en la cual la Edad Media, y el Renacimiento se combinaban armoniosamente; de una ciudad hecha a medida del hombre, donde todos parecían parientes o conocidos, aquella desordenada aglomeración de cinco ciudades más o menos opuestas, en las que la majestad de los monumentos estaba rodeada de tugurios indignos o de casonas burguesas, aquella capital grande, ciertamente, pero no inmensa, como las extranjeras, me daba, en conjunto, la impresión de perpleja insatisfacción.

Sin duda, había en Roma cosas grandiosas y maravillosas, como no tenía ninguna otra ciudad italiana, pero estaban diseminadas como oasis de magnificencia en una estepa sofocante y polvorienta, casi hostil. En treinta años, el nuevo reino no había sabido dar una fisonomía propia a la capital tan deseada. Fuera del edificio del Banco de Italia, del de las Exposiciones y del de Justicia —que no eran bellos— no hizo más que

instalarse, como un régimen provisional, en los vetustos cuchitriles dejados por el Gobierno pontificio. El rey se había alojado de cualquier modo en un mediocre palacio papal; el Parlamento se metió en el viejo Monte Citorio, y el Municipio en el Campidoglio, la Biblioteca V. E. en el Colegio Romano; casi todos los ministerios habían sido instalados en monasterios suprimidos o en palacios del dieciocho. El monumento a Víctor Manuel, que debiera haber sido el altar de la Tercera Roma, estaba todavía cubierto de andamiajes y los iniciados preveían había de resultar un costoso pegote en blanco y oro en medio de la ciudad antigua. Los extranjeros dominaban: el Palacio Farnesio y la Villa Médicis estaban en manos de los franceses; el Palacio de Venecia le había tocado a la odiosa Austria; Alemania había tenido la osadía de establecer su embajada en el Campidoglio, en el Palacio Caffarelli, donde, según decían, había un trono imperial preparado para recibir las posaderas del kaiser.

Por todo esto sufría en silencio mi corazón orgulloso de italiano de veinte años.

En fin, observé que todo cuanto valía la pena de admirarse en Roma, excepto los restos del antiguo imperio, era obra de italianos, cierto, pero no de romanos. Pinturas, edificios, esculturas, sin excepción, eran obra de artistas toscanos, umbros, marquesanos, incluso napolitanos o lombardos. Así como la Roma de los ministerios y de las oficinas vivía a costa de las provincias más laboriosas, así también la belleza de Roma era creación de artistas de talento, procedentes de todas partes de Italia. Los romanos modernos, en suma, no habían contribuído casi en nada ni a la civilización del Renacimiento ni a las empresas del Resurgimiento. Y recordé que, después de la época de los Césares, no

había nacido en Roma ningún gran escritor ni ningún gran poeta: únicamente en el siglo XIX tres mordaces poetas dialectales: Belli, Pascarella y Trilussa.

En el transcurso de los siglos todos fueron a Roma atraídos por el Imperio o la Iglesia: santos, artistas, poetas, héroes. Pero ningún genio de primera magnitud vino de Roma al mundo. A pesar del *humus* milenario, Roma era un campo estéril; lugar de cita y de mercado más que vivero y semillero; ciudad hecha e invadida por provincianos y extranjeros más que metrópoli creadora.

Estas son las impresiones de un joven italiano de Florencia a principios de siglo durante su primera estancia en Roma. Luego he vuelto muchas veces; la ciudad se ha transformado lentamente en los últimos cincuenta años y ha provocado en mi espíritu otras reflexiones más meditadas y serenas. Pero he creído conveniente, por sinceridad de cronista de mi época, confesar mis primeras sensaciones y reacciones en mi primera exploración del *Caput mundi*.

EL ASCETA OSTEOLOGO

ENTRE mis lecturas preferidas durante la infatuación positivista estaba la *Revista de Filosofía Científica* dirigida por Enrico Morselli, famoso psiquiatra de aquellos tiempos y autor, más tarde, del más voluminoso y confuso libro sobre el psicoanálisis. En esa revista encontré algunos ensayos de psicología, de una lógica sobria y rigurosa que se distinguían de la farragosa pedantería superficial de los otros escritos, como atletas desnudos y musculosos entre una turba de asmáticos hidrópicos encapotados. Había, entre

otras cosas, una aguda y compacta refutación de ciertas teorías de Giuseppe Sergi —que con Buccola era entonces el as de la llamada *psicología científica*— y una teoría sobre el dolor, como antecedente necesario de la acción, que me gustó extraordinariamente por su originalidad y su sabor pesimista. Aquellos ensayos estaban firmados por Ettore Regalia, para mí desconocido hasta entonces.

Le escribí para expresarle mi admiración. Me contestó y tuve la sorpresa de saber que el psicólogo no conformista vivía en Florencia. Me decía que con mucho gusto desearía conocerme; que fuese a verlo al Museo de Antropología. No quise que me lo repitiera dos veces y al día siguiente me dirigí a la calle Gino Capponi, donde en un palacete neoclásico, mandado edificar por Napoleón para el arzobispo de Florencia en los jardines de la Santísima Annunziata, tenía su sede el Museo de Antropología.

Ettore Regalia, auxiliar de Paolo Mantegazza y profesor libre de Antropología, me pareció al momento un hombre fuera de lo ordinario. Era de tez amarillenta, casi ictérico, con las mejillas hundidas, enjuto y seco, con bigotes color pimienta y dos ojos en los que se leía una gran inteligencia y una gran bondad. Se tiraba un aire con la figura de Don Quijote, como la imaginó Gustavo Doré y no me extrañó saber por él que sus abuelos habían venido de España a Parma en el siglo XVIII en el séquito de una princesa borbónica. Tenía en su aspecto y maneras algo del antiguo *hidalgo*, de un *hidalgo* que hubiese dejado patria y estirpe, pero no la innata dignidad de caballero.

Descubrí, además, conversando con él, que no era psicólogo profesional sino por capricho esporádico en los ratos libres. De joven, siendo canciller del tribunal,

en Turín, había escrito poesías y su madre quería que se las leyese a Giovanni Prati, que animó a Regalia a seguir. Su vocación a las ciencias naturales, por el contrario, se despertó por haber leído casualmente en un libro que el célebre Cuvier se vanagloriaba de poder reconstruir un animal completo, aun desaparecido, con tal de que le mostrasen un solo hueso. Hallándose en Spezia, Regalia quiso explorar la gruta de Palmaria, donde encontró y reconoció animales prehistóricos y desde ese día su gran pasión fué la osteología. Empezó a buscar animales de toda especie y país y a preparar y estudiar sus esqueletos. Dado que en su casa no disponía de mucho espacio, tuvo que contentarse con recoger pájaros y mamíferos pequeños. De este modo reunió una riquísima colección de esqueletos, bien clasificada en sus respectivas cajas, que, al morir, la compró un museo de Génova. En su casa se respiraba la fetidez de los cadáveres que se estaban corrompiendo en las ventanas y en el tejado —vivía en un último piso de la calle Passavanti—, y todas las habitaciones estaban repletas y abarrotadas de cajas de todas las formas y tamaños, llenas de huesos mondados y bien ordenados. Se había cumplido su sueño de emular a Cuvier: de todas las partes del mundo le enviaban fragmentos de esqueletos y con rápida exactitud podía decir a qué animales pertenecían. Por una pasión así había renunciado a tener mujer. Estaba solo en el mundo, sin parientes ni amigos, y vivía pobremente con una anciana, que le tenía afecto, pero que no podía soportar todas aquellas osamentas; escatimando la comida y el vestido para procurarse nuevos esqueletos y nuevas cajas. Llegó a ser uno de los más expertos entendidos en osteología comparada de Europa, sólo conocido por algunos maniáticos de su raza, pero con la esperanza

de no ser olvidado, porque habían dado su nombre a una rara anomalía de las vértebras, descubierta por él. Era la primera vez que me acercaba a un ejemplar tan perfecto de asceta de la ciencia y quedé encantado. El intentó contagiarme su pasión: es más me regaló algunos cráneos, y entre ellos, uno de hombre, procedente de América del Sur, que tenía el orificio de la bala que le había matado: acaso un ladrón de vacas o un revolucionario político o un asesino asesinado.

Tenía también la gran ambición de dedicarse a los grandes mamíferos y un día, cuando ya éramos amigos, le acompañé a la Sardigna, un lúgubre y pestilente barracón a orillas del Arno, lejos de la ciudad, donde Regalia esperaba conseguir el esqueleto de un tigre que poco antes había sido muerto por un domador en un circo ambulante. Hallamos montones de carroña de caballos y de perros que despedían un hedor horrible, pero los hombres que guardaban aquella carnicería, tibios amigos de la ciencia, habían descuartizado al tigre y habían tirado los huesos de cualquier manera, a saber dónde, de forma que sólo nos tocó el tufo y la molestia.

Pero la ciencia no había hecho olvidar al viejo poeta el amor al arte y se había dedicado a la arquitectura, que por su relación con la geometría convenía más a su talento lógico.

Me enseñó el diseño de un edificio del nuevo centro de líneas sencillas y muy puras, y el de una casa, transparente como un hermoso cristal, que había soñado edificar para él. Más tarde comprendí que si Regalia se hubiese consagrado de lleno a aquel arte, hubiese inventado, antes que Le Corbusier y Gropius, la arquitectura funcional.

Era de una modestia que hoy parecería increíble. Pu-

blicaba sus estudios en revistas que sólo leían raros especialistas; jamás hizo oposiciones; no se preocupaba por propagar su teoría sobre el dolor, tan nueva y estimulante. Escribí sobre él y su pensamiento, en contra de su voluntad, en el *Leonardo* y en la *Revue Scientifique* de París, y más tarde reuní sus mejores ensayos en un volumen de la *Cultura dell'Anima*, que llamó la atención de Giovanni Gentile.

Yo iba a buscar a Regalia todos los días y él, tan cándidamente generoso como era, observando mi afición a los libros, pensó confiar a mis cuidados la biblioteca del Museo de Antropología que yacía en polvoriento desorden en una sala destartalada. Consiguió que Mantegazza me nombrase bibliotecario, con el sueldo de sesenta liras anuales. Pero como tuve que hacerme socio de la Sociedad Italiana de Antropología, cuyo fundador y presidente era Mantegazza, y la cuota era de veinte liras al año, cobraba por Navidad cuarenta liras por el trabajo de doce meses. Los sueldos de aquella época eran misérrimos para todos, aun teniendo en cuenta el mayor valor de la moneda. Regalia, como ayudante, percibía veinte liras al mes y el asistente, el pobre Aldobrandino Moschi, noventa.

Mas yo estaba igual de contento y trabajaba de lo lindo para poner en orden la biblioteca. Como el estudio del hombre ha sido la obsesión de mi vida entera, me enamoré de la antropología y envié algunas comunicaciones científicas a las reuniones de la Sociedad: una sobre la Previsión, que fué publicada en el *Archivio per la Antropología* y me proporcionó una hermosa cartita de H. G. Wells; otra sobre las nuevas teorías evolucionistas de René Quinton, que alteraban la evolución de la especie, según estaba aceptada por los darvinistas; otras sobre Leonardo de Vinci como an-

tropólogo y sobre los Yezidas, últimos supervivientes de los adoradores del diablo. Regalia me prestó una valiosa ayuda en estas investigaciones y, si hubiese seguido su consejo, hoy sería yo un científico en vez de un simple escritor. Y es digno de notarse el hecho de que un instituto universitario y una sociedad científica acogiesen con tanta benevolencia a un joven autodidacta que no poseía títulos de ninguna clase y que mostraba, incluso en esas materias, tendencias heterodoxas y aventuradas.

Yo, en cambio, logré sacar a Regalia de su guarida osteológica; le presenté a mis amigos licenciosos, le llevé con ellos al café e incluso le convencí de que escribiera un artículo para el *Leonardo*. Esto fué para él como una vida nueva y me tomó tanto cariño, que, cuando me casé en 1907, consintió en ser mi testigo y, a pesar de su honrosa pobreza, quiso regalar a mi esposa una hermosa pulsera de oro.

Para recompensar esa afectuosa amistad, acontecimiento nuevo en su vida tan retraída y solitaria, hice cuanto estuvo en mi poder para que su pensamiento fuese conocido y para que su figura de poeta y anacoreta de la ciencia no se olvidase. Incluso hoy, a tanta distancia después de una convulsión tan completa del mundo, su amable imagen de humilde e infatigable investigador, de dialéctica personal y genial, de bienhechor paternal y benigno, conmueve y consuela mi corazón.

EL SENADOR EROTICO

TODO lo contrario del bueno de Regalia era su déspota y altanero jefe: el senador, profesor y director Paolo Mantegazza. El era el verdadero numen del museo, de la Sociedad y del *Archivo*. El era quien había fundado este triángulo científico; él, quien había impuesto la enseñanza de la antropología en la Universidad italiana; era el hombre célebre, el polígrafo popular, el presidente, el jefe, el soberano, el tirano, el dios de todo.

Cuando conocí a Paolo Mantegazza frisaría con los sesenta, pero estaba siempre tieso, vigoroso, de color vivo, con ojos imperiosos y escudriñadores, aunque hundidos en unas oscuras ojeras más pesadas a causa de unas bolsas amoratadas. Tenía grandes bigotes a lo celta, una perilla blanca estilo Napoleón III, una larga melena que le caía sobre el cuello como la del poeta Aleardi y un gran lunar en la mejilla. Seguía siendo un hombre guapo y lo sabía; era famoso y lo sabía; era poderoso y lo sabía; era todavía libidinoso y se veía.

Cuando volvía de Roma, embutido su alto cuerpo en su abrigo de grandes vueltas, con su voz lombarda, que resonaba hasta en la última sala del museo, daba realmente la impresión de un poderoso de este mundo y todos le llamaban el senador por antonomasia.

Creía, mucho antes que Segismundo Freud, que el sexo era el fundamento, la clave y la esencia de la vida humana, y, si hubiese tenido un poco más de paciencia y de conocimientos y de talento, hubiera podido ade-

lantarse a los sexualistas de nuestros días y dejar una enciclopedia sexualista análoga a la que más tarde compuso Havelock Ellis. Escribió la *Fisiología del Amor*, dos volúmenes sobre los *Amores de los hombres*, *Un día en Madera*, *Una página de la higiene del amor* y amenizaba con consejos y anécdotas eróticas su *Almanaque higiénico*, pero le faltaba una teoría, una idea propia. Dado que toda su vida había pensado en las mujeres y en la unión de los sexos, no profundizó ni resolvió ningún problema; se contentaba con rebuscar en libros de historia y de etnografía cuantas noticias hallaba sobre la vida sexual, pero de su parte sólo ponía un tantico de lasciva malicia y de literatura entre materialista y romántica.

Su espaciosa habitación estaba tapizada de volúmenes de ciencia, pero sobre su despacho, por encima de la cabeza, había un espacio sin libros: lo ocupaba una fotografía de mujer hermosa, en mallas, con una carota mofletuda y provocativa: era el retrato de Miss Zaeo, una renombrada amazona de circo ecuestre. Era su Venus, su divinidad protectora en aquel santuario de la ciencia del hombre. Mas no se contentaba con aquella imagen: se había casado, ya viejo, con una muchacha joven que, según decían las malas lenguas, no siempre le era fiel. Pero él hacía caso omiso y un día llegó a decir: "Que siembre el campo quien quiera, con tal de que el campo sea mío".

Paolo Mantegazza, a pesar de un cierto barniz romántico, era uno de los más ingenuos materialistas que yo encontré en aquella época materialista. Un día, discutiendo conmigo de psicología, salió con esta frase que me parecería inventada si no la hubiese escuchado con mis propios oídos:

—Cuando un día veamos pasar el alma bajo nues-

tros microscopios enfocados sobre el cerebro, todos estos problemas quedarán resueltos.

Pero su obra maestra, en este sentido, fué la creación de lo que él llamaba el Museo Psicológico. Al fondo del Museo de Antropología había una puerta siempre cerrada, y la llave estaba guardada bajo llave en el despacho de Mantegazza.

Mas cuando, en el correr del tiempo, me gané la estima del senador, pude conseguir una vez la llave y penetrar en el recinto prohibido de mi ciencia predilecta. El Museo Psicológico consistía en tres pequeños aposentos rodeados de altas vitrinas. Sobre la primera se leía: *Vanidad*. Dentro había sartas de piedras coloreadas, diademas de latón incrustadas con trozos de espejo, zarcillos en forma de escarabajos gigantes, zapatillas chinas y, sobre todo, condecoraciones imperiales y regias de órdenes de Caballería, fuera de uso, de todos los países. Encima de la segunda vitrina estaba escrito: *Crueldad*. Contenía cadenas de galeotes, extraños instrumentos dentados, cuchillos bárbaros y labrados. La tercera vitrina llevaba por título: *Lujuria*. Exhibía curiosos anillos de que se servían, al parecer, ciertos salvajes para la cópula: una almohadilla mullida de forma extraña usada en China por ciertos lujuriosos refinados; fotografías obscenas en las que hombres y mujeres tenían los rostros tapados con antifaces negros. Pero la pieza más vistosa era una escultura romana de bronce en la que la obsesión erótica de Mantegazza había creído ver una escena de pederastia, mientras que para cualquier observador no prevenido, se trataba de Hércules, que intentaba agarrar a Anteo por los hombros para derribarlo. De un deslumbramiento semejante fué víctima, más tarde, un hombre bastante más inteligente que Mante-

gazza, André Gide, el cual en su apología del uranismo, titulada *Corydon*, adujo como prueba de los hábitos pederásticos del Renacimiento un cuadro de Tiziano en el que un caballero está apoyado en un amigo y le echa los brazos por los hombros con un gesto familiar que nada tiene de erótico.

Las últimas dos vitrinas llevaban el letrero: *Sentimiento religioso*. Figuraban en ella rosarios y amuletos, un molino de plegarias procedente del Tibet, cilicios, algún ex-voto de plata vieja. Pero los más notables testimonios de la manía religiosa consistían en largas tiras de piel humana cosidas en las que se veían tatuajes de la Madona de Loreto y estaban bajo los hierros que habían servido para imprimir para siempre en aquellos brazos y pechos de penitentes las señales de la Virgen y de su Hijo.

Con tal batiburrillo heteróclito de zarandajas el senador Mantegazza había creído encerrar entre cristales las mayores manifestaciones del espíritu humano y tener en la mano el material más cierto de la psicología positiva. Aquel pequeño museo, actualmente oculto o disperso, sabe Dios dónde, se me quedó grabado en la memoria como el monumento más grotesco de la estupidez materialista del siglo pasado.

Un sólo escritor, que yo sepa, lo menciona: Charles Maurras en su *Anthinea*.

EL CURA MODERNISTA

UN día de verano de 1900 volvíamos, Luigi Morselli y yo, de una excursión a pie por los montes de Casentino, que había durado una semana, y como llegamos un poco cansados a Pontassieve, cogimos el tren para regresar a Florencia. En el vagón de tercera clase,

donde entramos, sólo iba un sacerdote obeso, de unos cuarenta años, de aspecto campesino, que entabló conversación con nosotros en cuanto el tren se puso en marcha lentamente.

Nos dijo en seguida quién era y quién dejaba de ser: Salvatore Minocchi, nacido en Raggiolo, en el Casentino, sacerdote naturalmente, pero no de aquellos que se contentaban con la misa y la colecta. Era un cura libre, que vivía por su cuenta, y que dedicaba todo su tiempo a estudiar la Biblia y la historia de la primitiva época franciscana. Era director de una *Revista de Estudios Religiosos* y había traducido los *Salmos* del hebreo y los *Evangelios* del griego. Tales estudios eran nuevos y casi extraños para nosotros que en nuestra maleta sólo llevábamos a Shelley y a Nietzsche. Mas el sacerdote tenía una cara abierta y despierta, hablaba bien el toscano, de capataz más que de profesor, y por eso le escuchábamos con gusto, tanto más cuanto que se mostraba desaprensivo y deslenguado más de lo que convenía a un sacerdote.

—Yo pienso a mi manera—dijo en cierto momento—y cuando cierro la puerta de casa mando yo más que el Papa.

Un sacerdote tan poco sacerdotal, tan diferente de todos los demás no nos infundía respeto ni siquiera a nosotros, ateos y anarquistas declarados, y cuando llegamos a la estación de Santa María Novella ya casi éramos amigos. Don Minocchi, al dejarnos, nos invitó calurosamente a que fuésemos a la dirección de su revista.

No recuerdo si Morselli fué; pero yo, unos días más tarde, me presenté en la calle Ricasoli donde Minocchi tenía dos habitaciones llenas de libros y revistas. Me recibió con alegría; me regaló unos números de su re-

vista y me mostró con aires de triunfo una edición alemana del Antiguo Testamento, en hebreo, cuyas páginas estaban marcadas, como un mosaico, con señales de diferentes colores. Me explicó que aquellas tres tintas servían para distinguir a simple vista las tres fuentes heterogéneas que habían constituído el *Pentateuco:* el documento elohista, el jahvista y las interpolaciones del códice sacerdotal.

Siendo muy joven todavía, había intentado yo un comentario *racionalista* y *científico* de la Biblia; así que aquellas declaraciones poco ortodoxas que venían de un sacerdote católico, más provisto de conocimientos que de miedo, me gustaron extraordinariamente. Minocchi me dijo tranquilamente que las narraciones bíblicas no había que tomarlas a la letra; eran una mezcla de mitos, de alegorías, de plagios, de apólogos morales. Yo estaba más que dispuesto a creer que eso fuese verdad, pero para mis adentros no salía de mi asombro al ver que tales teorías fuesen admitidas sin dificultad, más aún, con manifiesta satisfacción por uno que vestía aquellos hábitos.

Volví más veces a ver a Minocchi, el cual me repetía que la crítica bíblica de los alemanes y holandeses había desconcertado el viejo sistema católico, y añadió que en Italia y fuera de ella había otros sacerdotes que admitían aquellas teorías pero no tenían todavía el valor de profesarlas. Incluso él, por lo demás, mostraba una cierta prudencia en su revista: aparentaba refutar alguna obra heterodoxa y mientras tanto exponía minuciosamente las nuevas ideas, y de este modo las propagaba entre el clero.

Fuí alguna vez a su casa. Vivía en un pisito de soltero, que arreglaba una muchacha campesina bien plantada y guapa. Aunque hacía poco había publicado la

edición crítica de los *Místicos Desposorios de San Francisco con Dama Pobreza*, su casa demostraba cierto bienestar y su cara, nada ascética, revelaba una mesa bien abastecida.

Años antes había ido con otro sacerdote hasta el corazón de Asia para visitar a los obreros italianos que trabajaban en el Transiberiano, y al pasar por Moscú, quiso hacer una visita al viejo León Tolstoi. Me contó su conversación con el conde evangélico y, por mucha manga ancha que tuviese Minocchi, en cuanto sacerdote católico, no logró entenderse con el testarudo autor de *La Guerra y la Paz*, que al lado del Evangelio colocaba casi en el mismo plano a Buda y Lao-Tsé.

Cuando conocí a Minocchi, todavía no se hablaba de modernismo y yo ignoraba que tenía frente a mí al primer sacerdote modernista italiano. Pero después se propagaron entre nosotros las obras del P. Tyrrell y de Loisy; apareció el *Programa modernista* de Ernesto Buonajuti; empezaron las denuncias y polémicas y el bueno de Pío X pronunció la condenación con la famosa encíclica *Pascendi*. Minocchi se quitó la careta y los hábitos talares y fué excomulgado junto con otros que se negaron a hacer el juramento antimodernista.

Poco tiempo después, a principios de 1908, mientras yo estaba en Milán, Minocchi me escribió para que consiguiese yo de la Universidad Popular que él pudiera dar una conferencia sobre los primeros capítulos del *Génesis*. Vino y habló con una osadía, a la que todavía no estábamos acostumbrados. Se burló del Creador que, al atardecer, se paseaba por el jardín para tomar el fresco; demostró que la historia de Adán y Eva era una amalgama de leyendas babilónicas anteriores. Aquella conferencia causó escándalo y, para ser exactos, tampoco me gustó a mí. Por aquella época había yo comen-

zado de nuevo el estudio del cristianismo y aquella irreverencia rimbombante me molestaba.

Minocchi me confesó, en aquella ocasión, que desde hacía tiempo estaba de acuerdo con otros sacerdotes de su misma calaña—y me citó los nombres del padre Semeria, Buonajuti y de otros—para colgar los hábitos el mismo día, ruidosamente, publicando al mismo tiempo un manifiesto que debería haber señalado el comienzo de una iglesia cristiana libre, desembarazada de las trabas de la dogmática oficial, pero que en el último momento los otros habían tenido miedo y se habían vuelto atrás, de suerte que él se había quedado solo, o poco menos, para dar aquel paso.

Dos o tres años después, Amendola vino a decirme que Minocchi, a semejanza de lo que había hecho Don Rómulo Murri, el famoso jefe de la Democracia cristiana, estaba a punto de casarse y que deseaba que él y yo fuésemos sus testigos. Acordamos Amendola y yo rechazar aquella invitación; no porque fuésemos católicos observantes y practicantes, sino porque aquella rebeldía intelectual, que terminaba en lechos matrimoniales, no nos agradaba ni poco ni mucho, podíamos comprender al sacerdote rebelde, pero no casado. Minocchi llevó a mal aquella negativa y no quiso que se le viese más.

Supe que había obtenido, para poder vivir, una cátedra de hebreo en la Universidad de Pisa y que de su matrimonio tuvo un hijo al que puso por nombre Sigeri, el de los *envidiosos verdaderos*, que *fué muerto a cuchilladas en Orbivieto*. Ese hijo cuyo talento, según decían, prometía, tuvo una vida corta: murió en Africa en la última guerra.

Minocchi siguió escribiendo y publicando libro sobre

libro pero con poco éxito y vegetó oscuramente componiendo poemas e interpretaciones de Dante.

Sólo poco antes de su muerte le volví a ver en el palacio Strozzi, abatido, derrotado y medio ciego. Recordamos las antiguas tempestades, mas lo encontré bastante cambiado, incluso en su ideología, de modo que mi tristeza de encontrarle en tales condiciones se vió atenuada con la esperanza de su salvación final. En efecto, según me dijeron después, en los últimos momentos, antes de morir, se reconcilió con la Iglesia.

EL PALACIO CORSINI

A principios del año 1903 algunos jóvenes artistas, entre los que se contaba mi amigo Giovanni Costetti, pensaron organizar una exposición por cuenta propia contra los vejestorios de la reaccionaria Promotora de las Bellas Artes, reino y mercado de los académicos, profesores y retratistas mundanos de aquella época. Algo parecido, aunque en pequeño, a la Secesión de Mónaco y a los *Indépendants* de París. Los amigos pintores consiguieron del príncipe Corsini algunas salas de la planta baja de su palacio en el *Lungarno*, y comenzaron a preparar la exposición.

Querían, no obstante, que la inauguración fuese un acontecimiento muy sonado, capaz de despertar la curiosidad de todos y acudieron a mí para pedirme un discurso de apertura, que fuese una declaración de guerra tal que causase en Florencia ruido y escándalo.

Era como invitar al potro a correr y al halcón a arrebatar, y no quise que me repitieran dos veces la invitación. Redacté en pocas horas una arenga de estilo agresivo que titulé *Los jóvenes y viejos en el arte*,

en la que, ya se entiende, todos los *beati possidentes* del patrimonio artístico eran calificados de pelucones moribundos, supervivientes molestos, cariátides enmohecidas, mercaderes que merecían ser arrojados sin compasión del templo del arte. No citaba nombres ni apellidos, pero las alusiones eran tan claras que las habría entendido hasta el conserje del Palacio Corsini.

Llegó el gran día de la inauguración y yo, de negro, y con los cabellos al viento con mi rollo de papeles bajo el brazo subí, jactanciosamente a la tarima, donde estaba la acostumbrada mesita con la jarra de agua de siempre y el vaso de siempre. La sala estaba de bote en bote, pero a pesar de mi vista, no de lince, me pareció entender que los famosos jóvenes, para quienes había preparado aquel canto de victoria y de favor, era una patrulla perdida en medio de una masa de viejos señores y nobles damas que me dirigían miradas inquietas y desconfiadas, como deben mirar las ovejas a un animal desconocido que se acerca al rebaño.

Pero yo, con la jactanciosa seguridad de mis veintidós años, no me desanimé. Cogí el manuscrito y empecé a leerlo con aire y tono resuelto y cuando llegué a los apóstrofes más punzantes y a los epítetos más zahirientes reforcé la voz para que los oyentes no perdieran ni una sílaba. Pero cuanto más avanzaba en la lectura de mi inexorable filípica, más percibía y comprendía que las cosas no marchaban bien. Algunas señoras se movían con impaciencia en el sillón, de las filas de los caballeros se alzaba alguna exclamación de sorpresa y protesta. Uno de ellos, que después supe era un famoso retratista de altezas coronadas, se levantó de un salto y abandonó la sala, refunfuñando. Otros le imitaron; otros gesticulaban furiosamente. Yo me hacía el sueco y seguía leyendo mis ardientes párrafos.

Mas el alboroto crecía y, al levantar la vista de cuando en cuando, observé que filas enteras de butacas iban quedándose vacías. El viejo Giovanni Fattori, que yo conocía sólo de vista, fué uno de los últimos en marcharse. Al fondo de la sala ví al belga Henry de Groux, que no entendía el italiano, pero estaba asustado de aquellas deserciones, y habiendo perdido la esperanza de vender alguna de sus telas—y sólo Dios sabe si lo necesitaba—me hacía guiños desde lejos y enarbolaba su bastón con gesto amenazador. Leí sin inmutarme hasta la última página, contento de que mi embestida hubiese producido el efecto esperado; pero cuando terminé, sólo se encontraban en el salón dieciochesco mis jóvenes amigos pintores, pasmados y aterrados.

¿Qué había sucedido? Los desgraciados habían jugado a un doble y peligroso juego: me habían azuzado para que asestase los golpes sobre los viejos artistas, pero luego los habían invitado a todos ellos, desde el primero hasta el último, a la inauguración. Quisieron hacer la revolución invitando a la fiesta incluso a aquellos contra los que se rebelaban. Todos habían acudido creyendo se trataba de una secesión de agua de rosas; todos los pilares de la Academia, todos los pintores de moda, todos los *pompiers* premiados y galardonados: Gordigiani, Gioli, Gelli, Fabbi, Corcos; precisamente todos aquellos que me encomendaron desbaratar y señalar con mi discurso. Por mi parte, estaba satisfecho y triunfante; mas los pobres pintores hambrientos, que esperaban un poco de gloria y también unos pocos cuartos estaban aterrados y espantados.

—Pedimos agua, pero no un diluvio—me dijo uno de ellos.

Y yo le dije:

—Cuando se quiere hacer una revolución sonada no se llama a un león, sino a un gato castrado.

Pero luego, como sucede entre jóvenes, pronto hicimos las paces; los rostros se serenaron, renacieron las esperanzas y paseamos a lo largo de los *Lungarni* toda la tarde, riéndonos a costa de los pintores zarandeados y de sus egerias fugitivas. La exposición, en general, tuvo éxito, y hasta Henry de Groux logró vender uno de sus Napoleones, erguido en medio de un torbellino de espectros.

LA BIBLIOTECA TEOSOFICA

La más bufliciosa colmena de espiritistas extravagantes de Florencia, era, en los primeros años del siglo, la Biblioteca Teosófica establecida en dos espaciosos estudios de pintura en la plaza Donatello.

La había fundado en 1903 Arturo Reghini, matemático y ocultista de talento divagador con el patrocinio y los dólares de una tal Miss Scott, amiga de aquella Isabel Cooper Oakley, vicaria para Italia de la Blabatsky, inventora de la Teosofía. Esta Miss Scott era americana, rica, fanática, generosa y ambiciosa. Aunque hacía bastante había dejado atrás la juventud, no le desagradaba componerse a la última moda y gustosa se pomponeaba por las salas de la Biblioteca, agasajada por una caterva charlatana de adeptos, con sus sombreritos de penachos de plumas y velos al aire que protegían su cabellera teñida y la doctrina secreta que atiborraba su cerebro. Se veía que Miss Scott estaba contenta y satisfecha de sus existencias anteriores, cuyos méritos le daban derecho a la cómoda y placentera

vida presente, arras y promesa de una más alta encarnación futura.

Naturalmente, era la Ninfa Egeria y la tirana indiscutible de aquella iglesuca de solteronas quisquillosas y jóvenes misteriosóficos; mas, como el destino de los poderosos es ver perturbado el propio dominio, también Miss Scott tenía una rival y era la señora Gabriela Gordigiani, esposa del viejo pintor Michele, mujer de donaire y de espíritu, pero más bien autoritaria, la cual hubiera deseado conciliar la Teosofía con la doctrina católica y el espiritismo con la Iglesia Romana, a San Martín con el padre Gratry y también ella ayudaba generosamente a la Biblioteca con dinero y donativos de libros.

Entre estas dos mujeres imperiosas y dominantes tenía que componérselas con diplomacia Arturo Reghini, que era el apasionado director y animador de la Biblioteca Teosófica. El amigo Reghini era un larguirucho de unos veinticinco años, de casi dos metros de alto, con cara de niño marchito, en la que nunca se veía un pelo viril. Más aún, se decía que había sufrido un retraso en su desarrollo y que no era ni sería nunca un verdadero macho; un freudiano habría dicho que había sublimado la *libido* con la investigación de la sabiduría y del poder espiritual. El hecho es que no se casó ni nunca tuvo, al parecer, relaciones con mujeres. Nació en Florencia en 1878 y se había doctorado en matemáticas; pero muy pronto se hizo navegante en los tenebrosos océanos del misterio. Fué uno de los fundadores de la Sección italiana de la Sociedad Teosófica; se afilió a la Masonería, en la que fué iniciado según se decía, según todas las reglas, en los más profundos secretos de la Tradición oculta, demasiado olvidada de los vulgares francmasones. No era uno de esos acostum-

brados aficionados charlatanes de las ciencias mágicas, sino un espíritu agudo, avisado, ingenioso, provisto de una cultura bastante amplia, avezado al ejercicio del análisis matemático. Ante él se podía replantear el problema que nos ofrecen las figuras más famosas de Swedenborg, de Oliver Lodge y de Richet, científicos de valor indiscutible y no obstante ganados más o menos tarde para teorías que a los espíritus, llamados positivos, parecían batiburrillos imaginarios, repelentes para las inteligencias normales.

Reghini no tenía nada del mago mayestático de los viejos tiempos, de rostro ceñudo y de palabras abracadabrantes. Era un hombre alegre y cordial, que frecuentaba los cafés de los bohemios florentinos; leía los libros de ciencia pura y literatura genial; a quien gustaban los chistes y retruécanos. Pero no ocultaba en absoluto su fe en las venerandas doctrinas cabalísticas y mágicas. Hasta en el café se prestaba a hacer experimentos de poderes sobrenaturales en médio de escépticos profanos: leer una carta cerrada, mover a voluntad un vaso sobre el mármol del velador...

A decir verdad, jamás fuí espectador de prodigios semejantes, pero algunos amigos de Reghini afirmaban que no sólo era un erudito y un teorizante, sino un auténtico mago. Conocía a fondo, indudablemente, la tradición y los clásicos del ocultismo e hizo una buena traducción de la *Magia* de Agripa de Nettesheim. Se burlaba, con aire de conocida superioridad, de los ingenuos espiritistas y metapsíquicos que se contentaban con los experimentos de los mediums y creo que no tenía tampoco en gran estima a los teósofos modernos.

Durante bastante tiempo Reghini trató de convertirme también a mí. Yo, que sentía curiosidad por todas las formas del pensamiento humano, incluso por

las más sospechosas e infamantes, le escuchaba con gusto, pero no tenía ningún deseo de ser iniciado. El bueno de Reghini me escribía largas cartas anónimas —anónimas es un decir, porque yo conocía perfectamente su letra— llenas de advertencias solemnes, de citas herméticas y hasta de amenazas veladas. Una vez me dijo que por la noche, al volver a casa, encontraría sentado en mi mesa de despacho a un ser totalmente idéntico a mí, y que aquella aparición sería la prueba suprema del *hermano terrible*. Durante varias noches seguidas, al regresar a casa, iba a mi despacho para ver si había aparecido mi doble, que debía convencerme, mas sólo encontré la acostumbrada luz apagada y las cuartillas de mi obra *Crepúsculo de los Filósofos*.

Otra vez, por el invierno, quiso que fuese con él, a pie, hasta Vallombrosa, porque decía que la montaña es más propicia para las revelaciones. Llegamos arriba, muertos de cansancio, entre la nieve y los abetos, y Reghini pretendía que renunciásemos a la comida del mediodía, porque ofuscaría y agravaría la inteligencia. Pero yo no le hice caso y entré en la fonda del Bosque, a donde también él me siguió y comió con buen apetito. Entre otras cosas me dijo que el verdadero y altísimo fin de la ciencia oculta era crear una aristocracia de hombres iluminados, de héroes dotados de poderes invencibles, los cuales lograrían, finalmente, tener el dominio efectivo de todo el género humano, suprimiendo para siempre las toscas sociedades plebeyas y las tiranías bestiales de monárquicos y militares y así redimirían a los hombres de la estupidez servil, de la ceguera beaturrona, de la animalidad prepotente, de la esclavitud, de la necedad y de la ignorancia. El jefe designado de esa bienhechora aristocracia de su-

perhombres ya existía, en un antro secreto del Asia Central, y era el verdadero y único *Rey del Mundo.*

Le respondí que ya Renan en sus *Dialogues philosophiques* había ansiado tal casta de intelectuales, destinada a gobernar el mundo; pero me respondió que Renan había pensado en simples científicos que tendrían el monopolio de ciertos secretos de la física y de la química, y éstos habrían tenido necesidad de subalternos y ejecutores no siempre seguros, mientras que él soñaba con un consejo oculto de archimagos que sacarían el poder arcano únicamente de su espíritu y no se contentarían con imponer la obediencia a una grey atemorizada, sino que poco a poco elevarían a todos los vivientes a la luz de una verdad salvadora que los libraría de todas las iglesias y monarquías, de toda ilusión demagógica y de toda superstición científica.

Aunque semejante fantasía tenía algo de grandioso, capaz de seducir a una mente ambiciosa y aventurera, no me dejé convencer tampoco aquella vez y regresamos a Florencia sin haber logrado vencer mi resistencia a toda iniciación. A pesar de mi esquivez e ironía, Reghini siguió estimándome mucho más de lo que yo le estimaba a él. Si bien algunas veces se firmaba *el hermano terrible,* era capaz de verdadero afecto y me percaté de ello años más tarde, cuando quiso que le dedicase mi *Hombre acabado* y yo, aludiendo a su desproporcionada estatura escribí: "El gran Papini al alto Reghini". Cuando leyó esa maliciosa dedicatoria, tan diferente de la que acaso esperaba, no dijo nada, pero dos gruesas lágrimas brotaron de sus tiernos ojos azules. Me arrepentí de la burla, pero ya era demasiado tarde.

Reghini se fué después a Roma a enseñar matemá-

ticas; pero nunca abandonó su fe. Fundó y dirigió revistas ocultistas y se afanó porque la Masonería volviese a sus tradiciones primitivas de la Iniciación. Los entendidos afirman que poseía un talento nada común también en matemáticas y que logró demostrar un teorema que el gran Gauss había enunciado, pero sin hallar la demostración. En los últimos años de su vida —murió en Budrio en 1947— se dedicó a profundizar simultáneamente la geometría y la filosofía de Pitágoras, que eran, según él, las fuentes primigenias y eternas de la más genuina tradición itálica.

Arturo Reghini vivió, pobre y solitario, una vida de pensamiento y de sueños; pero también defendió y encarnó a su manera, la *primacía de lo espiritual*. Ninguno de los que le conocieron podrá olvidarle.

ENRICO CORRADINI

VIVÍA en Florencia, en 1903, una señora, Rosalía Jacobsen, que decía ser holandesa, aunque el apellido era danés. Era todo lo contrario de joven, y todo lo contrario de guapa, pero sabía muchas lenguas y conocía muchas literaturas. Su manía —extraña manía, que no he hallado en ningún otro— era poner en relación epistolar a escritores y poetas, que no se conocían. Los buscaba en todas las naciones de Europa, pero, para figurar en su lista, era obligatorio ser jóvenes, principiantes y desconocidos o casi desconocidos. En una palabra, era una platónica celestina literaria entre talentos de recién salidos del cascarón. Bajo sus auspicios pude mantener correspondencia con un joven de Milán, otro de París, otro de Bruselas y otro

de Kiew. De estos cuatro sólo recuerdo un nombre: el de Ivan Gilkin. Esta Rosalía Jacobsen, que alardeaba de haber escrito libros que yo nunca vi, desde que llegó a Florencia no perdió el tiempo. Logró conocer a algunos escritores del *Marzocco* y al director del *Leonardo*, que era un servidor. Solía invitarme por la noche a la pensión Berchielli, en el *Lungarno* donde se hospedaba, y me entretenía durante horas enteras dándome a leer cartas y poesías de sus jóvenes amigos extranjeros o preguntándome sobre lo que estaba escribiendo o pensando. De vez en cuando se veía entrar con paso sigiloso en la estancia medio a oscuras a un señor vejete —que era su marido, me dijo ella— el cual nos miraba en silencio a los dos, sentados en un canapé bajo una pantalla verde; daba dos o tres vueltas por la habitación, siempre serio y callado; luego encendía un cigarro y, sin rechistar, se marchaba despacito, como se sale del cuarto de un enfermo. La primera vez pensé que se trataba de un Otelo senil que vendría a vigilar a su esposa, demasiado inclinada a las amistades juveniles; pero yo, fiado de mi poco meritoria inocencia, no pestañeé ni dije esta boca es mía. Luego comprendí que el pobre hombre tenía ganas de meterse en la cama, y como quiera que el lecho matrimonial se hallaba en aquel mismo aposento, donde tenían lugar los coloquios literarios, venía a ver si, por fin, podía desnudarse y dormir.

He querido dar una idea de la señora Rosalía Jacobsen porque fué precisamente ella la que me presentó a Enrico Corradini. Dos hombres, de buena cepa toscana y, por tanto, muy italianos, que en breve tiempo habrían de trabajar juntos, se encontraron por primera vez en la alcoba de esta enigmática extranjera.

De corradini había leído yo algunos artículos en el

Marzocco y me habían gustado, especialmente uno con ocasión del aniversario de la derrota de Adua, sobrio y viril, muy bonito. También me gustó el autor. De estatura no muy elevada, pero todavía joven, vigoroso, lacónico, de ademanes sobrios, con un rostro expresivo de campesino residente en la ciudad, que sabe más que los ciudadanos.

Luego de tomar el té, que nos ofreció con elegancia nórdica la poco agraciada señora Jacobsen, salimos juntos y andando por los *Lungarni*, llegamos sin darnos cuenta a Bellariva. Era un atardecer de septiembre, uno de aquellos claros y frescos crepúsculos otoñales, que embellecen las cosas y despiertan los pensamientos. El Arno, renovado por algunas recientes lluvias, parecía como si hiciese correr más veloces sus aguas verduscas, de ordinario lentas y cenagosas; al fondo, arriba, en la lejanía, brillaba la cinta blanca del convento del *Incontro*.

Corradini me dijo que antes de acabar el año fundaría una nueva revista con el propósito de devolver a Italia su conciencia de gran nación y a la burguesía italiana, atemorizada ya por el socialismo —fortalecido por la reacción de 1898 y la tolerancia de Giolitti— su conciencia de clase, necesaria para la prosperidad y dignidad del país, lo mismo que la clase obrera.

Yo, que siempre había sufrido por nuestras humillaciones africanas y que terminaba de leer a Nietzsche y a Pareto, estuve fácilmente de acuerdo con aquellas ideas de Corradini. El nada conocía de Pareto y por mi parte le expliqué las originales e imparciales teorías de nuestro gran economista en el exilio. Y, efectivamente, Pareto colaboró más tarde en el *Regno*.

Corradini añadió que, sin salir de Toscana, había encontrado amigos dispuestos a apoyar la empresa en

sus comienzos, pero que necesitaba un redactor-jefe y deseaba que yo aceptase tal cargo. Había leído algunos de mis escritos en el *Leonardo*, que ya se publicaba desde enero de aquel año, y me dijo que le habían gustado porque coincidían con sus sentimientos y criterio.

Acepté, pues, con satisfacción el ofrecimiento y volviendo sobre nuestros pasos, no bien habíamos llegado al Puente Viejo, cuando ya establecimos el acuerdo de nuestra alianza.

El *Regno*, vió la luz en noviembre de 1903 y tenía su sede en dos aposentos desmantelados y oscuros en una planta baja de la calle dei Ginori. Iba allí dos veces al día, mañana y tarde, y permanecía várias horas, porque la redacción en pleno estaba integrada por Corradini, director, por mí y un hombrecillo con antiparras, un tal Del Sere, encargado de la contabilidad. Yo tenía la obligación de escribir dos artículos al mes; de llevar, en todos los números, las secciones, *Hechos del día* y *Las opiniones de los demás* y debía, además, corregir las pruebas y compaginar el periódico cada semana. Y todo este trabajo estaba remunerado con el fabuloso sueldo de sesenta liras al mes y cada vez me tocaba estirar el cuello durante días y días, hasta que podía cobrarlas. Además, tenía que sacar adelante el *Leonardo* —poniendo también dinero de mi bolsillo— y escribir artículos para otras revistas; de forma que las sesenta liras llegaron por lo menos a cien.

Una sola vez, durante todo el tiempo que trabajamos juntos, di un disgusto a Corradini. Se había ido a Florencia por unos días y en su ausencia publiqué un artículo contra el pobre Edmundo de Amicis que hacía poco había publicado el *Idioma Gentile*. De Amicis se hallaba entonces en Florencia, de paso, y circulaba por

las tiendas pidiendo parecer y aclaraciones sobre ciertos vocablos, como había hecho Manzoni tantos años antes. A mí me agradaban poco aquellos aguachirles del Arno, pues creía que los toscanos nacen pero no se hacen. Acordándome de las invectivas carduccianas contra *El Edmundo de las languideces*, titulé mi artículo *El Idiota Gentile*. ¡Nunca lo hubiera hecho! Se armó un gran revuelo en Florencia y, cuando Corradini regresó, se vió asediado de protestas, especialmente de señoras. Corradini vino a verme y me dijo con tono malhumorado:

—Pero ¿qué escándalo me has organizado?

Pero luego se echó a reir y todo acabó aquí.

También Corradini venía al *Regno* todos los días, pero se entretenía poco. Entraba con su paso un poco arrastrado y serpenteante de montañero que sube una cuesta, se sentaba, ceñudo, en su mesa y hojeaba nerviosamente los periódicos italianos amontonados cerca de él. Unas veces sonreía sarcástico, otras hacía una mueca de repugnancia; a veces resoplaba como un toro cogido al lazo. Una vez por semana arrojaba los periódicos y se ponía a escribir el artículo de primera página con su letra desorbitada, que volvía locos a los cajistas, pero con grandes espacios entre líneas. Escribía con cierta fatiga; de vez en cuando se levantaba de la silla y daba dos o tres vueltas por la estancia con la cabeza baja, inquieto como un león en la jaula; luego volvía a escribir más de prisa, y en cuanto concluía, me entregaba con una sonrisa casi infantil el montón de cuartillas, como si dijera: "Una vez más me he salido con la mía".

Sus artículos eran siempre claros, sinceros, escuetos y casi diríamos imperiosos. Corradini no poseía un vocabulario abundante, pero sabía combinar con tan

certera maestría aquel centenar de palabras —siempre las mismas— que resultaba una prosa llena de brío y de claridad, muy personal. Tampoco poseía una cultura muy rica. Hasta unos años antes había sido profesor de un instituto y había logrado aquella prosa a fuerza de leer y traducir a César y a Salustio. De los modernos conocía poco y tampoco se preocupaba. Sólo después leyó obras de historia y de economía. Era escritor político nato y sus artículos, duros y expeditos, eran justamente lo contrario de los que encabezaban los periódicos, todos llenos de frases ambiguas o de pistoletazos en el vacío.

Pero, dado que los hombres de mucho talento no se resignan con su verdadera vocación, Corradini quiso probar fortuna también en el teatro y la novela. Su tragedia *Julio César* se imprimió, mas no se representó y tuvo escaso éxito; su *Carlota Corday* fué silbada y únicamente merece leerse el prefacio que puso al publicarla. Escribió, asimismo, dos novelas —*Santamaura* y *La Gioia*— que le valió que los críticos le catalogasen entre los dannunzianos, acaso injustamente, pero que hoy ya nadie intenta leer. Me pidió corrigiese las pruebas de un libro suyo de cuentos —*Las siete lámparas de oro*— y, a pesar de la admiración que sentía por él, me parecieron muy pobres en *vis* imaginativa.

Jamás supe cómo vivía en aquella época, ya que su sueldo de director era un poco más del doble que el mío. Sin embargo, era corresponsal en Florencia del *Giornale d'Italia*, pero pronto se desentendió y me ofreció a mí aquel puesto, que yo rechacé, porque quería ser escritor libre y no periodista profesional. Vivía solo, sin mujer; decían que en Livorno tenía una querida, mujer de un oficial de marina. Pero Corradini

no tenía nada de mujeriego, al estilo dannunziano, que florecía en aquel principio de siglo; era bastante más romano a la antigua, en el temple y en las costumbres, que un bizantino consumido por la literatura y la lascivia. Sólo tenía dos pasiones arraigadas —la política e Italia—, y a ellas fué fiel toda su vida.

No era orador, y cuando quiso propagar con la palabra la idea del *Regno*, me pidió escribiese un discurso y fuese a leerlo a varias ciudades de Toscana. Leí este discurso, aprobado por él, en Sena, Arezzo, Livorno y, por último, en Florencia. Estos viajes apostólicos del naciente nacionalismo italiano me dieron a conocer a los primeros secuaces y auxiliares de Corradini; en Sena el viejo Chigi Saracini y Fabio Bargagli Petrucci, en Arezzo Pier Ludovico Occhini, que pronto me gustó por su espíritu tan italiano y su amor al arte. En efecto, por aquel tiempo fundó *Vita d'Arte*, una excelente revista en la que colaboré, y estaba preparando una edición comentada de *Las Vidas* de Vasari.

Ambos éramos entonces muy jóvenes y no se nos pasó por la imaginación que dentro de poco sería el padre de un hijo digno de él por su amor a la patria y al arte que, treinta años después, sería el esposo de mi segunda hija.

En cambio, en Sena fuí huésped del conde Saracini y súbitamente me sentí transportado al mismo tiempo a dos siglos tan distantes y diferentes uno de otro como el XIV y el XVIII. El palacio era gótico y estaba lleno de muebles y de pinturas del siglo catorce, piezas auténticas y no rebuscadas en las tiendas de anticuarios y falsificadores. Mas el viejo conde pensaba y hablaba como un caballero del dieciocho. Sus maestros eran Salustio Bandini y otros economistas toscanos de

aquel siglo, gente que defendía una especie de régimen patriarcal, basado en la agricultura y en la autoridad del príncipe, refractario a toda innovación liberal y demagógica procedente de Francia. La fidelidad del conde a aquellas ideas trasnochadas y su aversión a la democracia moderna le habían impulsado a ayudar al *Regno*.

En Livorno, por el contrario, conocí a un hombre de distinta índole, que quiero evocar para dar una idea más exacta de aquella época. Por la noche, después de mi discurso, algunos jóvenes, entre los que recuerdo a Athos Gastone Banti, quisieron llevarme al *Telégrafo*, que era entonces el periódico de mayor difusión de la ciudad. Su director, Averardo Borsi, no era un recién llegado: tenía fama de polemista terrible y de jugador afortunado. Era amigo de Carducci, que había sido padrino de un hijo suyo, aquel Giosué Borsi que en 1915, voluntario en la primera guerra europea, murió en Carso, después de haberse convertido a la fe católica y haber escrito aquellos *Coloquios* que le hicieron célebre, después de su heroica muerte, y sugirieron a algún sacerdote la idea de proponerle para la beatificación.

Averardo Borsi, toscano sencillote y sin prejuicios, me acogió bastante bien y debí inspirarle una repentina simpatía, porque en una ocasión se levantó de repente de su despacho y me dijo:

—¿Quiere saber cuál es el secreto de mi poder en el periodismo italiano?

Luego abrió una puerta y, después de atravesar un pasillo, me hizo entrar en una espaciosa habitación, cuya llave sólo tenía él. Todas las paredes, en derredor, estaban cubiertas de muebles altos que contenían, co-

mo me di cuenta en seguida, innumerables cajones abarrotados de fichas y de papeles.

—Mire —me dijo Averardo Borsi extendiendo los brazos— aquí dentro colecciono sistemáticamente y por orden alfabético todo cuanto se refiere a los políticos y periodistas italianos: recortes de periódicos, entrevistas, cartas, facturas, documentos de todas clases y, como puede suponer, nada edificantes. Cada vez que alguno se atreve a provocarme, recorro mi fichero y saco a relucir en mi periódico sus trapos sucios. Pero, puesto que todos conocen ya este archivo secreto, perfectamente clasificado y puesto al día, casi ninguno se arriesga a meterse conmigo, mientras que yo, puedo darme el gustazo de atacar a quien me da la gana, cuando me conviene. Cada uno se defiende con las armas que puede.

Jamás se me había ocurrido que tendría que habérmelas con Averardo Borsi, hasta entonces desconocido para mí. Su cinismo no me desconcertó, mas sentí cierto asco. Aquella noche comprendí mejor los arcanos del periodismo de todos los tiempos y de todos los países y me reafirmé en mi resolución de mantenerme todo lo lejos que pudiera de él.

Cerca de un año después, Corradini cedió a otros el *Regno* y también yo dejé mi cargo. A partir de aquel momento le volví a ver pocas veces. Siguió estimándome y tanto es así que, años después, me hizo un regalo especial de boda. Una mañana de agosto de 1907, la misma mañana de mi boda, abrí el *Giornale d'Italia* y leí un hermoso artículo de Corradini sobre mi *Piloto Ciego*, que hacía poco había sido publicado por el editor Ricciardi de Nápoles. Luego se trasladó de Florencia a Roma y la vida nos distanció todavía más. Pero siempre me ha quedado, en el corazón y en la memoria,

aquella primera conversación que tuvimos en los *Lungarni* bajo el sol apacible de septiembre, cuando los dos, jóvenes de buena fe, soñábamos en la resurrección cultural y espiritual de nuestra Italia.

SIDNEY SONNINO

UN día de primavera de 1904 Enrico Corradini entró con su paso pesado de campesino en el semioscuro entresuelo de la calle dei Ginori donde se hallaba la Dirección del *Regno* y me dijo que el día anterior había sostenido una conversación importante con el honorable Sonnino, de paso por Florencia, y que éste deseaba hablar también conmigo.

Así, pues, al día siguiente fuí al palacio Corsini, cerca de la Porta al Prato, donde se hospedaba Sonnino. Aquel palacio me era familiar desde mi infancia, ya que, viviendo en Borgognissanti, solía pasar por delante y dos cosas habían impresionado mi imaginación infantil: la primera, que en el centro de la fachada, en la parte superior, llevaba el escudo de mármol más magnífico y pomposo que había entonces en Florencia, auténtico escudo de príncipes del XVII, rematado por una corona que olía a soberbia y a poder desde una legua. La segunda, que en aquel palacio se abría el más gigantesco portón de toda la ciudad: el de la cochera del famoso carro de fuego, que llevaban a la plaza del Duomo el sábado santo.

Pero únicamente penetré aquel día dentro de aquel palacio, que siempre me había inspirado una fantástica reverencia, para conocer a Sonnino. Me hallé en presencia de un hombre apuesto, alto, de rostro enjuto pero colorado, afable con una afabilidad noble y dis-

tante, que tenía, creo, más de inglés que de italiano. Pero, a pesar de su fama de hombre frío e impasible, advertí durante mi conversación con él, que era hombre capaz de pasiones y de pasiones muy fuertes, entre ellas, la primera, su pasión por Italia.

Quiso saber de mi vida y de las revistas que habían nacido en Florencia y no me extrañó esta curiosidad suya, cordial en un hombre que había fundado *La Rassegna Settimanale* y el *Giornale d'Italia*. Era uno de esos raros políticos que siguieron con atención, necesaria atención, los flujos y reflujos del pensamiento de las nuevas generaciones y quería darse cuenta de lo que entonces germinaba y brotaba en Florencia. Yo le hablé con exuberancia juvenil y suficiencia de nuestros sueños y propósitos, él me escuchaba pacientemente, ya preguntando, ya sonriendo. Por último, animado por su amabilidad y enardecido con mis entusiasmos africanos, me aventuré a hacerle una pregunta más bien indiscreta.

—Si mañana volviese usted al gobierno como presidente del Consejo ¿daría usted orden de ocupar la Tripolitania antes de que el Mediterráneo se convierta para nosotros en un lago con todas sus orillas en manos extrañas?

Sonnino no se inmutó ni recurrió a hábiles circunlocuciones para eludir mi importuna pregunta.

—Claro que sí—respondió—. La Tripolitania no es la porción más sabrosa del festín africano, pero ya nos queda poco que escoger. La posesión de esas tierras daría un poco de respiro a Italia. No sé si seré presidente del Consejo de Ministros; mas, si eso sucediera, pensaría en seguida en preparar diplomática y militarmente esa empresa.

Muy ufano por esta inesperada respuesta me despedí

de él y corrí a referir mi conversación a Corradini. Mas Sonnino no tuvo éxito. Por dos veces fué presidente del Consejo en 1906 y en 1909, pero la empresa de Trípoli no se llevó a efecto hasta 1912 por su gran rival parlamentario Giolitti.

No obstante aquella conversación tan cordial, mis relaciones con Sonnino no fueron afortunadas: él me dió un disgusto y yo le dí otro.

Una mañana de marzo de 1915—como después supe—Sonnino llegó congestionado y descompuesto a la *Consulta*, que era entonces la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, y llamando a sus más fieles colaboradores, empezó a gritar:

—Aquí, en el Ministerio, hay un traidor, un espía o, por lo menos, un charlatán indiscreto. ¿Quién puede ser? Hagan inmediatamente una investigación. En este periódico se detallan las cláusulas esenciales del Tratado de Londres, que debía permanecer secreto—. Y así, desfogándose, iba agitando y estrujando una revista que apretaba furiosamente con la mano: era el último número de *Lacerba*. ¿Qué había sucedido? En *Lacerba* mis amigos y yo hacíamos una campaña, para que Italia entrase en la guerra contra Alemania, pero el gobierno no se decidía, se hacía el sueco, permanecía callado o sibilino.

Un buen día, irritado por este silencio e incertidumbre, cogí la pluma y en una mesa del café de *Giubbe Rosse* escribí una supuesta *entrevista con Salandra* (entonces presidente del Consejo) en la que fingía que el hombre de Troya, salido de pronto de su reserva, declaraba las verdaderas intenciones de Italia y las promesas que nos habían hecho Inglaterra y Francia. Lo inventé todo, tratando de adivinar, por el olfato, lo que se estaba preparando. Yo no había puesto los pies en

Roma desde 1913 y nadie me había revelado nada; pero, no sé cómo, adiviné casi todos los acuerdos del Tratado de Londres—entonces mantenidos en el más absoluto secreto—y Sonnino no podía convencerse de que un simple escritor, ajeno a la vida política, hubiese podido acertar con tanta exactitud el contenido de ese Tratado. No sé cómo terminó la investigación, porque no me interrogaron; el hecho es que el pobre Sonnino por culpa mía, fué presa del mayor furor ante el temor de haber sido traicionado por uno de los suyos.

No pasaron muchos meses y Sonnino se vengó. En mayo de 1915 fué declarada la guerra; yo había solicitado incorporarme como oficial de complemento voluntario. Mi petición fué atendida, pero luego, después de dos reconocimientos médicos, uno en Florencia y otro en Roma, me dieron por inútil a causa de mi mucha miopía. Yo deseaba, sin embargo, ser útil a mi país de alguna manera. Francia ya había comenzado a enviar intelectuales y literatos a los países neutrales, junto con los acostumbrados diplomáticos, y creí que Italia haría otro tanto. Una mañana de verano encontré en la librería de Ferrante Gonnelli, en la calle de Cavour, a Ferdinando Martini, entonces ministro, que me tenía mucha simpatía. Le expuse mi idea y mi intención, y añadí que iría gustoso a España, donde ya habían traducido dos libros míos y donde podía acudir a algún escritor amigo mío.

La cosa agradó a Martini, y, al despedirse, me dijo:

—En cuanto regrese a Roma hablaré de ello a Sonnino. Dentro de un par de semanas tendré la respuesta.

Efectivamente, quince días después fuí a ver a Ferdinando Martini, que me acogió con una de sus más maliciosas sonrisas.

—¿Sabe lo que me ha dicho Sonnino cuando le dí su

nombre? "No puede uno fiarse de ese hombre que ha puesto al descubierto el contenido del Tratado de Londres: tiene demasiada imaginación. Sería capaz de declarar la guerra incluso a España. No hay nada que hacer".

Y Sidney Sonnino se vengó cruelmente, sin haber buscado la ocasión de la venganza, de aquel excesivo enfado que había perturbado la *Consulta* por culpa mía. Y yo por culpa suya, no pude ser útil a Italia, fuera de ella, durante aquellos años de guerra, y no pude darme el gustazo tan vehemente desde que me engolfé en la literatura castellana, de ir a hacer el Don Quijote a la patria de mi querido Cervantes.

D'ANNUNZIO

UNO de los más fervorosos y activos adeptos de mi *Leonardo* era Adolfo de Karolis, pintor prerrafaelista, nacido en Acquaviva delle Fonti, llamado hacía tiempo para enseñar en la Academia de Florencia. Y en el espacioso estudio que la Academia le había asignado celebramos, una noche, la reunión solemne de fundación en la que leí a los amigos el *Manifiesto de los Vinciani*.

De Karolis era un hombre muy guapo, todavía joven, de amable y alegre condición, acogedor, sonriente, amigo benévolo y dispuesto. Tenía una mujer encantadora a la que a menudo pintaba, velando su hermosura meridional con un poco de melancolía botticelliana o inglesa en sus grandes composiciones simbólicas y decorativas. Era un trabajador infatigable, siempre con el lápiz, con el pincel, con la pluma o con el buril en la mano, y ya empezaba a darse a conocer, hasta tal pun-

to que D'Annunzio le había encargado las ilustraciones y franjas para sus *Alabanzas*.

El era, por consiguiente, el xilógrafo jefe del *Leonardo*, y pretendía devolver su gloria al italianísimo arte del grabado en madera. D'Annunzio le estimaba e iba con frecuencia a buscarlo por la mañana temprano, bajando a caballo desde Settignano a su casa de la calle Mannelli. De Karolis le habló con amor de nuestro *Leonardo* y, cuando D'Annunzio vió el primer número, envió, por mediación del amigo, el importe de una suscripción de bienhechor de cien liras y una poesía lírica inédita, el *Anniversario Orfico*, que ahora figura en *Alcione* y que publiqué en el segundo número de mi revista.

Unos días después, en una de las acostumbradas reuniones leonardinas en el Palacio Davanzati, De Karolis me llamó aparte y me dijo, con cierta expresión de alegría solemne, que D'Annunzio deseaba conocerme y quería que fuese a Settignano, a la Villa de la Capponcina.

Yo era muy joven y muy orgulloso, así que, sin reflexionar ni un instante, respondí así a De Karolis:

—Dale las gracias de mi parte, pero dile iré a verle sólo cuando haya escrito yo también alguna obra importante. Me gustaría hablar con él pero de tú a tú, de igual a igual y hoy por hoy, en cambio, me tocaría hacer el papel de joven desconocido que va a rendir homenaje al hombre célebre.

Tal vez cometí un error con aquella salida orgullosa, mas ni aun ahora puedo arrepentirme de ella. El bueno De Karolis se quedó de una pieza, pues sabía a cuántos jóvenes de entonces les hubiera parecido tocar el cielo con las manos, si el poeta los hubiese llamado a su eremitorio de Settignano. Trató de convencerme; me dijo

que D'Annunzio no era en absoluto el superhombre que decían los envidiosos malignos; que me acogería fraternalmente y no como un maestro que se digna recibir a un discípulo. Quizá decía la verdad, pero yo me mantuve en mis trece y no consentí en ir a la Capponcina.

Llegados a este punto, debo decir que, desde que conocí a D'Annunzio, no tenía mucha simpatía por el hombre ni gran admiración por el escritor. Me sentía muy distinto a él en todo y por todo: en los amores, en los odios, en los sueños, en el pensamiento, en el modo de concebir el arte y el oficio de escritor. Tres años antes, Prezzolini y yo nos habíamos separado y apartado de otros dos amigos muy queridos—Alfredo Mori y Luigi Morselli—precisamente por culpa de D'Annunzio. Prezzolini y yo no podíamos admitir estar unidos a hombres que anteponían la estética al pensamiento y que defendían a ultranza el arte de D'Annunzio. Al cabo de tres años, esa aversión se había aplacado algo, pero de ningún modo extinguido.

Mas a pesar de esta tajante negativa, al año siguiente, en 1904, no pude por menos de conocer personalmente al poeta de las *Alabanzas;* pero fué un encuentro inesperado y no buscado. Enrico Corradini deseaba que yo colaborase en una revista de Milán con objeto de que ganase algunas liras más sobre el escasísimo sueldo del *Regno* y había pensado que escribiese un artículo sobre la cultura de Domenico Trentacoste. Por eso un día me llevó consigo al estudio del escultor siciliano a la avenida Milton. Apenas entramos, vimos en medio de la estancia un Cristo muerto, de mármol, y junto al escultor un hombrecillo con una perilla en punta que hablaba con voz tranquila, mientras que los asistentes le escuchaban como a un oráculo. Ni siquiera se inte-

rrumpió, cuando Corradini y yo entramos, tal vez por no perder el hilo del *pequeño discurso* o tal vez por no considerarnos dignos de un saludo explícito. El hombrecillo, calvo y bien vestido, de unos cincuenta años, platicaba como un libro impreso, como si estuviera leyendo una página abierta ante él o repitiese un discurso aprendido de memoria. Hablaba de aquel Cristo de mármol tendido allí, a sus pies; hablaba de El con palabra clara y erudita adornada con imágenes ingeniosas; pero sólo hablaba del cuerpo, de su forma, de la plástica, de la expresión, del modelado morboso de aquel cadáver joven; hablaba de él, en suma, con la pura sensibilidad visual y táctil de un esteta. A veces rozaba ligeramente con la mano enguantada los miembros de la estatua yacente; pero ni por un instante dió a pensar que aquella figura era la de un Dios muerto destinado a resucitar. Era evidente que para aquel hombrecillo charlatán, el Redentor sólo servía para hacer una bella estatua y para recitar un elogio elegante del escultor. Por aquel tiempo yo era todo menos cristiano, pero, con todo y eso, tenía una idea muy distinta de la enorme importancia de Cristo, incluso para los que renegaban de El. El mismo Nietzsche ¿no había acaso luchado cuerpo a cuerpo con El durante toda su vida, para matarlo de nuevo, y no había terminado firmando uno de sus últimos mensajes: *El Crucificado?*

Ni el hombrecillo ni sus palabras me agradaron, por tanto, aunque Corradini me había susurrado que aquel gran orador era D'Annunzio. Cuando hubo acabado de hablar y luego que el pequeño Trentacoste le dió humildemente las gracias, me presentaron al poeta. Este se mostró contento de conocerme; me dijo que leía mis artículos y me reiteró su invitación para que fuese un día a verle a la Capponcina. Le prometí que iría—esta-

ba escribiendo ya las narraciones que después constituirían *Lo Trágico Cotidiano*—, pero más tarde. D'Annunzio me saludó calurosamente y, después de despedirse de los otros, salió de la escena como un actor de fama que hubiese recitado perfectamente sus últimas frases.

No fuí a la Capponcina, pero lo volví a ver varias veces en la Sociedad Leonardo, al terminar una conferencia de Croce; en la librería Bocca, en la calle Cerretani y en casa de los amigos comunes. Siempre se mostró cordial y amable, como yo siempre me mostré con él cortésmente reservado.

La última vez que lo ví fué por la noche, la misma noche que fracasó en la Pergola su drama *Piu che l'amore*. Por aquellos años hacía yo una vida de noctámbulo y los cafés se cerraban mucho después de media noche. Pasaba yo por la terraza del *Gambrinus*. Las mesas estaban desiertas. Unicamente ante una de aquellas mesitas de mármol azulado estaba sentado, sólo y meditabundo, un hombre. Me acerqué y lo reconocí: era D'Annunzio. Le saludé y me senté a su lado. Al helado resplandor de las lámparas de arco voltaico su rostro parecía muy pálido, consumido y hundido como el de un muerto. Fué la primera y última vez que hablé con D'Annunzio de hombre a hombre, de corazón a corazón. Yo ya conocía la derrota que había sufrido unas horas antes y, como artista, me puse de su parte, contra la sorda bestialidad de los filisteos ansiosos de vengarse del poeta envidiado. En realidad, *Piu che l'amore* no era su obra maestra dramática —en el teatro sólo quedará de él la *Hija de Jairo*—, pero era más bien la tentativa audaz de presentar a las plateas, envilecidas por el teatro burgués, un problema que se saliera del acostumbrado triángulo adúltero.

Comprendí que D'Annunzio, a pesar de su orgullo, sufría de verdad y le dije las palabras que me salieron del corazón en aquel momento, y podían y debían reconfortarle. No obstante la amargura de su respuesta, me percaté de que aquella inesperada simpatía de un joven que no había querido adularle, como tantos otros, le hacía bien y, en presencia mía, ya más tranquilo, improvisó alguna de aquellas feroces réplicas a los *puritanos hipócritas* que posteriormente encontré en el proemio de la edición de Treves de *Piu che l'amore*. Aquella noche nos despedimos casi amigos, pero ya no le volví a ver más. Muchos años después, en 1923, me encontraba en Milán con Domenico Giuliotti y tan enardecidos todavía por nuestra reciente conversión, pensamos ir a Gardone para hablar de Cristo con D'Annuncio de modo bastante diferente de cómo lo hizo ante la estatua de Trentacoste. Telegrafiamos, pidiendo una cita y nos contestó con un amable telegrama que nos esperaba uno de los días próximos. Pero justamente cuando llegó la respuesta, mi amigo Giuliotti enfermó y tuvo que guardar cama en una de las hospitalarias habitaciones del *Cardenal Ferrari*. Esperé confiado en que Giuliotti sanase pronto y pudiésemos ir al *Vittoriale*, cual dos padres *cristóforos* al castillo del Don Rodrigo de la literatura italiana. Mas la enfermedad de Giuliotti fué larga y, en cuanto logró ponerse en pie, no tuvo otra idea que volver a su odiosamada Greve. Hice mal; debí ir allá yo solo y acaso nuestra conversación hubiera sido mi más hermoso recuerdo del viejo poeta; pero no tuve valor para dejar solo a mi amigo enfermo, que precisamente por mi insistencia me había acompañado a Milán, tanto más cuanto que yo confiaba mucho en la arrolladora y perentoria elocuencia de Giuliotti. Más tarde supe por Bruers, que

lo vió con frecuencia en los últimos años, que es casi seguro que nuestro ataque evangélico no habría producido efecto alguno, toda vez que D'Annunzio, cuantas veces se hablaba de Cristo en su presencia, ponía cara de pocos amigos, como despechado, y cambiaba de conversación. Parecía como si presintiera en el Crucifijo a un enemigo, a un enemigo oculto e implacable que le obligaría, de ceder una sola pulgada, a dar al traste y condenar su vida entera.

Y así, mi última visión de D'Annunzio sigue siendo la de su rostro, tan pálido y doliente, de un vencido, abandonado por todos ante la mesa de un café, en una solitaria noche invernal.

EL PINTOR LOCO

UNA mañana Enrico Corradini vino al *Regno* y me dijo que había conocido a un pintor francés de talento raro y extravagante, pero desgraciado y hambriento. Corradini había obtenido la promesa del *Giornale d'Italia* de que le publicaría algún artículo de este fugitivo sin blanca, pero que necesitaba alguien que lo tradujese al italiano y había pensado en mí para esta obra de misericordia.

En seguida fuí gustoso en busca de Henry de Groux. El nombre no me era desconocido. Precisamente en aquel año Madame Herbillón, una señora francesa bastante culta que había abandonado a su marido para vivir en Florencia con el escultor Domenico Trentacoste, me había recomendado leyese *Le Mendiant Ingrat* de León Bloy y sabía que Henry de Groux había sido amigo del truculento autor del *Desespéré*. Por esta razón estaba muy contento de conocer personalmente al

escandaloso pintor del *Christ aux outrages*, que había provocado las iras de los filisteos parisinos, católicos y no católicos.

De Groux estaba de pupilo en una casa del *Lungarno delle Grazie*, me parece que en la misma en que murió Tommaseo. Lo encontré en una habitación desamueblada ante un caballete donde estaba bosquejando, al pastel, un torvo y fantástico Napoleón. Era un hombrón corpulento, coronado por una *tignasse* rubia en desorden, con cara de lansquenete sensual y endemoniado. Aunque hacía calor, estaba envuelto en un gabán de terciopelo oscuro que le llegaba hasta sus enormes pies en chancletas.

Pero dado que estábamos en verano y el gabán estaba un poco desabrochado y él acompañaba sus excitadas palabras con ademanes excitados, me dí cuenta de que por debajo iba desnudo por completo y a cada momento se entreveían dos lacias tetillas entre mechones de vello rojizo y ensortijado. Poco después entró una opulenta muchacha tetuda y nalguda, verdadero ejemplar de *flamande plantureuse*, semejante a las que se ven en los lienzos de Rubens y Frans Hals. Henry de Groux me la presentó como sobrina suya, mas luego supe que por amor a esta gordinflona, que miraba celosamente al hirsuto pintor, había abandonado en Francia a su legítima esposa y había huído a Italia.

La muchacha era reservada y parca en palabras, al contrario de De Groux que era una verdadera catarata de lamentaciones, promesas, recuerdos, esperanzas, opiniones y paradojas. No era francés como me había dicho Corradini, sino belga y, a pesar de su miseria, poseía una superabundancia vital, que acaso le vendría de la antigua violencia carnal de la sangre flamenca. Era un hombre de fuego, de cohetes, de morterétes, pero se

comprendía que la cultura no había extinguido las pasiones en él ni debilitado el estro poético. Concebía su arte bajo el signo del vendaval y del furor. Su obra más célebre, como ya noté, era el *Christ aux outrages* en la que se veía a un Cristo miserable y humillado en medio de una turba furibunda de hombres con trajes actuales, que le insultaban, amenazaban y escupían; siguiendo el mismo esquema pintaba ahora un Napoleón durante la retirada de Rusia; héroe desgraciado, en medio de un torbellino de figuras ululantes y furiosas.

De Graux me dió un artículo suyo para que se lo tradujese y volví más veces para oírle hablar o verle pintar. Expuso, como he dicho, en la exposición secesionista del palacio Corsini y aquel día, al verle al fondo de la sala, con su rostro alterado, semejante a uno de los condenados del *Juicio* de Miguel Angel, me vino la duda por primera vez de si estaría en su sano juicio. En efecto, un día me dijo que le parecía que era el único viviente en un círculo de espectros que querían obligarle también a él a liberarse de la vida.

—"Usted lo comprende ¿no es verdad, amigo? Son fantasmas, fantoches vaporosos, y me tienen envidia a mí, que tengo sangre en las venas, un cuerpo de verdad, carne viva, y yo soy su dueño. Pero son muchos, encarnizados, y temo siempre convertirme en su propia nada. En efecto, la tentación es muy fuerte. Dicen que el cuerpo pesa demasiado, que la vida cansa, que el amor es una carga asquerosa y que su condición de espectros, es preferible a la mía. Tal vez cuando vuelva usted la próxima vez no me encuentre".

Y, efectivamente, fué profeta. Acaso los sufrimientos de la miseria y del exilio, acaso los excesos sexuales, tal vez las consecuencias de una enfermedad inve-

terada perturbaron cada vez más al pobre De Groux, tanto que un día, después de un ataque más grande, fué internado en el Hospital de San Salvi. Pero su locura era intermitente, con períodos de lucidez, de manera que consiguió del director que le llevasen alguna vez a la ciudad, acompañado de un enfermero. Un día quiso que le llevase al *Gambrinus;* tomó tranquilamente un café con su acompañante y en un momento dado dijo a nuestro hombre que tenía que ir a hacer una pequeña pero urgente necesidad. El enfermero le dejó marchar; lo esperó pacientemente, pero no le volvió a ver más. De Groux sabía que el *Gambrinus* tenía una puerta secundaria que daba a otra calle y, una vez que salió, se dirigió hacia el Arno y siguiendo siempre el río en dirección al mar, a pie, durmiendo en los pajares o en las casas de los campesinos logró llegar a Pisa y por fin, a Livorno donde se presentó, según parece, al cónsul de Bélgica y consiguió le repatriasen. Vivió todavía varios años, pero de sus vicisitudes, después de su escapada de Florencia, sólo tuve noticias por una biografía publicada algún tiempo después de su muerte.

JURGHIS BALTRUSAITIS

En el remotísimo 1904 aparece en mi vida la figura, querida y nunca olvidada, del poeta Jurghis Baltrusaitis.

Le encontré en Florencia, en aquel café *Giubbe Rosse* donde, por aquellos remotos años, se oían y leían todas las lenguas europeas.

En aquella época era un joven de unos treinta años, fuerte y erguido, con una cara que parecía estar siempre agostada por los hielos polares o el sol ecuatorial

y en la que resplandecían dos ojos claros, serenos, azules, que parecían de ángel desterrado, engastados en el rudo rostro de un rudo pastor del Norte.

La expresión de su cara era seria, a veces severa y casi amenazadora, pero si por casualidad sonreía, se descubría maravillosamente en aquel rostro, ya atormentado por el dolor y el pensamiento, la divina luz de la infancia.

En pocos días nos hicimos amigos, como suele suceder en esa dichosa edad que va de los veinte a los treinta.

Solía ir a su casa y conocí también a su mujer, una rusa de Moscú, muy inteligente, hija de un fabricante de campanas y su hijito, que se llamaba Jurghis, como su padre. Había alquilado un pisito amueblado en una casa grande de la avenida de la Princesa Margarita, cerca de la fortaleza del Basso. Pero las más de las veces nos encontrábamos en el café, por la noche, con los amigos ordinarios: el escritor Giuseppe Vannicola, los filósofos Giovanni Vailati y Mario Calderoni, Giuseppe Prezzolini y Angelo Cecconi.

De vez en cuando desaparecía para emprender un viaje por los países extranjeros. Una noche en el café Castelmur, en la calle Calzaioli, que ya no existe, le vimos reaparecer después de una de estas ausencias, más sombrío que de costumbre.

—¿Qué te ha ocurrido?—le pregunté.

—Yo no creía que existía el infierno. Pero ahora lo creo. El infierno existe en el mundo y se llama Londres.

Rara vez intervenía en las vehementes discusiones que sosteníamos entre nosotros, italianos y, si lo hacía, siempre era con una palabra profunda o un gesto inesperado. Una noche en el café, estábamos hablando

de los antiguos romanos y de su impasibilidad frente al dolor. Baltrusaitis se levantó y dijo:

—No creáis que es tan difícil resistir el fuego como hizo Muzio Scevola. Fijáos—. Saltó encima de uno de los divanes rojos del café y acercó la mano derecha a la llama del mechero de gas. Todos empezamos a gritar y a querer retirarlo de allí, mas sólo pasado algún tiempo apartó la mano de la llama. Debió sufrir mucho, pero ni siquiera quiso que le vendásemos y permaneció con nosotros hasta después de medianoche, como otras noches. Alguna vez que otra recitaba a media voz versos de algún poeta moderno. Conocía las más principales lenguas europeas y había traducido a Byron, Ibsen y Víctor Hugo. Entre los poetas rusos prefería al Lermontov y con frecuencia declamaba versos de su *Demonio*. Sin embargo también sentía gran admiración por Tiutcef y me dió a conocer alguna de sus más hermosas poesías líricas.

Viendo mi gran admiración por Dostoyewsky, le entraron ganas de enseñarme el ruso y me alegré de tener tal maestro. Tenía un método muy personal, basado en una curiosa teoría: según él, entre el ruso y el italiano no había casi diferencia. Yo solía burlarme de esta manía suya y, para convencerme, tenía que recurrir a los más complicados árboles genealógicos de raíces y etimologías hasta llegar a un primitivo monosílabo o bisílabo, del que se derivaban a través de infinitos cambios palabras rusas e italianas de significación análogas.

Mientras buscábamos esta comunidad de las lenguas eslavas y neolatinas, aparecía la señora María con una gigantesca tetera y la clase se convertía en conversación sobre los mayores problemas del universo o la lectura de los grandes escritores. Otras veces me leía un poema suyo en el texto original y luego en seguida lo tra-

ducía al italiano, pues en unos cuantos meses llegó a dominar bastante bien la lengua de Dante y, si no me equivoco, estaba traduciendo una tragedia de D'Annunzio. Igualmente las poesías de la *Scala Terrestre*, que unos años más tarde se publicaron en Florencia, fueron traducidas por él en gran parte y corregidas por sus amigos italianos.

Era un hombre de corazón y de generosidad espontánea. Conociendo mi pobreza, trabajó tanto que fuí nombrado corresponsal literario para Italia de la revista *Viessy* de Moscú de la que él era colaborador y seguramente redactor.

En 1905 marchó con su familia al mar de Rimini en la costa del Adriático y sabiendo que yo no podía huir de la canícula de Florencia me invitó a pasar unos días con él en la Villa Adriática. Acepté gustoso su amable invitación y aquellos días de Rimini han sido para mí uno de los más luminosos recuerdos de mi juventud.

Pasábamos todo el día juntos paseando por las largas avenidas que bordean el mar, pero casi siempre terminábamos en la terraza de un gran café donde Jurghis pasaba largas horas sin decir palabra. El camarero, que le conocía, le traía en seguida un café cargado; minutos después, Jurghis hacía señas con la mano y le traía otro café y luego, al cabo de un rato, un tercero, seguido de un cuarto, quinto, sexto café. Yo le contemplaba asombrado, mas no me atrevía a preguntarle. De este modo pasaba horas enteras en aquella mesa mirando el esplendor del mar y del sol, sin despegar los labios.

Solamente una noche comenzó a hablar con gran animación de un drama (¿poema?) que quería escribir sobre Cristóbal Colón. Según él, Colón era el eterno símbolo del genio, que va hacia lo desconocido, y fué

incomprendido por aquellos mismos que a regañadientes debían acompañarlo. Describió con palabras ardientes la rebelión de la chusma en medio del océano, pero cerca de la tierra todavía no descubierta, y su rostro se encendía y las palabras brotaban espontáneas y elocuentes como nunca.

Otra vez me contó algunos episodios de su vida; de sus miserias y luchas, pero ordinariamente permanecía silencioso y absorto, como si viviese en un mundo sólo conocido por él.

Quería mucho a su mujer e hijo. Un día mostrándome al pequeño Jurghis, me dijo:

—He aprendido ya de él mucho más de lo que yo pueda enseñarle.

Poco tiempo después se presentó de improviso en Florencia y me dijo que tenía necesidad de volver a ver Roma por algunos días, pero que no quería ir solo. Accedí a acompañarle. Cuando llegamos en el tren a las verdes campiñas que se extienden sobre el Trasimeno y Orvieto, observé de repente que el rostro de Baltrusaitis se iluminaba de alegría.

—Mira—me dijo.

Me asomé a la ventanilla y vi en un hermoso prado una piara de cerdos rosados que llevaba a pastar un muchacho de camisa blanca.

—Fíjate—dijo—; de muchacho también yo fuí porquero en las llanuras de mi Lituania y no puedo volverlos a ver sin emocionarme. Ahora comprendo que aquellos años fueron los más felices de mi vida. Hice mal al abandonar mi campo para buscar el dolor en las literaturas y en la ciudad. Eumeo es la figura más poética de la *Odisea* y los animales que suelen rodear a los poetas son bastante peores que aquellos que en mi infancia llevaba al pastizal y al abrevadero.

Le recordé que Tamerlán y Sixto V habían sido porqueros en su juventud y que este oficio, despreciado por los antiguos egipcios, es un buen aprendizaje para ser pastor de pueblos.

Me respondió que, en realidad, no quería ser pastor de pueblos y que no llegaba a comprender la desesperación y el retorno del Hijo Pródigo.

—Vivir en medio de la naturaleza en compañía de los animales de Dios es mil veces mejor que vivir en medio de los literatos, entre el mal olor y el humo de los cafés.

En Roma fuimos juntos a ver de nuevo los monumentos y las pinturas célebres, mas en ningún momento pude descubrir en su rostro aquella luz y alegría que le habían iluminado, cuando, desde el tren, vió en el prado al muchacho porquero.

Creo que la última vez que vi a Baltrusaitis fué poco antes de la gran guerra. Regresaba de España y se detuvo en Florencia para saludarme. Departimos largamente con el mismo afecto y entusiasmo en mi pequeño despacho de la calle Bardi y quiso conocer a mi mujer y a mis niñas.

Le acompañé a la estación; era otoño y llovía. Baltrusaitis llevaba un paraguas muy bonito de seda negra y me obligó a cogerlo para que no me calase al regresar a casa.

—Volveré pronto a recogerlo—, me dijo. Y después de abrazarme, subió al tren.

Pero Baltrusaitis no volvió más a Italia y ya no le he vuelto a ver. La guerra nos separó durante años; luego alguna que otra carta tardía; algún telegrama y nada más.

Ya no volví a ver su rostro áspero y tostado, hermoso con esa bondad austera que brillaba en sus ojos azu-

les. Durante algún tiempo fué embajador de la República Lituana en Moscú; después se retiró con su hijo a París donde murió hace pocos años; pero su imagen querida de poeta desterrado no se ha borrado de mi memoria y jamás la olvidaré mientras viva.

HELVETIA FELIX

En septiembre de 1904 había de celebrarse en Ginebra un Congreso internacional de Filosofía y me puse de acuerdo con mis amigos Vailati y Calderoni para ir juntos y representar a la escuela pragmatista italiana. Mis maestros intelectuales eran entonces Henri Bergson y William James, y esperaba encontrarlos allí.

A fuerza de ahorros, de anticipos y de préstamos reuní algunos centenares de liras y escribí volando la comunicación *Les deux extremes de l'activité théorique* que debería leer y defender en la patria de Jean Jacques.

La primera etapa fué en Como, donde tenía que encontrar a Vailati, que enseñaba matemáticas allí. No estaba solo; se hallaba en un café, cerca del lago, con un rostro muy encarnado, disputando con un hombrecillo cualquiera que en un principio tomé por un buen comerciante del país. Y, sin embargo, era el único lingüista italiano, después de Graziadio Ascoli, de fama europea: Alfredo Trombetti, entonces en el *acmé* de la celebridad por su teoría de la monogénesis del lenguaje. Vailati, que sabía de todo, objetaba al hábil políglota que, según decían, sabía todavía más lenguas que el cardenal Mezzofanti. Yo, naturalmente, me mantenía callado, mas cuando la conversación cambió de

tema, provoqué el asombro indignado de Trombetti, hombre de todos los progresos, cuando le dije que era una vergüenza indecente haber transformado el atrio de la catedral de Milán en un carrusel para los tranvías. Escribí un artículo sobre este escándalo en una revista milanesa y todos no me dieron la razón; pero varios años después aquel feo y mecánico torneo de coches fué retirado, no por mis propios méritos, por supuesto.

A la mañana siguiente pasé la frontera suiza con Vailati. Para dar una idea de aquella época feliz, diré que no tenía más documentos que un carnet del *Regno* y otro de la Biblioteca Nacional, y dos tarjetas cualquiera sin fotografías ni sellos. Hoy semejantes documentos harían reír a cualquier aduanero en cualquier país europeo; entonces parecieron más que suficientes para permitirme la entrada en la Confederación Helvética. Debo añadir que dos años más tarde, penetré en Francia mostrando en la frontera una simple tarjeta de visita. Entonces se podía recorrer Europa entera, excepto Rusia, sin pasaporte, visados, sellos ni permisos. Hoy se habla mucho de libertad, pero quien no ha vivido antes de 1914 no se imagina lo libres que éramos, en realidad, entonces y en qué consistía, concretamente, la libertad.

Era la primera vez que salía fuera de Italia y desde los primeros días tuve pronto la sensación de haber penetrado en otro mundo. Habituado al desorden, a la suciedad, al vandalismo, a la anarquía de la vida italiana, me sentí sorprendido al ver un país tan distinto del mío. Por doquier, en los trenes, en las calles, en los hoteles había una limpieza que habría parecido un milagro en cualquier ciudad italiana. La gente no estropeaba las plantas en los jardines ni molestaba a los

animales. Le parecía a uno hallarse en medio de un pueblo libre pero que tenía el respeto innato de la ley. Las pequeñas y modestas fondas donde íbamos a comer estaban limpias y bien arregladas y las muchachas que servían parecían en traje de fiesta y sabían ser graciosas sin ser groseras. Las fondas de Florencia y de Roma parecían allí establos cuidados por gitanos.

Suiza, pues, me gustó infinitamente; no sólo por la belleza de sus Alpes y de sus lagos, sino también por aquella atmósfera de ordenada y cordial civilización que se respiraba por todas partes. Pude visitarla toda, porque los ferrocarriles suizos daban derecho a viajar por todas las líneas del país durante quince días completos por sólo treinta y cinco francos y el franco equivalía a la lira, aunque Italia tuviese fama de nación pobre.

Fuimos, por tanto, a todas partes: a Lugano, a Zurich, a Lausana, a Berna. Llegamos hasta Schaffhausen, para ver la célebre cascada, cerca de la frontera alemana.

Nos detuvimos un día en Céligny, donde hacía muchos años vivía, voluntariamente desterrado, uno de los más célebres economistas y pensadores italiano, Vilfredo Pareto, que enseñaba en la Universidad de Lausana y ya estaba preparando su grandioso tratado de Sociología. Yo ya conocía sus *Systemes Socialistes* que admiré mucho y a petición mía escribió algunos artículos para el *Regno* de Corradini.

Pareto era un hombre apuesto, de constitución robusta, a la antigua, que conservaba la barba de los profesores pero no su descaro y pedantería. Rara vez he hallado en mi vida a un hombre que, como él, haya sabido unir a la penetración de su inteligencia la mordacidad sin prejuicios de su espíritu. Junto con Walras

había sido uno de los fundadores de la nueva economía matemática y sus doctrinas eran conocidas y discutidas en toda Europa. Resentido contra la Italia de Humberto—nunca supe exactamente porqué—se desterró en aquella encrucijada europea que era Suiza, y vivía feliz entre su jardín, lleno de flores, y su estudio, lleno de libros.

—Italia—dijo—es todavía una apática y presuntuosa provincia que sigue todas las modas, pero siempre con treinta o cuarenta años de retraso. Ahora ha descubierto el socialismo científico, medio siglo después del *Manifiesto Comunista* y pasa el tiempo entre las escurriduras de Jaures y los teoremas de Kautsky, sin percatarse que la ciencia ha seguido laborando y de que las geniales aproximaciones de Marx y Engels, resultado de la experiencia del capitalismo principiante, ya han pasado de moda. Italia, unida de cualquier modo a fuerza de compromisos y de juegos de azar, no se ha repuesto aún de su estupor de ser tratada como una gran potencia. Trata de representar su papel, como un cómico novato procura imitar al primer actor. Hace sus pequeñas guerras coloniales y las pierde; realiza pequeñas revoluciones y fracasan. Un buen jefe de negociado del Ministerio de Hacienda, como Giolitti, representa en Italia el papel de un estadista; a un sacerdote secularizado, como l'Ardigó, se le considera un filósofo, después de haber digerido el cocido de Comte y de Spencer; a un embarullador, como Achille Loria, se le cree un gran sociólogo; a un chapucero megalómano, como Lombroso, se le tiene por un gran científico y, al contrario, a un hombre que ve claro y tiene valor de manifestarlo claramente, es considerado allende los Alpes como un aguafiestas y un hereje.

"Baste con decir que en Italia los socialistas aspiran

a ser burgueses, mientras que los burgueses no se han decidido todavía a aceptar el principio socialista de la lucha de clases y defenderse en campo abierto. ¿Cómo puede concebirse una "lucha" si no hay dos adversarios igualmente armados y resueltos a combatir? Cuando triunfe el socialismo—si triunfa— en cualquier parte del mundo, sólo entonces los italianos irán a pescar de nuevo las teorías de De Maistre y de Hegel. Italia es un reino, pero todavía no es una nación. Su rey es un pequeño funcionario, que soporta de mala gana su oficio. El pueblo es una manada de lobos atemorizados y descontentos. El historiador representativo italiano actual no es Pasquale Villari sino Edoardo Ferravilla.

Estas amargas paradojas de Pareto coincidían con mis gustos de cínica irreverencia, pero en el fondo, me entristecían. Tal vez miraba a Italia con el anteojo vuelto del desterrado que sacudió de sus sandalias el polvo de la patria. Le dije que en Italia había jóvenes algo diferente a los italianos que él había descrito y que tenían fe en la civilización pasada y futura de la nación.

Pareto respondió:

—Un científico sólo puede juzgar por los hechos actuales y entre los hechos actuales puede haber también la esperanza de algunos en una nueva *élite* intelectual. Y sepa que, al hablar así de Italia, me duele bastante más que a mis contradictores.

Estábamos frente a la cancela del jardín. Pareto nos saludó con gesto señorial y nosotros tres regresamos a Lausana. Posteriormente me escribió algunas cartas, pero no he vuelto a verle.

HENRI BERGSON

El 5 de septiembre de 1904 fué un día muy hermoso para mí, filósofo principiante pero vehemente; conocí personalmente a Henri Bergson, que ya admiraba hacía algunos años, desde que descubrí su revolucionaria *Introduction a la Métaphysique*.

Aquel día Bergson leyó en el aula magna de la Universidad de Ginebra un discurso suyo sobre el *Paralogisme Psicorphysiologique*. Después de la discusión que siguió, me presenté al célebre autor del *Essai sur les données immédiates de la conscience;* le dije que desde hacía tiempo conocía y seguía su pensamiento y que gustoso habría traducido al italiano alguna obra suya. Aunque nadie me presentó y debí parecer al ya célebre pensador como un miserable y desconocido aprendiz, Bergson me recibió con una humanísima condescendencia, sin aquel ceño altanero y receloso que observé en ciertos filósofos y filosofastros reunidos en Ginebra con ocasión del Congreso internacional de Filosofía.

En aquella época contaba Bergson unos cuarenta y cinco años y su aspecto no tenía nada de juvenil ni de servil. Era más bien de estatura baja y su flaco cuerpo iba embutido en un traje negro que terminaba en un cuello cerrado y duro, con un rostro pálido, de facciones poco pronunciadas, la boca sutil y casi irónica, negros los ojos, casi encantados. En conjunto tenía algo de garduña del genio, de una garduña virtuosa, desinteresada y ascética. Poseía la carne estrictamente necesaria para recubrir los huesos y el esqueleto necesario para sostener un cerebro y su vasto mundo de pen-

samientos. Era el tipo perfecto del gran intelectual semita, extenuado por las meditaciones, sublimado por las audaces investigaciones; el auténtico *doctor subtilis* de la filosofía contemporánea.

Conversé con Bergson en aquellos días del Congreso —especialmente cuando fuimos todos juntos a Ferney y a Coppet—y él respondió con paciente benignidad a mis impacientes curiosidades.

Cuando regresé a Florencia, le escribí y me respondió muchas veces, y por mediación suya conseguí del célebre editor Alcan la promesa de que publicaría un libro mío sobre el Pragmatismo.

Fuí por última vez a París en otoño de 1906 y pronto comencé a frecuentar el *Collège de France* los días en que Bergson daba clase. La sala era amplia y, con todo, una hora antes de empezar estaba abarrotada y repleta de oyentes, jóvenes y viejos, hombres y mujeres; y luego me enteré que entre ellos había varios que serían célebres, tales como Péguy y Maritain. Mas yo no conocía todavía a nadie, me acurrucaba en un rincón y procuraba seguir el maravilloso juego dialéctico del maestro, que hablando no era menos seductor que en los libros. Daba la impresión de que estuviera buscando lentamente el sendero más intrincado y la breña más espinosa pero de improviso se llegaba con él a descubrir alturas y horizontes luminosos; bastaba una fórmula feliz, una imagen inesperada para que toda la maraña de los conceptos se resolviese en una línea ascendente y luminosa. Bergson, como todos los verdaderos filósofos, era, asimismo, un artista. En efecto, me dijeron leía a los poetas y sentía pasión por la música. Una tarde que había yo ido a la *Opéra Comique* para oír *Pelléas et Mélisande*, desconocida en Italia entonces, me encontré en un *entr'acte* al mate-

mático Painlevé, que luego sería ministro de la Guerra, y a Henri Bergson, que no hablaban de filosofía ni de matemáticas, sino del arte de Débussy.

Durante aquellas jornadas del *Collège de France* pude figurarme —tanto era el fervor y entusiasmo de la concurrencia—, lo que fueron las célebres clases de Mickiewicz y de Michelet en aquellas mismas aulas, muchos años antes, en pleno fervor romántico y revolucionario. Hoy, al cabo de las dos guerras, ya no se da el caso, ni siquiera en Francia, de que un profesor atraiga tantas muchedumbres ávidas, que aplauden en torno a su cátedra. Puede suceder que la indiferencia actual se deba a la falta de verdaderos maestros, pero puede suceder también que dependa la despreocupación manifestada siempre más hacia las pasiones ideales y los problemas del pensamiento.

Bergson me invitó un día a su casa. Vivía en las afueras de París, en Auteuil, en la Villa Montmorency, es la Avenue des Tilleuls. Era una casa sencilla y silenciosa, entre los árboles, muy a propósito para proteger las meditaciones del filósofo. Me habló de la *Evolution Créatrice*, que saldría dentro de unos meses y que es una de sus obras más importantes. Oí decir que estaba preparando un libro sobre la moral, que habría de coronar su sistema. Le pregunté si los rumores eran ciertos y cuándo conoceríamos sus conclusiones.

—Los problemas de la moral —me respondió— son quizá los más profundos que se ofrecen a la consideración del filósofo y al mismo tiempo los más desconcertantes. Usted sabe que mi filosofía no es sólo una teoría de la intuición sino también una investigación de la libertad. Me he propuesto liberar nuestra conciencia de la presión de los conceptos del racionalismo determinista, basados en la mecánica y en la experien-

cia, para descubrir su verdadera realidad y establecer una metafísica concreta, que supere las dificultades del platonismo y del kantismo. Estoy convencido de que, a pesar de las afirmaciones gratuitas del determinismo, existe la libertad humana, pero reconozco igualmente que esta libertad es tan rara como el genio y la santidad. La mayor parte de los hombres no la conoció nunca e incluso para las inteligencias privilegiadas es un acontecimiento generalmente raro. Después de esto, usted comprenderá las dificultades con que tropiezo en la elaboración de una moral que no tiene sentido fuera de la libertad. La orientación de mi método, que se opone a la influencia de las ideas y reglas tradicionales, me llevaría a una moral casi anárquica. Pero si los hombres son incapaces casi siempre de actos verdaderamente libres, se expone uno a legitimar el desbordamiento e incluso el desenfreno de los instintos bestiales del hombre, que ahora son reprimidos más o menos por las tradiciones, los convencionalismos y las morales laicas o religiosas. La moral ordinaria, al igual que la ciencia, tiene un origen utilitario. Hay que procurar no caer en el conformismo ni tampoco en la resurrección del *gorila lúbrico y feroz* de Taine. Este es mi drama y creo que también el de los verdaderos filósofos, frente al problema moral de nuestro tiempo.

De hecho, la obra de Bergson, que discute y resuelve con profundidad tan original esos problemas, no salió a la luz sino al cabo de veintiséis años de reflexiones e investigaciones: *Les deux sources de la morale et de la religión* que no fué publicada hasta 1932.

Poco tiempo después Bergson me regaló la *Evolution Créatrice* con una dedicatoria suya y comencé la traducción al italiano de la *Introduction à la Métaphysi-*

que que fué publicada con otros ensayos en la *Cultura dell'Anima*, que yo dirigía.

Años después volví a ver a Bergson en Florencia y fué la última vez. Vino a Italia acompañado de su mujer e hija y me invitó a comer en su hotel, en la calle Montebello. En la mesa estaba sentado yo al lado de una chiquilla silenciosa y, aunque tenía muchos deseos de hablar de filosofía con el gran filósofo, me pareció debía hacer algunas corteses preguntas a la taciturna muchacha, que me miraba, al parecer, con cierto temor. Mas siguió comiendo y no respondió una sola palabra a las preguntas que le hice en un francés mediocre pero al menos comprensible. Bergson comprendió mi extrañeza y me advirtió en voz baja que su hija era sordomuda. Confieso que sentí una profunda pena. También el filósofo que yo estimaba, ya célebre en el mundo entero, tenía su secreta desventura; su *espina en la carne*, en la carne de su carne. Era uno de los más hábiles oradores que conocí y su hija única no podía oír ni articular palabra.

Cuando en 1939 se festejaron en París los ochenta años de Bergson fuí invitado por *Nouvelles Littéraires* a escribir algunas páginas sobre él y supe que le agradaron. Bergson murió en 1941 durante la ocupación de Francia por los alemanes, mas tal vez el dolor que debía oprimirle en aquel tétrico y sangriento ocaso de su vida se sentía aliviado con el pensamiento y certeza de Dios, cuya existencia su misma filosofía le había obligado a reconocer, lenta pero irresistiblemente, desde hacía tiempo.

EL COLECCIONISTA DE HOMBRES

HAY quienes coleccionan pitilleras, anillos u horarios de ferrocarriles. Carlo Placci, más codicioso y vivo, coleccionaba espectáculos y hombres. Merecía que le llamasen —más que a Scarfoglio— *El cristiano errante*. Toda su vida fué una peregrinación a través de los continentes en busca de hombres célebres o destinados a ser famosos o, a falta de éstos, de hombres importantes o simplemente interesantes. Luego, cuando el nómada políglota descansaba de las partidas de caza, esperaba el paso de los extranjeros y de los indígenas en su puesto de Florencia. Hace pocos años que murió y con él ha desaparecido uno de los más pintorescos ejemplares de la fauna intelectual del diecinueve: el señor culto, hospitalario, mecenas aficionado de gusto y afectuoso, que se apasionaba con todas las artes, que conocía a todos y con la misma sencillez sabía conversar con el rey coronado y con el joven de talento en sus primeras armas.

Me parece haberlo conocido siempre; con todo, creo haberlo conocido solamente en 1904, cuando quiso organizar en su salón un careo entre dos políticos rivales: Enrico Corradini y Gaetano Salvemini.

Era un hombre ya maduro, de rostro inolvidable: un rostro de facciones acentuadas, de perfil precolombiano, azteca. Pertenecía a una familia de la Romaña, aunque nació, según creo, en el Perú, donde su familia había hecho fortuna, según me dijeron, con el comercio del guano. Estudió en Oxford y, hasta el final, tenía algo de británico en sus modales y costumbres,

aunque sus sentimientos fuesen muy italianos. Cuentan que una vez, recién llegado a Londres, después de una larga ausencia, dijo a su fiel ayuda de cámara que fuese a las calles más elegantes para que le dijese cuál era la moda de los *gentlemen* y poder así encargar un traje según el último grito.

Horas después vuelve el ayuda de cámara y le dice:

—Señor Carlo, en todo Londres el único vestido a la inglesa es usted.

Iba con frecuencia a Inglaterra y era invitado en los más aristocráticos castillos, porque todos estimaban a Carlino Placci que era tan italiano y tan anglófilo a la vez. En cierta ocasión, en 1924, estaba invitado en uno de los más célebres castillos, cuando se presentó el rey de Inglaterra. Eran los días de la ocupación italiana de Corfú, que provocó la reacción inmediata del gobierno inglés. Cuando el rey Jorge supo que había allí un italiano se acercó al pobre Placci y arremetió con frío desdén diciendo que con aquel gesto desconsiderado Italia ponía en peligro el equilibrio y la paz de Europa. Placci trató de hacer comprender respetuosamente al soberano que él no era fascista y que no era responsable en absoluto de los arrebatos y órdenes de Mussolini, pero no tuvo más remedio que soportar hasta el fin el desahogo regio.

Una de sus principales pasiones —y tenía más de una— era la política; más aun, la diplomacia; y corría de un extremo a otro de Europa para asistir a una reunión o a un congreso; para abordar a ministros, cancilleres, embajadores y nuncios. Siempre se mostraba al corriente de los más ocultos manejos de política exterior, pero he de confesar que más de una vez los acontecimientos desmentían sus previsiones sacadas de "excelentes fuentes". En realidad, conoció de

verdad y de cerca a muchos príncipes de todos los países, a muchos políticos de todas las tendencias. En la corte real de Bélgica era considerado como de la familia y él fué quien me presentó por primera vez a la princesa María José.

También le gustaban todas las artes y de modo extraordinario la música. Según contaban, de joven se disfrazó de ayuda de cámara para poder abordar a Ricardo Wagner, uno de sus ídolos, y conoció bien a Hans von Bulow y a Cosima Wagner. También trató a Roberto Browning, a D'Annunzio y a infinidad de celebridades de los siglos diecinueve y veinte. En Florencia no tenía un palacio sino un modesto chalet en la calle Alfieri, a donde, sin embargo, todos acudían gustosos y donde se encontraban personajes de todas las naciones y generaciones. Así, por ejemplo, en su casa conocí al filósofo Keyserling, y a Sazonof, ministro del zar Nicolás; al poeta Valéry y al general Cardona; al maestro Toscanini y a Esteban Zweig; además de una docena de otros más o menos ilustres, que sería fastidioso enumerar. Una vez, después de la *Historia de Cristo*, me llamó urgentemente a su domicilio y me presentó a un general inglés alto y mayestático.

—Quiero presentarte —me dijo— al sucesor de Pilato.

Efectivamente, se trataba del gobernador británico de Jerusalén.

Placci era el espíritu más liberal que yo encontré. Todas las teorías, todas las ideas y escuelas, todas las opiniones, incluso las más heterodoxas, hallaban favor a sus ojos, con tal de que estuviesen encarnadas en hombres de valía y de talento. Sabía componer con astuta finura los mosaicos humanos de sus banquetes y tés en orden a crear violentos contrastes y amistosas

armonías. Estimulaba y aguijoneaba a sus invitados con preguntas maliciosas y, cuando los adversarios estaban enzarzados, se retiraba aparte sintiéndose satisfecho de aquellos torneos de inteligencias fuera de lo corriente. Si hubiese llevado con esmero su diario, hoy poseeríamos uno de los documentos más valiosos y amenos sobre la vida y sociedad europeas de la mitad del siglo entre 1890 y 1940. Me dijo que tenía muchos apuntes, pero escritos tan a prisa que a él mismo le costaba trabajo descifrarlos. Me ofrecí varias veces a ayudarle en la redacción de sus memorias. Siempre decía que sí y luego aplazaba la obra, ya porque tenía que marchar a París o a San Petersburgo, ya porque estuviese cansado de la vida que llevaba, puesto que iba a todos los conciertos, a todas las representaciones teatrales y musicales, a todas las casas donde esperaba hallar viejos amigos o a nuevos personajes. Aunque yo, comparado con él, haya sido un sedentario, el caso era que me lo encontraba por todas partes: en el café *Cova* de Milán, en casa del conde Primoli en Roma, en la *Comédie Francaise* de París y entre las rocas de Castiglioncello. Se diría que tenía el don de la ubicuidad o las botas de siete leguas. Nunca faltaba en Bayreuth ni en Salzburgo, ni en ninguna exposición ni "sesión histórica" parlamentaria, en ningún *première* de Shaw, de Strauss, de Pirandello o de Pizetti.

Por lo demás era un hombre inteligente que hubiera tenido dotes de excelente escritor, si el demonio del trotamundos coleccionista le hubiera dejado detenerse.

En su juventud publicó novelas, más tarde un libro de viajes; escribía artículos estupendos en el *Marzocco* y en el *Corriere della Sera* con un estilo muy personal, de toscano cosmopolita y desaprensivo, que revelaban los descubrimientos que hizo en el mundo de los libros

y de los hombres. No comprendo dónde podía hallar tiempo para leer, y sin embargo, leía mucho, en cinco o seis lenguas. Tenía una posición desahogada, era muy rico, pero sabía ser generoso. Cuando le dije que estaba a punto de ir a París, conociendo mi pobreza, me mandó a casa algunas cartas de presentación, y junto con ellas algún dinero. Cuando publiqué mis primeros libros, se extrañó de que los críticos profesionales hablasen poco o nada de ellos; escribió entonces en el *Marzocco*, nada benévolo conmigo, un bonito artículo sobre *Lo trágico cotidiano* y *El Crepúsculo de los Filósofos*. Y hasta los últimos años me invitó a su casa, cuando había alguna persona que pudiese agradarme o interesarme, o venía a buscarme a mi domicilio, aun ya enfermo, para contarme las últimas novedades de las capitales.

Una de las últimas veces nos hallamos juntos en los subterráneos calientes de la gruta Giusti de Monsummano, en el llamado infierno, ambos vestidos con un camisón blanco, que en aquella cavernosa penumbra nos hacía parecer dos fantasmas fugitivos de las novelas de Radcliffe. Estábamos empapados en sudor y sofocados por aquella atmósfera cargada, pero Carlo Placci hablaba, contaba, discutía sin descanso, de aspecto semejante a uno de esos charlatanes condenados del infierno de Dante, de abundante e ingenua conversación, como si en vez de estar encima de un banco húmedo en compañía de enfermos, estuviese sentado en su luminoso salón, que daba a un hermoso jardín lleno de flores. Me contó una infinidad de anécdotas de Duse, de Lloyd George, de Blum, de Debussy, de Isadora Duncan, de Rubinstein, de Rooselvelt y me pesa de no haberlas anotado al momento. Los otros sudorosos del infierno abrían desmesuradamente los ojos al escuchar

a aquel vejete que había conocido a tantos protagonistas de la historia y de la fama.

Lo volví a ver; mas los achaques de su cansada vida y la tristeza de la desdichada guerra le habían debilitado un tanto. Pero el punto de la novedad y el calor de la amistad no le faltaron nunca. Con él desapareció uno de los más insaciables y atentos espectadores del mundo, uno de los más afortunados cazadores de hombres que tuvo Europa y acaso el mundo.

Era buen católico, creyente y practicante, y jamás dejaba la misa dominical en cualquier país que se encontrase. Si está en el cielo, como espero y creo, su felicidad se verá turbada por un solo pesar: no poder conversar con ciertos hombres antiguos y modernos de talento y fama que deben estar, desgraciadamente, en el Purgatorio o seguramente en el Infierno.

EL SACERDOTE SIN PAZ

También conocí a Ernesto Buonajuti en los tiempos del *Leonardo* durante una de mis permanencias en Roma. Le escontré por primera vez, creo, en la tertulia del padre Genocchi, sacerdote de alma generosa, uno de los fundadores y animadores de la Sociedad de San Jerónimo para la difusión del Evangelio, que reunía gustoso a su alrededor a los jóvenes, aun a aquellos que, sin ser creyentes y ortodoxos, sentían el aguijón y el tormento de los problemas del alma.

Ernesto Buonajuti se bautizó el mismo día que yo y era, por consiguiente, bastante joven, cuando le conocí; es más, creo que también era todavía alumno de Apollinare. Era delicado, delgado, pálido, inquieto pero con frecuencia, sonriente. Hablaba gustoso con segura

soltura y sus ojos oscuros brillaban a veces como los de un enamorado.

Entre nosotros dos había "afinidades electivas" y ante todo la impaciencia por salir de los caminos más que trillados de la cultura dominante y el afán constante por las nuevas corrientes del pensamiento; por las teorías de nuevo cuño que fueran o parecieran originales. Por eso seguía al *Leonardo* y nuestra campaña antipositivista y pragmatista, pero por su cuenta, desde aquellos años se acercó más a Blondel y a Tyrrell que a Bergson y a James. Era, como yo, un lector infatigable de libros de todo color y tenor, así que me encontraba a gusto en su compañía y cuantas veces iba a Roma, procuraba verlo. Teníamos discusiones interminables, pero siempre amistosas, porque me agradaba infinitamente en Buonajuti su cordial elocuencia, la desinteresada prosecución de la verdad y sobre todo su preferencia clara por todo aquello que olía a heterodoxo y acaso herético. Me parece que ya entonces había comenzado a estudiar el agnosticismo, que fué el tema de su primer libro.

No me propongo escribir la vida de Buonajuti y, por tanto, no quiero entrometerme en la historia del modernismo, uno de cuyos más belicosos protagonistas fué él. A través de Salvatore Minocchi, de Prezzolini, que fué el primero en dar a conocer en Italia la célebre *Carta a un profesor de Antropología* del padre Tyrrell y que luego escribió *El Catolicismo Rojo*, pude seguir bastante de cerca aquel último conato revolucionario dentro de la Iglesia Romana. Asimismo conocí bien a don Rómulo Murri, si bien, a pesar de sus acercamientos y entusiasmos, me gustó mucho menos que Buonajuti. Durante mi estancia en Milán, en los primeros meses de 1908, tuve encuentros diarios y conversacio-

nes con los amigos que habían fundado *El Rinnovamento*—la primera y más seria revista del modernismo italiano—entre los que descollaban Alessandro Casati y Tommaso Gallarati Scotti y, como yo escribí también algún artículo en esa revista, caí dentro de la excomunión lanzada por Pío X contra todos los que colaboraron en ella.

Pero el verdadero tribuno y *enfant terrible* del modernismo italiano fué, como todos saben, Ernesto Buonajuti. Con todo, su actuación no fué considerada, aun por sus amigos y seguidores, siempre clara y coherente. Y creo poder indicar la razón en la complejidad de su naturaleza y en la inestabilidad de su mente inquieta. En Buonajuti, como en casi todos los hombres de inteligencia apasionada, coexistían dos hombres: el cristiano, enamorado del Mensaje Evangélico, y el científico, enamorado de las investigaciones filosóficas y críticas; un cristiano que llevaba su amor a los hombres hasta desear una acción política de carácter democrático y casi socialista; un científico que llevaba la ascésis y manía corrosiva por la investigación filológica hasta el extremo de socavar los textos en los que se fundamenta la revelación y tradición del Cristianismo.

En una palabra: en él se daban conjuntamente el apóstol de los tiempos apostólicos y el profesor de universidad influído por la hipercrítica alemana. Por una parte se inclinaba hacia una especie de socialismo cristiano y por otra parte, hacia una ciencia neotestamentaria totalmente nacionalista e independiente.

Faltó a Buonajuti, a mi modo de ver, un sentido más amoroso y constante de la revolución moral anunciada por Cristo, en sentido individual y del todo espiritual. El veía en el Cristianismo una materia de estudio eru-

dito y una fuerza de renovación social, más que un camino de transformación de las almas. Y cuando fundó en 1909 *Nova et Vetera* le mandé una carta abierta, que publicó, titulada precisamente: *¿Dónde ponéis la mora?*

A esa doble evasión del catolicismo oficial se oponía un sentido de la dignidad sacerdotal y de la necesidad de la *Ecclesia*, entendida, según una de sus expresiones preferidas, como *vida asociada*. En realidad, fué todo lo contrario de un solitario; al contrario, le gustaba sentirse en medio de sus alumnos, de seguidores, de adeptos, de compañeros que le rodeaban. En su ambición por ser jefe y maestro, en su orgullo filológico e histórico, en el instinto de rebelión contra los *odres viejos* y las supersticiones, convencionalismos y petrificaciones curiales, podemos hallar los motivos de muchas de sus actitudes contradictorias.

Ernesto Buonajuti apareció en su vida y en su obra más *ondoyant et divers* de lo que entraña el sentido de la definición que Montaigne dió del hombre. Sobre ciertos problemas esenciales fué sucesiva y cautelosamente afirmativo, arriesgadamente negativo, herméticamente evasivo. Escribió las *Cartas de un sacerdote modernista* y después se retractó prestando el juramento antimodernista; unas veces expulsado y otras reconciliado; unas veces apologista y otras acusador de la Iglesia. Después de la excomunión fué incluso a hablar a iglesias protestantes, mas siempre se profesó católico y hasta el fin tuvo siempre la nostalgia de la Iglesia y de la Sociedad universal de los fieles de Cristo.

Más aún, pese a las disensiones internas y a las vicisitudes exteriores hubo en él una profunda y, por tanto, una subyacente unidad espiritual. Aun después de obligarle a dejar los hábitos sacerdotales y de

quitarle la cátedra de la Universidad de Roma, fué fiel a su vocación esencial: no trató de contraer matrimonio ni buscó aventuras, como otros sacerdotes secularizados y vivió, dignamente pobre, con su anciana madre, sin que ni siquiera sus más malignos enemigos pudiesen añadir calumnias a la persecución. Continuó trabajando con viril e infatigable valor y se resignó a vender sus queridos libros, cuando las ganancias no bastaban para satisfacer las pocas necesidades de su modesta vida.

Por esto, a pesar de todo cuanto nos había separado paulatinamente, seguí estimándole y, en 1925, durante el Año Santo, hice una tentativa para que hiciese las paces con la Iglesia. Pensé que un hombre tan ardoroso y de tantos conocimientos habría podido introducir en medio de la mediocridad de la clase eclesiástica una levadura y un fermento que habrían sido saludables para la Iglesia. La Iglesia Romana tenía y tiene necesidad de una renovación profunda, pero ésta no puede llevarse a efecto eficazmente sino permaneciendo en su seno: los disidentes, los fugitivos, los cismáticos, acaban por quedarse solos y desarmados.

Después de la *Historia de Cristo* conocí al padre Enrico Rosa, director de la *Civiltà Cattolica*, que pasaba por ser el más tenaz adversario de Buonajuti, y puesto que el padre Rosa me pareció un hombre de mucha fe y de bondad no dudosa y, sin que yo se lo pidiese, me había demostrado una afectuosa benevolencia, pensé ir a verle para ofrecerme como intermediario para el retorno de Ernesto Buonajuti a la plena comunión con la Iglesia. El padre Rosa me escuchó con su habitual benignidad y me dijo que aprobaba mi propósito; que se alegraría muchísimo de la vuelta de Buonajuti y que usaría de toda su influencia en el mundo vaticano

en su favor. "Pero—añadió—pongo una condición, que a Buonajuti no deberá parecer demasiado dura: que deje la enseñanza por lo menos durante un par de años (conservaba todavía en aquel tiempo su cátedra de Historia del Cristianismo) y que se retire durante ese tiempo a una casa religiosa de su gusto en Roma o fuera de Roma, y se comprometa a no publicar nada, ni artículos ni libros, ni con su nombre ni con su seudónimo durante esos dos años".

Desde la calle Ripetta, donde se hallaba la *Civiltà Cattolica* fuí corriendo hasta la calle Alberoni, donde desde hacía muchos años vivía Buonajuti, para darle cuenta de mi tentativa y de la embajada del padre Rosa. Le hablé largamente, aduciendo las más oportunas y acuciantes razones que se me ocurrieron con aquel calor que me inspiraba su antigua amistad y mi fe reciente. En los primeros momentos Buonajuti se mostró vacilante y perplejo, mas, al final, después de otros ataques y argumentos, se dejó convencer y me encareció que hiciese saber al padre Rosa que aceptaba su condición, aunque le pareciera muy dura.

Al día siguiente volví a la *Civiltà Cattolica* muy satisfecho por la victoria lograda. El padre Rosa se mostró contento de la promesa, mas, antes de proceder a las gestiones necesarias en las altas esferas, me dijo que deseaba un compromiso escrito por Buonajuti. Volví, pues, a la calle Alberoni, pero, antes de que pudiese comunicar a mi amigo el deseo del padre Rosa, le encontré totalmente cambiado. Me dijo en seguida que había reflexionado detenidamente sobre la proposición y que estaba arrepentido de haberla aceptado, ya que, pensándolo bien, le parecía muy grave y acaso insidiosa.

—Dos años de silencio—me dijo—son demasiado. Quieren que deje mi clase, que abandone a mis discí-

pulos. ¿Qué pensarán de mí? ¡Si por lo menos me dejasen en libertad de escribir! No escribiré nada que pueda desagradar a la Santa Sede y a sus representantes más o menos legítimos, pero no puedo interrumpir de buenas a primeras mi labor científica y menos aún mi apostolado que, aun cuando parezca peligroso a ciertos peces gordos, que quisieran transformar la Iglesia de Cristo en una fábrica de cánones, benefician a tantas almas. No quiero separarme de golpe de los amigos que han tenido fe en mí, y sobre todo no quiero renunciar a la pluma.

Permanecí toda la mañana con Buonajuti recurriendo a todos los recursos de la dialéctica y de la emoción de los afectos para convencerle de que volviese "a su primera palabra"; pero sin embargo, comprendí muy bien los motivos de su resistencia.

—Que pongan otra condición menos cruel—repetía siempre—y yo la aceptaré con toda la humildad de que soy capaz; pero someterme a aquélla es imposible. Dos años son muchos años, los italianos tienen poca memoria y mis compañeros y alumnos perderán toda esperanza en mí, me tomarán por un débil, un miedoso, acaso por un traidor, y se dispersarán. Siento en mí algo que no quiero renegar ni ahogar.

Y no hubo modo de convencerle, aunque declarase que se alegraba de mi tentativa. Esta derrota me entristeció mucho, pero no por ello abandoné la partida. El padre Rosa, desgraciadamente, se mostró también inconmovible respecto a la condición que puso desde el primer día, y de nada sirvieron mis alegatos. Había hecho cuanto estaba en mi poder para que el hijo pródigo volviese de nuevo al seno de su madre; pero todos los terneros cebados quedaron con vida.

No por ello olvidé a Ernesto Buonajuti y seguí le-

yendo sus libros, si bien no podía estar de acuerdo con muchas de sus opiniones o visiones. Me fueron particularmente útiles sus estudios sobre Gioacchino da Fiore, del que publicó también su *Tractatus super quatuor Evangelia*, todavía inédito.

Algunos años después vino a Florencia y mantuve con él una larga conversación en casa del poeta Ferdinando Tirinnanzi, del que era muy amigo y esperaba mucho de él. Tirinnanzi y yo queríamos saber, antes que nada, si su evidente afecto por *el abate calabrés Gioacchino* era únicamente histórico o también espiritual. Las respuestas de Buonajuti, como solía ocurrir, fueron vagas y ambiguas: veía en el movimiento joaquinista una tentativa de filosofía de la historia y un deseo de renovación social. La sustancia propiamente religiosa se le escapaba, o por lo menos, la consideraba pura fantasía exegética y poética.

Siempre a propósito del Tercer Reino pasamos a hablar de la Trinidad, y pregunté a Buonajuti si aceptaba punto por punto el dogma trinitario, que es el presupuesto de la profecía joaquinista. También a esta pregunta mía respondió mi viejo amigo con evasivas, diciendo que el dogma trinitario era una tardía elaboración conceptual de la teología cristiana; que no se llevó a cabo sin discordias ni polémicas, que merecerían estudiarse y tamizarse para comprender bien el alcance de las definiciones de la teología oficial.

Buonajuti había conservado la expedita y animada elocuencia de sus años mozos, pero mi amigo Tirinnanzi y yo, más poetas que profesores, nos quedamos melancólicamente decepcionados de aquella conversación, que para mí fué la última.

LOMBROSO Y LA TOSCANA

En 1905 se celebró en Roma un Congreso internacional de Psicología y fuí acompañando al excelente Ettore Regalia.

Fué la última exhibición, creo, del "positivismo científico", imperante hasta entonces. Todos los jerifaltes de la escuela estaban presentes e insolentes. Ví y oí hablar a Enrico Ferri, entonces en el apogeo de su popularidad por sus pedradas de David socialista contra el' Goliat del' militarismo. Alto, locuaz, altisonante, pasaba entre la turba de los congresistas con sus bigotes y perilla, con aires de Moisés catedrático que bajase del monte Sinaí de la humana sabiduría.

Creía haber aunado en una síntesis definitiva la tríada sacra de sus divinidades: Darwin, Marx y Lombroso, haciendo una *olla podrida* del evolucionismo, socialismo, determinismo y de la antropología criminal. El hombre desciende del mono, la historia es el resultado de factores económicos, los delincuentes son degenerados ascentrales, los genios, degenerados superiores; nadie es libre, nadie está sano, pero hay que luchar por el progreso y la libertad. Estos eran los dogmas inmutables de la religión laica de Enrico Ferri. Pero toda vez que yo había escrito sobre él en el *Regno* un artículo titulado *La pequeña ciencia de un gran demagogo*, pensé que no era cosa de abordarle.

En cambio, tuve un encuentro en los pasillos del congreso con Cesare Lombroso, fundador y pontífice de la antropología criminal. El conocía—por ser hombre de

una curiosidad vasta y variada—algunos números del *Leonardo* y del *Regno* y deseó conocerme. Era bajo y asmático, con una pancita orgullosa, los ojos un poco saltones, aunque siempre vivarachos tras los gruesos cristales. Me lanzó una mirada escudriñadora, como debía hacer cuando examinaba a algún atracador o estuprador, y luego me dijo:

—Es inútil que en Florencia intente abrirse camino a fuerza de polémicas e impertinencias. La Toscana ha dado una riquísima cosecha de talentos durante tres o cuatro siglos, pero ahora ya no puede producir hombres superiores. Cada raza es como un campo que, cuando ha fructificado demasiado, se empobrece y ya no puede dar nada más de bueno.

Me quedé admirado de tanto simplismo "científico" y le rebatí que mi campo había descansado durante un par de siglos y que ahora podría dar sorpresas. Añadí, además, que la analogía entre los terrenos de cultivo y los pueblos me parecía poco "positiva", ya que los pueblos están compuestos de seres vivos, que se renuevan en cada generación.

Mas Lombroso, que, como todos los positivistas, era más dogmático que un escolástico, no se apeó de su pesimismo.

—La Toscana está cansada—repetía—. La Toscana está agotada y ya no puede dar más de lo que ha dado hasta el siglo XVI. La hegemonía intelectual ha pasado a otras regiones, que hasta el presente fueron menos fértiles y fecundas.

Le cité entonces el ejemplo de Francia que desde el siglo XI en adelante no ha cesado jamás de producir hombres de primera categoría.

—Incluso Francia —respondió Lombroso— está en plena decadencia, como lo demuestra su literatura; tan

es así que sus últimos grandes hombres, como Napoleón, Gambetta y Zola, son de origen italiano.

—Espero—repliqué—que la Toscana desmienta su pesimismo en un futuro próximo.

—¡Imposible!—afirmó Lombroso en tono resuelto.

Llegó más gente y la discusión quedó interrumpida. Recapacitando hoy que la Toscana tenía o estaba para tener hombres como Carducci y Fattori, Mascagni y Puccini, Martini y Corradini, Soffici y Spadini, Modigliani y Viani, Benelli y Sacchetti, Giuliotti y Tozzi, Palazzeschi y Cicognani, Cecchi y Pea, me parece que la profecía de Lombroso era, por lo menos, aventurada.

EL PAGANO DE ULTRAMAR

UN día de 1903 cayó en mis manos, ya no recuerdo dónde, un volumen que llevaba sobre la cubierta amarilla el caduceo del *Mercure de France* y se titulaba *L'Ame païenne*. Leí las primeras líneas de la primera página, y pronto me agradó la franca claridad de aquella prosa. "La gente instruída y seria nos ha dado la filosofía o las filosofías. Podemos afirmar sin temor que este regalo no ha gustado. La gente ignorante y seria nos ha dado la religión, que tuvo y tiene todavía cierto éxito. Se lo merece".

Leí de un tirón las doscientas páginas de aquel libro y en él encontré pan para mis dientes y vino para mi corazón. Parecía estar escrito por un Nietzsche alegre que tuviese la agudeza de un Stendhal y el ingenio de un Chamfort.

H. B. Brewster era el nombre del autor; nombre desconocido y tampoco francés. Nadie supo decirme quién era H. B. Brewster, pero al cabo de cierto tiem-

po llegó al *Leonardo* una tarjeta de suscripción, que llevaba precisamente ese nombre: H. B. Brewster. El misterioso autor de *L'Ame païenne* vivía en Roma y habitaba en el Palacio Mattei. Le escribí y la primera vez que fuí a Roma corrí a la plaza de las Tortugas para conocerlo.

Era verano, las habitaciones estaban llenas de luz, de libros bien encuadernados y de mármoles antiguos. H. B. Brewster era un hombre de mediana edad y de mediana estatura, de aspecto muy bondadoso y de afabilidad acogedora. Hablaba en voz baja, sonreía; era el verdadero tipo, ya desaparecido, del *gentleman scholar*.

Conversamos largo rato y, pese a su discreción, logré colegir algo de su vida. Había nacido en los Estados Unidos, de una familia bastante rica para aquellos tiempos; pero la vida americana, dedicada enteramente a los negocios y a las ganancias, no estaba hecha para él. Se consolaba como podía con Emerson y Poe, mas apenas pudo disponer de sí mismo y de su dinero, se escapó a Europa. Vivió unos años en París —donde escribió en francés *L'Ame païenne*— pero también París le pareció demasiado agitado, demasiado mercantil y mecánico, demasiado moderno. Y entonces, por amor a la belleza y a la paz, había venido a ocultarse en la última capital del paganismo, no del todo vencido ni desaparecido, en aquel viejo palacio romano del XVII, entre estatuas y bustos de héroes y de dioses.

—Hoy ya — me dijo sonriendo— un pagano sólo se encuentra bien en la metrópoli del Catolicismo, donde la Iglesia no ha destruído las reliquias del paganismo, antes las ha salvado y las conserva y muestra religiosamente. El Vaticano es el último refugio del antiguo Olimpo.

Le pregunté hasta qué punto sostenía en serio en su libro la superioridad del politeismo.

—Usted habrá caído en la cuenta —respondió— de que yo me sirvo del paganismo como de un símbolo polémico. Deseo y sostengo el respeto a la variedad y diversidad de las pasiones, de las inclinaciones, de las naturalezas humanas. Toda moral y religión reconocen un ideal único, un modelo único y condena todos los demás. Yo soy un pluralista en la vida, como usted, creo también, lo es en filosofía. El Cristianismo corresponde a las virtudes de cierta clase de hombres, pero existen otras categorías de almas que tienen gustos, mitos y necesidades diferentes. El paganismo, con su ejército de divinidades rivales, reconocía y respetaba este pluralismo natural y vital y, por esto, lo defiendo y lo amo. La mayoría, sin expresarlo, está de acuerdo conmigo. Los pueblos cristianos, apenas salen de la iglesia suelen ser auténticos paganos. Yo quisiera poner otra vez de acuerdo la vida real con la teoría.

—¿Cree usted posible un retorno al paganismo?

—No soy tan *primaire*, como dirían mis amigos franceses. Ya se han hecho tentativas en tal sentido, pero fueron, como el mío, conatos de intelectuales. Usted recordará las acusaciones de Pomponio Leto a la Academia Romana. Pero quizá ignore la extraña figura de aquel Gabriel Auclerc que, en 1799, al final de la Revolución, publicó un libro, *Treicie*, en el que proponía a los franceses la restauración del culto politeísta. Y hace pocos años murió Louis Ménard, autor de *Rêveries d'un païen mystique*, en el que, sin caer en las ridiculeces de Auclerc, demostró con nostalgia de poeta y de humanista, qué riqueza de pensamiento y de religiosidad puede hallarse aún en la religión de los antiguos.

—¿Y qué aceptación ha tenido su libro?

—En Francia casi nadie lo ha notado. Los pocos amigos americanos, a quienes se lo envié, me han dicho que el aire de Europa me ha vuelto loco.

Y desde luego en ningún libro he podido encontrar noticias de H. B. Brewster, ni siquiera en las historias de la literatura americana. Y este silencio es el que me ha impulsado a recordar brevemente la extravagante figura de este último devoto del Paganismo, de este americano que escribió en francés y vivió en Italia soñando con Grecia.

TEODORO DÄUBLER

ENTRE los escritores que conocí en el café *Giubbe Rosse* uno de los más estimados era Teodoro Däubler. Tendría, cuando le conocí, alrededor de treinta años, aunque aparentaba más, porque ya iba teniendo el vientre y las espaldas prominentes y redondos, y llevaba una hermosa barba en la que serpenteaba ya algún hilo plateado. Pese a su mole y a aquella respetable barba, Däubler era uno de esos que inspiran pronto confianza, porque sus acciones y su sonrisa tenían algo de infantil y una luz de bondad natural brillaba en sus ojos penetrantes y claros. Reía gustoso, con ganas, y aquella risa suya, que hacía oscilar la naciente barriga mal sujeta por el cinturón, revelaba la generosa candidez de su alma de poeta que sabía saborear el jugo mejor de la vida, incluso en la pobreza.

Däubler inspiraba confianza en la vida y en la poesía; tan es así que encontró en Alemania una asociación de amigos y admiradores, quienes no sólo se ha-

bían comprometido a publicar a sus expensas el gran poema que Däubler estaba componiendo, sino que, además, le enviaban una pequeña pensión, para que el poeta pudiese vivir donde más le gustase: en Florencia, Venecia o París. Digo esto en honor de los alemanes de la pasada época de los Guillermos, y de su amor a la poesía, ya que el milagro se ha hecho mayor milagro aún, si se tiene en cuenta que Däubler por aquel tiempo era completamente desconocido y que pasó muchos años vagabundeando por Europa antes de entregar su poema *Das Nordlicht*.

Däubler era y quería ser poeta alemán, aunque había nacido en una ciudad italiana, Trieste, y creo que de madre veneciana. Hablaba con igual facilidad y seguridad el italiano, el francés y el alemán y creo que en él se daba una afortunada armonía del genio germánico y del latino. Le gustaban las síntesis metafísicas y místicas, gratas a los alemanes, pero sentía y gozaba como un italiano la belleza de la tierra y del arte italianos. Más aún, él fué el que me hizo descubrir por primera vez la profunda originalidad de la arquitectura romana en la época imperial.

Däubler se sentía tan italiano como alemán y a una de las personas que recordaba con mayor agrado era a su tío Brigantino, que hizo fortuna en Rusia, y una vez por semana abría su casa de San Petersburgo a quien se presentase y daba de comer a todos como en la mesa franca de un rey antiguo. Solía hablar con acentos un tanto nostálgicos de esta hospitalidad del tío Brigantino, ya que Däubler, a pesar de la pensión de sus admiradores, tenía siempre enorme apetito y no lograba hartar aquel corpachón mal vestido. En el café no resistía la tentación de pedir pasteles de diez céntimos, que engullía enteros, glotonamente, por lo

cual muchas veces se le quedaban pegadas en la barba gotas de crema y migajas. Los amigos le invitaban con frecuencia y yo también le llevé alguna vez a mi pobre mesa de la calle de Bardi. En cierta ocasión, no sabiendo cómo demostrarme su gratitud gástrica, se presentó con un ramillete de violetas, pero era tan pobre y marchito que no se atrevió a ofrecérselo a mi mujer y lo dejó tímidamente, yo diría a hurtadillas, sobre el mantel.

El último día del año 1906 nos encontramos por casualidad en París; con nosotros estaban Soffici, el escritor *déraciné* Ricciotto Canudo, de Bari, a quien los parisinos habían apellidado jocosamente *le Barisien*, y el pintor Humberto Brunelleschi; Däubler nos propuso en seguida que celebrásemos todos juntos el *réveillon* de fin de año, mas después de explorar nuestros mal provistos bolsillos, tuvimos que reconocer que era imposible celebrar una verdadera cena en una verdadera fonda y convinimos en refugiarnos en un modesto café del Boulevard Saint Germain, donde festejamos el año nuevo con dos rebanadas de pan, un triangulito de *camembert* y un vaso de cerveza, pero Däubler se sentía feliz lo mismo; era el más alegre de todos y nos explicó el descubrimiento de la sílaba primordial *Ra* o *Re* según los pueblos; del *Ra* egipcio al *Ra-ma* védico; del *Ares* griego al *Remus* latino, que reaparecía en *Zaratustra* persa, en el *Abiramu* caldeo, en el *ragnar* escandinavo y así sucesivamente. Däubler estaba tan contento de su descubrimiento, de nuestra compañía y de la cerveza, que reía como un niño; reía con las manos delicadas que gesticulaban entre el humo de los cigarrillos "Caporal". Parecía uno de aquellos faunos de Boecklin, de barba pelirroja y de mirada codiciosa, que se hubiera vestido de pai-

sano para dar rienda suelta a su alegría en un café de París.

En Florencia el poeta amigo vivía en un cuartucho polvoriento, en un viejo edificio de Borgo de los Albizi y yo iba con frecuencia a verle, pues, con el fin de que ganase algo, le había dado para que tradujese *La Anatomía de los Angeles* de Fechner. Me lo encontré frente a una mesa coja llena de papeles escritos, de borradores y de fragmentos de su famoso poema, que no terminaba nunca. Las malas lenguas decían que imitaba a Penélope, haciendo y deshaciendo adrede para que durase la pensión de sus amigos los alemanes, pero eran perfidias de almas pérfidas. Däubler era un auténtico poeta, incapaz de tan mezquinas maniobras; era un artista refinado, de conciencia recta, y el asunto de su obra era filosófico y religioso, además de poético, lo cual es particularmente difícil. El magno poema salió a la luz en 1910 y al año siguiente mi amigo Piero Marucchi escribió sobre él extensamente en el *Anima*, que dirigíamos Amendola y yo.

Däubler desapareció de nuestra escena durante muchos años y sólo después de la guerra volvió a Florencia y vino a saludarme y a traerme su *Himno a Italia*. Volvía de Grecia a donde había ido a recobrar la salud bajo el cielo ático. Estaba enfermo del pecho, flaco y envejecido. Pero seguía siendo el afectuoso y sonriente niño de años anteriores. Y ya que la conversación recayó sobre la mayor dulzura de la lengua italiana respecto a todas las demás, quiso probarme que no era verdad. Cogió de entre mis libros el *Fausto* y comenzó a leer los versos goethianos con su cálida y pastosa voz, con un acento tan dulce que jamás oí de labios alemanes. Parecía otra lengua, la lengua de una raza divina, muy diferente a la jerigonza que usaban los

alemanes en sus conversaciones en *Giubbe Rosse*. Däubler se exaltaba con aquella lectura, la acompañaba con su hermosa sonrisa y me encantó tanto que no sabré decir cuánto tiempo duró. No comprendía bien todo lo que el poeta leía con tan melodiosa dedicación, mas estoy seguro de que jamás comprendí y disfruté de Goethe como aquel día.

Y este fué el último recuerdo de Teodoro Däubler, porque nunca más le volví a ver. Murió algunos años después, cuando ya era considerado como uno de los mejores poetas que entonces tenía Alemania.

WILLIAM JAMES

El hombre que más que ningún otro me atrajo a Roma a aquel Congreso de Psicología, de que he hablado a propósito de Lombroso, fué William James. Había leído algunas de sus obras, traducidas al italiano por mi amigo G. C. Ferrari, y otras en inglés; había hablado de él en el *Leonardo* y le admiraba como a uno de los más valientes teóricos del Pragmatismo, que había surgido en América con la célebre máxima de C. S. Peirce: *How make our ideas clear*.

Me presenté yo mismo a William James, en una de las salas del congreso, y él, que ya me conocía de nombre, me acogió con alegre efusión y me dijo que fuese al día siguiente a su residencia, donde podríamos departir con tranquilidad. Vivía, creo, en el *Hôtel de Russie* y, cuando pregunté por él al conserje, me dijo que subiese en seguida a su habitación. Lo encontré, medio desnudo, lavándose la cara ruidosamente. Me quedé un poco asombrado de que un hombre ya tan

célebre no me hubiese hecho esperar para presentarse con aspecto más digno. Un profesor italiano célebre, estoy seguro de que no habría recibido a nadie en momento semejante. Pero James, sonriendo, me sacó pronto de aquel apuro.

—No se extrañe —me dijo— le considero como a un amigo y para los amigos no hay necesidad de *mise en scène*. Por lo demás, nosotros los americanos estamos menos aferrados que los europeos a las formas ceremoniosas.

Y mientras se enjugaba la cara empezó a hablarme de nuestro pragmatismo predilecto. Me contó sus entrevistas con Bergson y con F. C. S. Schiller, en Oxford, y me dijo que las teorías pragmatistas estaban haciendo grandes conquistas, especialmente entre la juventud americana.

—Hasta hace pocos años —añadió riéndose—, cuando en América e Inglaterra se pronunciaba el nombre de James entendían sin más se trataba de mi otro hermano Henry, el novelista. Hoy, por el contrario, el pobre William está a punto de tomarle la delantera; mi mujer decía que yo al lado de mi hermano era como un cero a la izquierda, pero últimamente ha tenido que reconocer que también yo me he convertido en una cifra.

Estas palabras podían hacer pensar en una vanidad pueril, que nos sorprenderían en un gran pensador como James, pero quien haya observado, como lo hice yo en aquel momento, el brillo malicioso de sus ojos y el tono burlón de sus alegres carcajadas, se habría percatado de que se trataba de un sencillo juego de *humour* y que se divertía bromeando de sí mismo.

Aquella fué una de las más alegres mañanas de mi juventud. Cuando James se vistió, salimos a la calle, a

la tibia luz de un hermoso sol de septiembre pude observarle mejor. No era alto, pero daba la impresión de un hombre fuerte, bien proporcionado, de naturaleza alegre y generosa, dichoso de sentir y de vivir. Tendría entonces unos sesenta años, una hermosa cabeza luminosa y cuadrada, ojos apacibles y afectuosos, una corta barba que ya empezaba a platear.

Seguimos hablando de sus ideas, especialmente de *Will to believe*, que acariciaba sobre todo mi esperanza de realizar el sueño novalisiano de una filosofía mágica que debería transformar al mundo con el fin de conocerlo mejor. Estas fantasías juveniles no escandalizaron en absoluto a William James; si su hermano era novelista, él era también, sin duda, un poco poeta, como deberían serlo todos los filósofos, como en realidad lo fueron los filósofos más divinamente filósofos.

—Nosotros poseemos —decía— una de las más poderosas formas de la energía: la energía espiritual, y apenas si ahora empezamos a conocerla; cuando sepamos usarla con hábil y clara conciencia, el mundo será transformado, dominado, sublimado. Las más maravillosas conquistas del espíritu humano tienen que lograrse todavía y nosotros somos los precursores de esta transformación de la vida humana. La fe crea la propia verdad, mientras que la red de conceptos abstractos sólo es capaz de clasificar y ni siquiera puede abarcar toda la realidad.

Yo le replicaba, recargando las tintas, afirmando la total definición del hombre y William James escuchaba paternalmente aquellas petulantes utopías sonriendo tras de su barba rubia y blanca.

Nos separamos como dos viejos amigos y me invitó calurosamente a visitarle en la Universidad de Harvard, donde me presentaría a sus amigos, entre los que citó

a Jorge Santayana. Aunque entonces los viajes a América eran fáciles y poco costosos, nunca pude atravesar el Atlántico. Pero desde mucho tiempo William James siguió estimándome y escribiéndome: sus cartas, dirigidas a mí, figuran en el volumen de su epistolario. Me enviaba sus obras y a sus discípulos que pasaban por Florencia. Traduje al italiano algunos de sus ensayos y él escribió extensamente sobre mi obra el *Crepúculo de los Filósofos* en el *Journal of Philosophy*.

No le he vuelto a ver más, pero su pensativa y jovial figura de pensador intrépido, que nada tenía de convencional ni de doctoral, ha quedado grabada para siempre en mi memoria y a él debo aquel libre respeto por la experiencia religiosa que, al fin, dió sus frutos.

Añadiré, al propósito de James, que mi *curriculum* intelectual estuvo siempre ligado de alguna manera a la patria de mi gran amigo. El primer poeta que iluminó mi adolescencia fué Walt Whitman; el primer narrador que tomé como modelo en mis antiguos cuentos fantásticos fué Edgar Poe; mi primer escrito de historia de la filosofía fué publicado en el *The Monist* de Chicago; entre los maestros de mi juventud investigadora se contaron Emerson y William James y algunas de mis obras han tenido más éxito en Estados Unidos que en Italia.

LOS POETAS DEL CAFE ARAGNO

DURANTE los últimos años del *Leonardo* iba con frecuencia a Roma y me detenía cada vez dos o tres semanas para conocer y volver a ver a hombres de quienes fuí siempre voraz, como de los libros.

Iba todos los días, e incluso más de una vez al día,

al café Aragno, que tenía entonces fama de ser el lugar de cita de todos los hombres de talento que vivían o llegaban a Roma. El café Aragno tenía entonces tres salas, dos espaciosas y otra reducida. En las grandes estaban los políticos, profesores y, en general, las personas serias y graves; en la pequeña, llamada "el tercer saloncito", los literatos y artistas, en su mayoría jóvenes. Yo, curioso por toda clase de gente, amante de la filosofía y de las ciencias así como de la poesía y del arte, quizá fuese el único que permanecía tanto en la primera como en la tercera sala del café. Y no tengo por qué avergonzarme de semejante ubicuidad ni tengo motivo para arrepentirme.

Por mediación de Vailati —que entonces residía en Roma, ya que formaba parte de una comisión para la reforma de la enseñanza media— pude tratar a alguno de los más acreditados sacerdotes de la alta cultura de aquel principio de siglo. Así conocí a Volterra y a Enriques, ambos judíos y matemáticos insignes. Enriques no era un matemático puro, sino un apasionado por la filosofía, especialmente por la filosofía de la ciencia. Como muchos judíos, poseía una cultura cosmopolita y una penetración poco común de pensador, que le impulsaba a buscar sistematizaciones más avanzadas del pensamiento científico.

Conocí también a Alessandro D'Ancona, judío igualmente, decano de crítica histórica de la literatura italiana y senador del reino. Poseía todavía, a pesar de su edad, una viveza de expresión y una excelente memoria. Por aquel tiempo se ocupaba de hombres del Resurgimiento, algunos de los cuales pudo conocer antes de 1859 en Turín y manifestaba sentimientos muy italianos, más vivos cuando trataba del pasado que cuando se hablaba del presente.

Intenté que hablase de Carducci, del que fué amigo en su juventud, pero lo hallé un tanto reacio y reticente. Tuve la impresión de que sentía una envidia inconsciente por la fama cada vez más indiscutible del poeta. Me elogió sobre todo la edición de las rimas del Poliziano, de su amigo Giosué.

Algunas veces venía también al Aragno el filósofo Bernardino Varisco, larguirucho, malhumorado, y ya medio ciego. Hacía poco que había publicado sus *Máximos Problemas* y se lamentaba de que los leían pocos y entre éstos muy pocos consiguieron captar su verdadero pensamiento.

—La filosofía—decía—ya no va pobre y desnuda sino que está vestida de libreas extranjeras y de togas académicas; es pobre en originalidad y profundidad pero no en prebendas y honores. Ya no se cultiva ni se estima el pensamiento puro. A un raciocinio exacto y riguroso se le llama pedantería; a una idea que surge sobre los lugares comunes se la desecha como fantasía metafísica.

También vi con frecuencia a Giacomo Barzellotti, un toscano de la Amiata, que enseñaba historia de la filosofía en la Universidad romana. Había escrito un libro sobre Hipólito Taine, que fué traducido incluso al francés, pero sobre todo era célebre por su obra sobre David Lazzaretti, el profeta de Arcidosso, muerto por los carabineros en 1878, cabecilla del último movimiento popular que conoció Italia. Barzellotti era un hombrecillo enjuto y avispado, un poquillo vanidoso, un poquillo envidioso, un poquillo ambicioso, pero, en el fondo, de una inteligencia abierta y cordial. Se distinguía entre todos los pensadores de su tiempo, porque sabía escribir en una excelente y animada prosa y esto se le echaba en cara a él, toscano, como un de-

fecto, por los envidiosos que escribían en la acostumbrada jerga espinosa y retorcida. Pascoli escogió algunas páginas de su libro sobre Lazzaretti para una antología, y lo merecían. No era un filósofo propiamente dicho y se había quedado a medio camino entre un criticismo casi positivista y un positivismo casi kantiano. Solía decir que desde Fichte el idealismo alemán no era más que la escolástica del kantismo y, por eso, no podía soportar los neohegelianos que por aquellos años iniciaban en Italia la restauración del idealismo dialéctico. Barzellotti era, con todo, un elegante difusor de ideas y de su formación florentina conservaba el respeto a la tradición humanística.

Barzellotti me presentó a su gran amigo Mario Pratesi, también éste toscano, honrado y delicado novelista, hoy olvidado injustamente.

Fuí una vez a verle a su casa solariega en la calle de San Leonardo y me plugo, aunque era casi en todo opuesto a mí. Era un poco corpulento, con sus ojos azules detrás de las brillantes gafas, una ancha cara colorada enmarcada en sus blancos cabellos, de afabilidad natural campesina; uno de los más queridos y brillantes hombres que conocí. Toda su persona respiraba candor y alegría y su habla de puro toscano sin trampa ni cartón hacía pensar en un caballero campesino, cultivador de las buenas letras, amante de la salud moral y de la serenidad espiritual.

Circulaba por las grandes salas del Aragno, aunque era poeta, el viejo conde Domenico Gnoli, bibliotecario de la biblioteca Víctor Manuel, último superviviente de aquella "Escuela Romana", que floreció en tiempos de Pío IX. Gnoli, en realidad, parecía un hombre de otra época, alto, robusto, con bigotes y patillas muy blancas, vestido con mucha dignidad, a la antigua, de as-

pecto y trato aristocráticos y maliciosamente bonachón: verdadera figura del señor literato de la Roma papal. Con todo y eso precisamente en aquel tiempo había publicado, bajo el seudónimo de Giulio Orsini un librito de versos que a muchos, e incluso a mí, nos parecieron una tentativa renovadora de un joven:

Yace anémica la musa
en la vacija de las viejas rimas.
Jóvenes, abrid las ventanas,
renovad el aire enrarecido.

El viejo conde en connivencia con un amigo suyo, periodista, logró realizar una de las más ruidosas bromas o burlas literarias de principios de este siglo; y no fué sólo ficción, porque algunas poesías líricas tenían, realmente, aires de juventud e imágenes originales. Gnoli me profesaba gran simpatía y encabezó una de sus poesías con un fragmento de un cuento mío fantástico. Recordaba muchas cosas de la vieja Roma y siendo todavía niño había visto a Mazzini, en 1849, subir al Campidoglio y pasar bajo la estatua de Marco Aurelio. Mas aquel hombrecillo pálido, vestido de negro—decía Gnoli—, habría tenido que recorrer un camino demasiado largo para volver a encontrar la República Romana. Mazzini era un romántico sincero, un gran místico, un auténtico apóstol, un conspirador excelente, mas no poseía ninguna de las cualidades que se requieren para poder regir los Estados.

Venía también de vez en cuando al Aragno el poeta Adolfo de Bosis, director del bellísimo *Convito* que yo ya conocía por una excelente traducción de los *Andrajos* de Shelley. De Bosis pasaba por ser uno de los poetas más ricos de Italia, no ya porque su poesía, entre she-

lleyana y whitmaiana, le hubiese hecho ganar un céntimo, sino porque, único sabio entre los marquesanos, había conseguido ser un pez gordo en una fábrica de carburo de calcio. Poseía una villa cerca de Ancona, una mujer inglesa, muchos hijos e imprimía sus obras en un papel magnífico en octavo. Era hombre generoso, reflexivo, cortés, estimado por D'Annunzio y Pascoli, amigo de los artistas y de los jóvenes, buen humanista y humanitario.

En el tercer saloncito, en cambio, estaban los poetas jóvenes; desde luego, jóvenes en años, pero no siempre de espíritu. Sólo recuerdo a cuatro de ellos, muy amigos entre sí y que fueron algunos de los fundadores de la "poesía crepuscular". El más estimado era Sergio Corazzini, ya medio tuberculoso, tímido y muy sensible, que escribía poesías en las que expresaba una tristeza desesperada a la vez que una sensillez infantil, en total contraste con la poesía pomposa y pretenciosa de los caduccianos y dannunzianos. Era una voz queda, triste, patética, a veces casi infantil, pero que brotaba espontáneamente del corazón de aquel muchacho tan joven que se sabía condenado a una muerte inminente. Le acompañé algunas veces en sus paseos, casi siempre por el Aventino, ya que a Sergio le gustaban aquellos caminos, todavía campestres y solitarios y las iglesias monásticas olvidadas que se libraron de las restauraciones del barroco y del XVII.

Me recitaba en voz baja sus nuevas poesías y yo me ingeniaba para consolarle de aquella desesperación suya de moribundo visionario. Sin embargo, no era quejumbrón ni llorón y sólo a través de sus versos, aun los más serenos, se adivinaba lo que debía sufrir a pesar de su pundonorosa resignación. A veces, al lado suyo, he pensado en los últimos días de Keats.

Amigo suyo, fidelísimo, era Alberto Tarchiani, ahora embajador en Wáshington, el cual, en 1909, con otros amigos, preparó la primera antología póstuma de las poesías líricas de Corazzini. Otro gran amigo suyo fué Fausto María Martini, que también escribía versos de análoga inspiración. F. M. Martini fué un valiente oficial de la guerra de 1915 y fué herido gravemente en la cabeza; una vez curado, escribió novelas y comedias, que tuvieron mucha aceptación en la postguerra y murió repentinamente en vísperas de ser nombrado académico de la Academia de Italia.

El más extraño de los cuatro poetas del tercer saloncito era Donatello Zarlatti, célebre por algunos de sus sonetos, nada "crepusculares" sino sonoros y eruditos, algo extravagantes y herméticos, en los que chocaban en un contraste intencionado vocablos insólitos, que teñían a la fuerza de la expresión y a una musicalidad entre lo mágico y lo bárbaro. Era un hombre maniático y orgulloso, creo, pero había quien esperaba de él, pasada la efervescente prepotencia de la juventud, auténtica y vigorosa poesía. Pero, algún tiempo después, se volvió loco y fué recluído en un manicomio. Sergio Corazzini murió consumido por la tuberculosis en las costas del mar Tirreno, a la edad de sólo veinte años; F. M. Martini partió más tarde para América con Alberto Tarchiani y de esta melancólica manera se dispersó la peña de los poetas del Aragno.

EL MARQUES DE RUDINI

UN día de 1905 (o 1906) encontré en Roma a un amigo medio artista y medio periodista, que poco antes había dibujado a carboncillo un retrato mío para el *Avanti della Domenica* y se llamaba Memmo Genua. Empezamos a charlar, mas, como hacía mucho calor, me invitó a que le acompañase al estudio de su padre, que era escultor.

A mí, los estudios de escultura con todos esos yesos y mármoles blancos alineados o esparcidos por doquier, me han dado siempre una impresión fúnebre y molesta. Pero no quise decírselo al amable amigo y le seguí al taller de su padre. Genua padre era precisamente uno de los escultores, bastante numerosos, que hacían bustos para las capillas de los cementerios, para los pasillos de Montecitorio y los paseos del Pincio.

En el estudio nos esperaba una sorpresa. El escultor no se hallaba solo sino que estaba modelando justamente uno de esos bustos dignos y oficiales, a que me he referido, ante un señor anciano que estaba echado más que sentado en un viejo sillón. Genua me presentó: era nada menos que el marqués Antonio Starrabba de Rudini, ex presidente del Consejo de Ministros y que representó un papel bastante importante en la política de la época de Humberto.

El viejo y cansado señor tenía una cabeza grande y una barba todavía poblada, en la que el pelo rojizo iba desapareciendo y predominaba el plateado, le cubría el rostro en gran parte. Parecía amodorrado, ya fuese porque le abrumase el calor, ya porque estuviese hastiado

de la inmovilidad de la postura. Mas yo no tuve compasión. Muy excitado todavía con mis sueños juveniles africanos, no quise desaprovechar la ocasión de decir cuatro cosas a uno de los más célebres responsables de nuestras renuncias en Abisinia.

Y con una desfachatez, que hasta mí mismo me maravilló después, empecé a hablar al pobre Rudini, hundido en el sillón.

—Tengo mucho gusto en conocer—comencé—a un siciliano que tuvo el arrojo de reprimir, en 1864, con energía, los movimientos separatistas sicilianos, cuando era alcalde de Palermo, acallando el amor a la patria chica. Pero no puedo perdonarle, Excelencia, lo que hizo en 1896, después de la desgraciada batalla de Abba Carima, cuando, acaso resentido contra su predecesor y rival Crispi, o acaso por miedo exagerado a las izquierdas, dió usted orden a nuestro ejército colonial de que se replegase hacia la costa y que abandonase el territorio hasta Cassala, conquistada por nuestras tropas y que pudo ser cabeza de puente de otras conquistas. ¿Sabe, Excelencia, que aquella renuncia fué un cruel dolor y una profunda humillación para muchos italianos, especialmente para nosotros, los jóvenes?

El marqués de Rudini me escuchaba en silencio, sin dar señales del efecto que deberían provocar mis temerarias palabras. Abrió un poco más sus ojos claros que antes tenía casi cerrados y me miró con curiosidad, más que con enojo, como si mis palabras se refiriesen a otro y no a él. Los dos espectadores, padre e hijo, callaban, pero leía en sus semblantes su desaprobación por mi intempestiva salida.

El marqués de Rudini se acarició la barba con mano tranquila y luego comenzó a hablar lentamente.

—Usted es joven—dijo—y, como todos los jóvenes,

juzga muy precipitadamente los hechos de una historia demasiado reciente y nada sencilla. Comprendo sus sentimientos patrióticos, siempre laudables cuando son sinceros, pero usted debería tener presente las condiciones reales del país en 1896. El pueblo, especialmente en la alta Italia, se oponía resueltamente a las aventuras africanas; la derrota de Adua, provocada por la imprudencia de Crispi y la irreflexión de Baratieri, había desmoralizado al ejército; los generales estaban muy preocupados por las dificultades de una guerra en país salvaje y hostil a nosotros; la situación del presupuesto era muy precaria y no permitía afrontar a la ligera una empresa que hubiera sido extraordinariamente costosa; el mismo Rey, que en un principio se dejó seducir por el entusiasmo de Crispi, se mostró vacilante, desconfiado, inclinado a buscar un desenlace que calmase a la nación tan agitada. Recuerde que las mujeres se tendían sobre las vías del ferrocarril para que no saliesen los trenes de refuerzos y amenazaban más graves desórdenes.

Añada a esto las complicaciones internacionales: Francia y Rusia nos hacían mil desprecios y creaban dificultades; la misma Inglaterra, que en otro tiempo nos había animado, se mostró contraria a una expansión nuestra en Abisinia.

Ante tal estado de cosas, la decisión más acertada me pareció la que hice prevalecer, aun con gran pesar mío. Porque yo soy siciliano y hubiera querido ocupar las tierras del Africa del Norte, pero la ingenuidad de Cairoli en 1881 nos hizo perder para siempre Túnez y yo jamás he creído en la célebre frase, según la cual, las llaves del Mediterráneo estaban en el Mar Rojo.

Confieso que las disculpas del marqués de Rudini no me parecieron del todo necias e infundadas, pero no quise darme por vencido.

Recordé el heroísmo de nuestros soldados, la vergüenza de nuestros prisioneros caídos en manos de Menelik; nuestra humillación de nación europea, que había retrocedido ante la jactancia de un país bárbaro. El marqués me escuchó sin pestañear y, finalmente, añadió:

—Son problemas todavía candentes y no toca resolverlos a los contemporáneos. Estoy seguro de haber cumplido con mi deber y, si tuve o no razón, la historia lo decidirá.

Minutos después me despedí y, al bajar las escaleras, sentí un impulso tardío de respeto hacia aquel viejo estadista, cansado y soñoliento, cerca ya del olvido y de la muerte, que había resistido con tan noble calma mis furias de acusador.

GIOVANNI AMENDOLA

ENTRE las cartas de jóvenes que me llegaban de varias partes de Italia, como director del *Leonardo*, se destacaban de las demás, por agudeza, madurez y juicio, las firmadas por Giovanni Amendola, que venían de Roma. Ese nombre era entonces del todo desconocido. Respondí a aquellas cartas y publiqué además en mi revista un artículo del escritor desconocido.

En aquel tiempo, aprovechando los billetes reducidos que costaban pocas liras, solía ir a Roma a menudo y quise conocer personalmente a Giovanni Amendola. Me citó en el museo de las Termas, donde estaba empleado su padre y donde también él había conseguido un modesto puesto. Le esperé en el amplísimo claustro miguelangelesco—era una resplandeciente mañana de verano romano—y vi venir a mi encuentro a un hermo-

so joven moreno, alto y apuesto, de ojos negros y penetrantes con una cara que me recordó de pronto ciertos perfiles helenísticos de Alejandro Magno. Era un excelente ejemplar de esa Campanía que había dado filósofos a Grecia y soldados a Roma.

Empezamos en seguida a charlar de mil cosas; salimos juntos por las calles de Roma y, como sucede entre jóvenes, cuando nos separamos nos sentimos ya amigos. Lo volví a ver más veces y cada vez creció mi admiración por su talento despierto y su cultura nada común. No estaba contento con aquella mísera vida de empleado a la que le obligaba la pobreza de su familia y en 1910 aceptó gustoso venir a Florencia como director de la Biblioteca Teosófica de la plaza de Donatello, a condición de que cambiase de nombre y de orientación y se llamase, como así fué, Biblioteca Filosófica. En tiempos había sido teósofo y, es más, su belleza un poco oriental y la melancólica majestad de su carácter habían hecho imaginar a ciertas señoras teósofas que sería la reencarnación de no sé qué dios o profeta indio; mas pronto había abandonado las logias y doctrinas teosóficas y se había consagrado al estudio de la filosofía moderna.

Un día de aquel año de 1910 le vi entrar en mi casa de la calle de Bardi con un niño de dos o tres años, Jorgito, que apenas andaba, que confió a mi mujer, pues la suya no llegaría hasta el día siguiente con una niña, Ada, mucho más pequeña todavía. Amendola se había casado con una rusa, Eva Kühn, mujer de espíritu apasionado, muy culta, que había escrito o estaba escribiendo un trabajo bastante original sobre el *Optimismo de Schopenhauer*. Ella, como yo, sentía gran admiración por las obras de Dostoyewski y más tarde publiqué en la *Cultura dell'Anima*, dirigida por mí, una

antología suya de pensamientos sacados de novelas y cartas del gran genio ruso.

Amendola tomó posesión en la plaza Donatello de la Biblioteca Filosófica que bajo su impulso adquirió una fisonomía y actividad totalmente distintas. Pronto se hizo amigo de mis amigos y empezó a colaborar también en la *Voce* en la que apareció, entre otras cosas, un valiente escrito suyo sobre el Evangelio que titulaba *El libro que no se lee*, que me causó mucha impresión. Más tarde publicó en los *Quaderni della Voce* su libro sobre Maine de Byran y en el periódico artículos sobre la historia italiana moderna. De aquel tiempo es también, si no me equivoco, su obra maestra filosófica *La voluntad es el bien* que fué impreso en Roma por Guglielmo Quadrotta.

Nos veíamos casi todos los días en la Biblioteca o en el café y por las noches solía ir a su casa, al pisito que tenía alquilado en la calle Scialoja, y el austero joven filósofo no se desdeñaba de jugar conmigo y los demás amigos largas partidas a la Malilla.

En su domicilio me fijé en un hermoso grabado colgado de una pared de su despacho, reproducción de un célebre cuadro de Gustavo Moreau, que representaba un Napoleón Bonaparte joven y pensativo, que miraba con ojos resplandecientes su destino. Aquel grabado y ciertos artículos de mi amigo me hicieron pensar que ya entonces tenía secretas ambiciones políticas, tal vez cesarianas, y observé que, efectivamente, tenía en sus facciones algún rasgo napoleónico, especialmente en la boca, y en sus modales cordiales a la vez que imperiosos.

Se distinguía de todos nosotros, artistas o Don Juanes del pensamiento, por una profunda seriedad moral, que se reflejaba en su severa fisonomía de investi-

gador de lo absoluto, en el arco de sus espesas cejas negras, en la desdeñosa expresión de sus labios y en la seguridad dogmática de sus palabras. Se notaba que era un hombre que seguía su propia línea; que tenía una idea precisa de la vida, de su vida y de su camino. Habitualmente estaba un poco triste y meditabundo, mas cuando reía, su risa era la de un niño alegre; le brotaba del corazón y no era solamente movimiento de los labios. Quería mucho a sus hijos y a veces, por amor a su mujer, se avenía a hacer de niñero.

La familia vivía pobremente; el sueldo de la Biblioteca Filosófica era exiguo—no creo que sobrepasase las cien liras mensuales—y Amendola procuraba ganar algo más escribiendo en periódicos y revistas. Hice que le admitiesen algunas de sus prosas fantásticas en la *Riviera Ligure* la revista de Oneglia, fundada y dirigida por el poeta y filósofo Mario Novaro, pero no quiso, acaso por pudor filosófico, firmarlo con su nombre y se publicaron con el seudónimo byroniano de *Manfredo.*

Amaba el arte y la poesía, pero su pasión dominante entonces era la filosofía y, aunque no estábamos de acuerdo en todo, en 1911 decidimos fundar juntos una revista de filosofía, que se llamó *L'Anima*, y sólo tuvo un año de vida.

Salía en cuadernos mensuales en hermoso papel satinado, sin cubierta, y Amendola publicó en ella algunos ensayos que revelaban su reflexiva audacia especulativa y su profunda moralidad espiritual. Pero la política le atraía cada vez más y algún tiempo después volvió a Roma para formar parte de la redacción romana del *Corriere della Sera.*

Durante la primera guerra mundial, Giovanni Amendola, en viaje de permiso, se detuvo en Florencia para

saludar a los amigos y vino a verme a mi domicilio, en la calle Coletta, de uniforme de capitán de artillería. Me contó muchas cosas de la vida en el frente y se mostró seguro de nuestra victoria, pese a las terribles dificultades de la guerra en el Carso y de las deficiencias de algunos generales.

De mis relaciones con Amendola después de la guerra hablaré en la segunda parte de este libro. Tengo de él cartas magníficas, que merecían ser publicadas y que son documentos, tan queridos para mí, de una amistad entre las más memorables de cuantas consolaron mi vida.

DAVID EDSTRÖM

UNO de los más chiflados de la tribu de artistas extravagantes acampada en Florencia a principios de siglo, tanto como De Groux, era David Edström, escultor sueco. Tenía su estudio en la calle de Mannelli, encima del Oscar Ghiglia, de quien se hizo amigo, y así le conocí yo también.

Edström era grueso, fornido, gallardo, verdadero descendiente de los vikingos navegantes y piratas. Bajo dos sedosas sobrecejas brillaban dos ojos azul-grises, que a veces se suavizaban en un arrobamiento infantil y otras se nublaban de cólera bestial. Tenía consigo una mujer de su país, no hermosa pero dócil y callada, que adoraba a su marido hasta el martirio *inclusive*.

Cuando Edström se embriagaba o no conseguía modelar una cabeza a su gusto o había cometido algún pecado vergonzoso, se arrojaba sobre su mujer y la golpeaba bárbaramente hasta que se le calentaban o le

dolían las manos. Un día le pregunté el motivo de aquel feroz sistema y me respondió que conocía muy bien la inocencia de aquella desgraciada, pero que no tenía otro camino para desfogar su cólera.

—Si pegase a otro—añadió—me detendrían, mientras que mi mujer me quiere y por esto recibe gustosa los golpes porque sabe que me hacen bien. ¿Crees acaso que soportaría vivir con una mujer, si no me fuese útil en estos casos desesperados?

Cuando el frenesí de la creación se apoderaba de él, Edström no sufría demoras ni descansos. Trabajaba todo el día, paraba sólo unos minutos para engullir la cena y luego volvía al caballete y a la arcilla. A medianoche, en vez de irse a la cama, pedía le sirviesen otra comida, trabajaba de nuevo sin interrupción hasta la mañana, desayunaba de prisa y cogía otra vez la espátula durante todo el día siguiente.

De este modo terminó el *Adán y Eva*, que, con todo, aún no parecían acabados de plasmar por las manos del Creador, y tenían todavía algo de brutos informes o tristes.

—No te asombres de este dolor—me dijo—. Ya conocen su destino y el de sus descendientes, más atroz todavía.

Quiso esculpir mi busto, pero, cuando pasó la medianoche y Edström quería seguir hasta ser de día, logré escapar del estudio, así que la obra quedó incompleta. Una lástima, porque prometía ser uno de los más reveladores y expresivos retratos de cuantos he tenido.

Por aquel entonces Edström se enamoró locamente de una hermosa señora francesa de unos treinta años, que se hacía pasar por condesa y se alojaba en el hotel Baglioni. Edström iba casi todas las noches, pero como

la bella señora francesa le recibía con poco agrado, cuando estaba solo, algunas veces nos rogaba a Ghiglia y a mí que le acompañásemos. La señora era bastante guapa e ingeniosa y hablaba gustosa con nosotros de literatura y de arte. Pero Edström, incluso en nuestra presencia, la apremiaba con sus apasionadas declaraciones. Una noche le dijo, entre otras cosas, que la llevaría a su país y que allí, en el interior de un *Fiord* salvaje, edificaría para ella una iglesia al estilo antiguo; iglesia sólo en apariencia, puesto que sería la casa de ambos. En el ábside colocaría una gran cama de encina; sobre la mesa del altar comerían; las dos capillas laterales serían dos enormes chimeneas llameantes donde quemarían troncos de abedules y de alisos. En el centro de la iglesia levantaría una gran estatua de mármol rosáceo de ella, completamente desnuda, y a ambas, a la de carne y a la de mármol ofrecería flores y votos. Sería—decía—el templo del Eros normando y el santuario de la felicidad nórdica.

La bella francesa escuchaba, se divertía y reía pero no tomaba en serio a Edström. Por último, le invitó una noche a cenar y le dijo que le daría la respuesta. Pero cuando Edström, esa deseada noche, subió al corredor donde estaban las habitaciones de su ídolo, oyó que una camarera le decía que la condesa se había marchado unas horas antes y no había dejado misivas ni dirección para nadie. El pobre Edström, desesperado, corrió al café donde sabía que nos encontraría a Ghiglia y a mí, y quiso que le acompañásemos a la fuerza a cenar en la Buca del Lapi, debajo del palacio Antinori. Comió un par de filetes, se bebió una botella de vino y, al fin, medio borracho, empezó a bailar una furiosa danza de su país entre las mesas de la taber-

na. Así terminó el gran amor de Edström, y desde aquella noche no volvió a mencionarlo más.

Poco tiempo después nos dijo que el sol de Italia era demasiado pálido para él. Sentía necesidad de sol, de colores, del mar, de las selvas y de las mujeres de los trópicos. Y, efectivamente, marchó a Cuba después de haber reexpedido a su mujer para Suecia.

A nadie escribió y creí que no le vería más. Pero una mañana temprano, mientras todavía dormía en mi habitación de la rue Bonaparte en París, me despertaron unos fuertes golpes en la puerta. Me levanté, abrí y vi ante mí a David Edström, más fresco y robusto que nunca. No me dejó tiempo ni para preguntarle. Me dijo con voz estentórea que me vistiera rápido para acompañarle a la Gare du Nord, porque tenía que marcharse aquella misma mañana. Salimos juntos entre la fría niebla invernal; fuimos a un café y me contó que en Cuba se había hecho célebre, pero que no le gustaba.

—Se suda día y noche y los hombres parecen grandes monos que se afeitaban de pies a cabeza. Sin embargo—añadió—he encontrado a una mujer maravillosa, una Venus ecuatorial en todo su esplendor, un cuerpo lleno de fuego, dos ojos llenos de estrellas y un alma de esclava: lo que precisamente necesito.

—¿Y no te la trajiste?—le pregunté.

—No; en este clima de rana y de topos se agostaría y perdería su esplendor.

—Y ahora ¿dónde vas?

—A mi tierra, a divorciarme de mi mujer y casarme con la cubana.

En la Gare du Nord, llena de humo y de niebla, me dió un fuerte abrazo, antes de subir al tren.

No le volví a ver más y no sé qué fin ha tenido.

LA REVOLUCION DE LAS GALIAS

LLEGUÉ por primera vez a París en una brumosa mañana de otoño de 1906, con muy poco dinero pero con muchas esperanzas. El célebre editor Alcan, por mediación de Bergson, se había comprometido a publicar un libro mío sobre el pragmatismo, y de él esperaba un poco de fama y alguna ganancia.

Me alojé como pude en un cuartucho en un quinto piso en la rue Bonaparte, cerca de la iglesia de Saint Germain-des-Prés, y me puse a trabajar. Un Napoleón de yeso encima de la chimenea de mi habitación siempre apagada, me miraba con fiereza y me parecía buen augurio encontrar allí uno de los héroes de mi ambiciosa juventud, e italiano por añadidura. Pero pronto me percaté de que en aquel cuchitril frío y oscuro no era fácil pensar y mucho menos escribir. La ventana con sus cristales sucios daba a un patio triste como el pozo de un pútrido infierno donde desembocaban desaguaderos de cocinas y letrinas. Fuera, en cambio, estaba París con todas sus luces, sus maravillas, sus mujeres, calles, lujos y monumentos. Y así, en vez de quedarme allí tiritando sobre las cuartillas comencé a deambular cada día para descubrir la ciudad.

París me era muy familiar gracias a las novelas y a las historias. Algunos de sus aspectos y espectáculos superaron mi fantasía, otros, en cambio, me decepcionaron.

Pero no quiero contar aquí las miserias y sorpresas de mi vida en París. Deseo, por el contrario, evocar mi particular estado de ánimo, que puede ser un testimonio de los caracteres italianos de aquellos tiempos.

Al cabo de algunas semanas tuve una impresión extraña, que a mí, extranjero desconocido, deambulante por las calles de la *Ville Lumière* me predispusieron contra París. Esta impresión nació de la lectura de ciertos manifiestos y periódicos que se referían a la separación de la Iglesia y del Estado, a consecuencia de la famosa ley de Combes. El pueblo de Francia, el viejo pueblo antiguo súbdito de Reyes Cristianísimos, intentaba separarse de la Iglesia, es decir, de Roma. Los periódicos al hablar del Nuncio de Su Santidad, Mons. Montagnini, le llamaban con mal disimulado desdén *le Romain, l'italien, l'étranger*. Francia—pensaba yo—quiere romper su último vínculo con Roma, quiere rebelarse contra el postrer vestigio de la antigua dominación latina e italiana.

Por otra parte, observando y recordando, sentía que aquella rebelión era un acto de la mayor ingratitud. Francia tomó de Roma su lengua, su primitiva civilización, la religión que durante tantos siglos la inspiró y sublimó.

En los tiempos modernos había aprendido del Renacimiento italiano, del que nació su clasicismo renovado. Miguel Angel, Cellini y Primaticcio adornaron sus palacios y castillos; un Giunti florentino (Larivey) le dió sus primeras comedias; un Lulli florentino sus primeras obras musicales, una reina florentina, Catalina de Médicis, gobernó a Francia con pulso seguro en circunstancias difíciles; un ministro italiano, Mazzarino, libró a la monarquía francesa de las insidias de los revoltosos feudales; un florentino, Concino Concini, fué durante algunos años el amo de Francia y Luis XIII no se sintió rey hasta que le mandó asesinar vilmente; el descendiente de un Gondi florentino, el cardenal de Retz, fué uno de los protagonistas de la Fronda y dejó

una de las obras maestras de la prosa francesa; el descendiente de un Arrighetti florentino, Riquetti de Mirabeau, fué el primer actor del primer acto de la Revolución Francesa; un italiano de Córcega, de estirpe toscana, Napoleón Bonaparte, ofreció a Francia la más deslumbrante orgía de gloria que jamás tuvo; un oriundo de Italia, Gambetta, fué casi el único que no perdió la esperanza en Francia después del desastre de 1870. Los astrónomos franceses se llamaron Cassini, su más célebre novelista, Zola, era de origen veneciano; en sus teatros habían dominado y dominaban Piccinñi y Cherubini, Rossini y Bellini, Verdi y Puccini; las más preciadas y admiradas obras maestras de los museos parisienses eran obras italianas traídas de Italia, obras de Giotto, de Botticelli, Leonardo, Rafael, Tiziano y Miguel Angel. Y si, por ejemplo, dirigía la mirada a los carteles pegados en las esquinas, observaba que los más vistosos y geniales eran los dibujados por el livornés Cappiello; me di cuenta de que en los teatros se representaban con frecuencia dramas de D'Annunzio y de Nicodemi. La propia ciudad llevaba la prueba clarísima de la imitación italiana. La Madeleine y el Palais Bourbon, el Panthéon y el Institut recordaban a las claras los monumentos romanos supervivientes: la plaza de la Concordia quería competir con la plaza de San Pedro; obeliscos, columnas y arcos de triunfo evocaban necesariamente la Roma antigua y moderna.

Francia, en suma, debía lo más y mejor de su civilización a Roma y a Italia; aun estaba toda ella informada, empapada y fecundada por el genio romano e italiano. El mismo Luis XIV, el rey francés por excelencia, llevó en sus venas sangre italiana y su corazón había palpitado para mujeres italianas. Los más

famosos entre los prosistas, Rabelais y Montaigne, bebieron a grandes sorbos de fuentes italianas; el más francés entre los comediógrafos, Molière, tomó a manos llenas de los comediógrafos italianos; los más franceses entre los poetas, Ronsard y La Fontaine, se alimentaron abundantemente de Petrarca y de Boccaccio; l'Académie Francaise fué modelada sobre la Academia de la Crusca. Galiani, Beccaria y Algarotti triunfaron en los salones parisienses del dieciocho; Napoleón tomó por prototipos de grandeza a César y Augusto en su intento de reconstruir el imperio romano, destinado al cetro del rey de Roma.

Y, con todo, desde casi un siglo a esta parte, Francia intentaba rebelarse contra Italia y no reconocer sus deudas. En literatura se dejó seducir por el romanticismo de origen nórdico; en pintura, con el impresionismo, abandonó la tradición de nuestro Renacimiento basado en el dibujo y la composición; en música, se dejó contagiar por Wagner y con Débussy intentaba reaccionar contra las formas cerradas y las melodías cantables; en política, primero fomentó y luego dificultó la unidad italiana y se opuso por todos los medios a nuestras aspiraciones africanas.

Y, por último, ahora, con la ley de la Separación, trataba con rabia de romper el último hilo que la mantenía espiritualmente unida a Roma.

Sabía que Francia había dado mucho a Italia, especialmente en el siglo XIX y yo mismo, de muchacho, me ejercité mucho en la literatura francesa y sentía una gran gratitud por la rica y atrayente cultura de ese país. Pero, a pesar de todo, me apenaba aquel alejamiento constante de Italia, que a mi ingenuidad juvenil hacía el efecto de una verdadera y propia rebelión espiritual.

Yo, aunque pobre e ignorante en aquella inmensa y rutilante metrópoli, no me dejaba deslumbrar ni cautivar.

En ciertas ocasiones, al atravesar aquellas plazas, sentía agitarse dentro de mí el alma de un procónsul que visitase de incógnito una provincia rebelde y perdida. Otras veces, más que extranjero, me sentía en mi propia casa, más que ciertos franceses ignorantes y desmemoriados, porque veía que las cosas más admirables de ese país estaban inspiradas o copiadas de mi patria. Francia se rebelaba ahora contra el Papa, como ya lo hizo contra César y Bonaparte; pero no podía borrar los testimonios de sus deudas seculares, consignadas en los anales de la historia y en las líneas de los edificios. Y, a pesar de su fastuosidad y hechizo, me reconocí, en París, más italiano que nunca.

REMY DE GOURMONT

Por aquel tiempo el escritor que me atraía más en París era Remy de Gourmont. Había saboreado con placer consciente alguno de sus libros: *La Culture des Idées, Le Chemin de Velours, Physique de L' Amour*, y estaba leyendo en el *Mercure de France* sus ensayos, diálogos, crónicas, donde siempre se respiraba una atmósfera serena y estimulante de gran libertad intelectual. Su burlona falta de prejuicios, su audaz dialéctica, su cultura curiosa y aventurada, su maestría en disociar conceptos y convencionalismos me hacían ver en él el más logrado producto del genio francés, el descendiente de Montaigne y de Voltaire, el heredero de Diderot y de Stendhal, el hijo adoptivo de Renan y de Taine.

La primera vez me citó en el *Mercure de France* pero en el salón donde me introdujeron había mucha gente. Dominaba en el centro Madame Rachilde, mujer del mesurado y cumplido Alfred Vallette, director de la revista, que asaltaba a unos y a otros con los disparos de sus preguntas muchas veces inconvenientes e importunas, de manera que impedía cualquier conversación aparte. Rémy de Gourmont, que se había acurrucado en un rincón, parecía un buho malhumorado, por verse obligado a estar despierto en pleno día; contemplaba con ironía a la charlatana señora y no decía palabra. Cuando el rito mercuriano semanal concluyó y todos se levantaron para salir, Remy de Gourmont se acercó a mí y me dijo que fuese a verle una de aquellas mañanas a su domicilio, donde podríamos hablar sin alboroto.

Remy de Gourmont vivía en una vieja casa de la vieja rue des Saints Pères, en la *rive gauche*. Muchas habitaciones llenas de libros que olían a tabaco y a gato, y me parecieron, en aquella mañana gris de invierno bastante oscuras. Entonces caí en la cuenta de que a Gourmont no le desagradaba la oscuridad. Su cara un poco triste de benedictino herético estaba desfigurada por un *lupus* que debía ser una de las causas, creo, de su soledad estudiosa y de su áspero talento. Aquella deformidad demasiado evidente en él, sensual y también sentimental, tuvo que haber aumentado en él su melancolía y su temor.

Debió percatarse de los pensamientos que me pasaban por la cabeza en aquel momento, porque, apenas se hubo sentado, comenzó a decirme:

—"Sí, señor, delante de usted tiene a un monstruo, y no sólo en el sentido latino de la palabra. Se me considera un monstruo intelectual porque yo no me inclino

ante los mitos corrientes de los políticos, profetas, literatos, moralistas y creyentes que contemplan la verdad absoluta en las pamplinas absurdas y pueriles de los plebeyos y pedantes. Yo soy un monstruo. Desde el punto de vista físico mi rostro desfigurado causa horror a las bellas damas y a los lindos caballeros. Tampoco usted, creo, parece un Adonis ni un Antinoo, pero, consuélese: la fealdad favorece al amor de la libertad y de la verdad. Tersites, que Homero describe como un ser feo y del todo deforme, era el único que daba pruebas de sentido común en la asamblea de los matamoros griegos. Sócrates, que hizo descender la filosofía sobre la tierra, era feo; Sila, el primer dictador de Roma, era repelente; vuestro Dante, Lorenzo el Magnífico y vuestro Miguel Angel no eran hermosos. Mire las facciones de San Francisco, de Savonarola y de Lutero, no son atractivas que digamos; al contrario, pero esos personajes han desencadenado revoluciones de las que siempre se hablará. La fealdad de Mirabeau y de Danton, los primeros héroes de nuestra revolución, fué célebre. Ernesto Hello, que es probablemente el único escritor de talento del catolicismo contemporáneo, era casi deforme. Más aún, si damos crédito a ciertas tradiciones antiguas y a la descripción auténtica del Varón de dolores, que se lee en Isaías, incluso Jesús fué un pequeño judío desprovisto de hermosura".

Le pregunté porqué no había escrito nunca semejantes consideraciones sobre la importancia histórica de la fealdad. Me respondió que hubiera parecido una apología demasiado interesada de su pobre cara.

—"Además—prosiguió—, hay temas mucho más importantes, y le ruego me perdone por haber sacado a relucir mis manías favoritas. Me temo que tendría opiniones bastante diferentes, si tuviese una cara digna

de Apolo. La fealdad hace a uno tímido en asuntos de amor y la timidez se venga convirtiéndose en agresividad intelectual".

Salió la conversación, no sé cómo, del deber o, mejor, de la tentación de manifestar toda la verdad, incluso las más dolorosas y peligrosas verdades.

—Es un problema—dijo Remy de Gourmont—que me ha atormentado con frecuencia. Los hombres son unos animales innobles e hipócritas, pero son más desgraciados que culpables. ¿Hay que seguir los impulsos de la compasión y evitarles una tristeza mayor o es deber nuestro revelar toda la verdad sobre ellos, aunque sea dañosa y cruel? Yo he terminado por adoptar este último criterio, que me parece el más digno e incluso el más acertado. Los hombres, en resumidas cuentas, no merecen nuestra compasión. Y, además, la historia y la experiencia diaria nos enseñan que son desgraciados y malos a pesar de los afeites y disfraces y de las mentiras tradicionales. Tal vez el conocimiento de las más desagradables verdades proporcione con el tiempo algún alivio a su desdicha. Añada además: el riesgo de no ocultar nada no es tan grande como se podría creer. Cuando usted cuenta las verdades más amargas y profundas los hombres no comprenden o no le creen u olvidan pronto lo que les desagrada.

Le vi de nuevo en 1914, pero pocas veces, porque no andaba bien de salud. En 1915, cuando murió, a la edad de sólo cincuenta y siete años, yo fuí el único que escribió extensamente sobre él en un periódico italiano. Hoy sus obras se leen poco, incluso en Francia, mas si tomo en mis manos cualquier libro suyo, caigo en la cuenta de que mi juvenil admiración por Remy de Gourmont no estaba desacertada del todo. Era un hombre sincero que buscaba sinceramente y escribía con

la misma sinceridad. Tiene derecho, además, a la gratitud de los católicos por haber dado a conocer en su hermoso libro sobre el *Latin mystique* los tesoros poco conocidos de la poesía cristiana medieval.

PÉGUY Y SOREL

UNO de los recuerdos más vivos y queridos de mi primera estancia en París fué la visita que hice a los *Cahiers de la Quinzaine* donde tuve la doble suerte de conocer a George Sorel y a Charles Péguy.

El mérito fué de mi amigo Giovanni Vailati el cual desde hacía algún tiempo se carteaba con Sorel sobre temas de historia de las ciencias y me invitó a que le acompañase a la Place de la Sorbone donde estaba entonces la modesta librería de los *Cahiers*.

Vailati, después de presentarme a Sorel, empezó a discutir con él sobre los temas que le apasionaban. Sorel sostenía—siguiendo el camino trazado por los estudios de Duhem—que ya en el medievo algunos filósofos franceses habían determinado ciertos conceptos de la física del Renacimiento, mientras que Vailati, aun sin ser nada nacionalista, defendía la originalidad de Leonardo y de Galileo. De esta manera pude observar a Sorel, del que ya había leído algo y que yo admiraba por su inmensa curiosidad intelectual y su espíritu mordaz y cáustico. Era de mediana estatura y en aquel tiempo tendría unos sesenta años, de aspecto y modales franceses y burgueses; mas cuando hablaba, y hablaba mucho y con franqueza muy alegre, se revelaba en seguida el hombre de gran talento, tanto en el brillo malicioso de su mirada como en los movimientos del ros-

tro y en la prontitud mordaz de sus afirmaciones y réplicas.

En un momento dado, dejando a la historia de las ciencias, empezó a hablar del Cristianismo y, a propósito del Cristianismo de Renan, que confesó admiraba, si bien, según su opinión, había seguido siendo demasiado *prêtre* y se le habían pasado profundas causas históricas y sociales del *phénomène chrétien*.

—"Hoy—dijo de repente—sólo hay verdaderos cristianos entre los ateos. Estos son los únicos que han conservado esas actitudes y costumbres de moralidad austera y fraternal que fueron patrimonio de los cristianos en los primeros siglos. Entre los ateos hay almas que esperan algo nuevo y maravilloso, mientras que la mayoría de los católicos sólo esperan las órdenes de los obispos y el estado de sus cuentas bancarias".

Luego pasó a la política y soltó una andanada de feroces sarcasmos contra los cabecillas socialistas de entonces a los que llamó *aprovechadores de la injusticia, explotadores organizados de la miseria, capitalistas de las masas electorales, feriantes del bromuro democrático* y otros apelativos desdeñosos que ahora no recuerdo. Y de cuando en cuando, volviéndose hacia nosotros, exclamaba:

—"También ustedes tienen en Italia a puercos de esos que se encaraman en los hombros del pueblo para hacer sus pequeños negocios y satisfacer su vanidad y ambición".

En este momento un hombrecillo que hasta entonces había permanecido en la trastienda en la que empinaba y bajaba una escalerilla de madera, para alcanzar las estanterías más altas, entró en la habitación donde

nos hallábamos con Sorel y con acento serio y sosegado dijo:

—"Tiene razón, amigo. Pero uno no tiene derecho a tener razón si no está dispuesto a exponer su vida para demostrar la exactitud de nuestra verdad".

Era Charles Péguy, con su barbilla de color castaño, sus gruesos lentes y su cara apasionada y honrada. Aun no contaba treinta años y presentaba el aspecto entre el estudiante envejecido y el profesor joven; mas, cuando hablaba, con aquel acento sencillo y convencido, se adivinaba el alma del poeta y del apóstol. El año anterior había publicado *Notre Jeunesse*, que sigue siendo uno de los libros más conmovidos y conmovedores, pero que yo, desgraciadamente, no había leído. Su obsesión, por aquellos años, era la duración y el éxito de los *Cahiers de la Quinzaine* y, al saber que yo dirigía en Florencia una revista, me preguntó inmediatamente si sería posible encontrar en Italia suscriptores para los *Cahiers*. Le respondí que procuraría encontrar alguno entre mis amistades y entonces Péguy volvió otra vez a la trastienda, subió a la escalera y me trajo un par de aquellos delgados folletos de cubierta grisácea, impresos con humilde pulcritud.

Se entretuvo todavía algo en hablar con Sorel y conmigo y se veía a las claras que estaba impaciente por volver a su ocupación y a la escalera.

Le pregunté qué obra estaba escribiendo.

—"¿Qué obra? *Es um mystère.*"

Confieso que al pronto no comprendí lo que quería decir. No podía pensar que un socialista, un "hombre moderno" pudiese componer un "auto sacramental", y supuse, por el contrario, que quería mantener en secreto el título de su próximo libro. Sólo más tarde,

cuando apareció el célebre *Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc* comprendí su respuesta y mi error.

"Además—continuó Péguy—no soy un señor que escribe libros. Yo soy ante todo el gerente de los *Cahiers;* es decir, que hago todo lo necesario para que vivan: corrijo las pruebas, voy a la imprenta y yo mismo los llevo al correo. Somos pobres, muy pobres. Los que no quieren los *Cahiers* tienen mucho dinero. Nosotros, que los queremos, no lo tenemos. No tenemos ni secretarios ni empleados ni dependientes. Aquí yo soy el que lo hago todo, el gerente de los *Cahiers.* Y los *Cahiers* son algo muy importante, creo yo. Vale la pena dedicarles todo el tiempo, para que puedan sobrevivir. Dispénseme, pues tengo que reanudar mi trabajo".

El futuro autor de tantas obras maestras, el que había de ser uno de los maestros y héroes de Francia, confesaba humildemente que no era más que un buen librero, un administrador diligente.

Una vez más Péguy penetró en la trastienda y volvió a subir a la escalera.

Vailati y yo permanecimos todavía con Sorel unos minutos y nos habló de un libro, que pensaba escribir sobre el papel de la violencia en la política. El tema abordado por un intelectual puro, como parecía ser Sorel por tantos indicios, me chocó bastante y entonces adiviné la importancia enorme que había de tener incluso para mi patria.

Este libro apareció en 1908 con el título de *Réflexions sur la violence* y en Italia fué publicado por Laterza con un extenso prólogo de Benedetto Croce, y lo leyó con mucho interés un joven socialista de la Romaña que se llamó Benito Mussolini.

LA REINA DE NAPOLES

ENTRE las cartas de recomendación que llevé a París tenía una tarjeta para Ettore Marroni, corresponsal de la *Stampa*, famoso entonces entre los periodistas italianos con el seudónimo de *Bergeret*. Fuí a verle y entablamos una de aquellas conversaciones que me gustaban, llena de fuegos artificiales ideológicos, morteretés y paradojas, sablazos de sentencias breves, ataques, réplicas y contradicciones. Tuve que reconocer que *Bergeret* había acertado en la elección de su seudónimo, porque me pareció aún más que en sus artículos, un escéptico ingenioso y erudito, muy hábil malabarista de las ideas y teorías, aficionado, por espíritu de contradicción, a toda clase de partidismo, hasta el extremo de hacerlo parecer, en aquella época de triunfos democráticos, como un reaccionario a lo De Maistre y a Monaldo Leopardi. Y, de hecho, algún tiempo después, fué expulsado del territorio de la República Francesa a causa de algunas de sus crónicas que no agradaron al Quai d'Orsay.

No me sorprendió, por consiguiente, al decirme que le gustaba ir de vez en cuando a la pequeña corte, legitimista y borbónica, de María Sofía, la última reina de las Dos Sicilias. Su imagen de *"Aguilucha bávara"* había desaparecido, poéticamente desempolvada en las *Vírgenes de las Rocas* de D'Annunzio y los italianos habían evocado aquella mujer que, bastante más varonil que el propio Francisquillo, había animado la desesperada defensa de Gaeta y ni siquiera en el destierro desesperó del triunfo de la buena causa.

—Pero ¿vive todavía?—pregunté a *Bergeret*.

—No sólo está viva físicamente, —replicó—sino que su fe tampoco se ha extinguido. Su minúscula corte, a donde acuden los últimos legitimistas napolitanos, y hasta anarquistas y socialistas, es, a mi modo de ver, una de las más raras curiosidades de París.

—¿Y podrás presentármela?

—Con mucho gusto. La reina recibe gustosa a cuantos vienen de Italia. Nos encontraremos el lunes en la puerta de *Chez Maxim*, comeremos juntos y luego iremos a ver a la reina.

Entré, por primera y última vez, en aquel restaurante de lujo, célebre en aquel tiempo, y vi y comí cosas nunca vistas. Luego tomamos un *taxi* en la plaza de la Concordia y fuimos a la estación, de donde nos trasladamos a Nenilly-sur-Seine, donde vivía María Sofía.

Nos introdujeron en un amplio salón, medio a oscuras a causa de los pesados cortinones de las ventanas, pero que me pareció lleno de viejos retratos de personajes, en ricos marcos, cargados de bandas, de alamares y de *crachats*. En aquella antecámara estaban sentadas otras personas y de pronto oí una voz que pronunciaba frases rápidas en dialecto napolitano. Después de una larga espera nos hicieron pasar a un saloncito más reducido y mejor alumbrado, donde en una especie de sillón dorado, que podría parecer incluso un trono, estaba sentada la reina de Nápoles. Era bastante diferente de la esbelta amazona que alentaba á los soldados en los glacis de Gaeta en 1860, pero de sus facciones, en las que se reconocían los rasgos germánicos, se traslucía aún algún rasgo de la altivez regia de los Wittelbach.

Luego que *Bergeret* me hubo presentado, la reina me

preguntó qué hacía en París. Le dije la verdad, que estaba escribiendo un libro de filosofía.

—¿Filosofía?—exclamó la reina escandalizada—. Para tener derecho a ser filósofo se necesita haber vivido muchos años y haber experimentado muchos desengaños. Usted es demasiado joven y no ha sufrido todavía.

Le expliqué que no se trataba de filosofía en el sentido corriente de la palabra, sino de teorías sobre el conocimiento y la acción. Me pareció que no entendía bien.

—Mi suegro—replicó—el rey Fernando, era de la opinión de que todos los filósofos deberían ser ahorcados porque no hacen otra cosa que embrollar el cerebro del pueblo. Tal vez—añadió sonriendo—su majestad era demasiado severo, pero hoy los gobiernos son demasiado indulgentes, ya que meten a los filósofos en los Parlamentos y en las Academias en vez de la horca.

Procuré entonces cambiar de tema y hacer recaer la conversación sobre los hechos del 1860. Naturalmente, no le dije que mi padre combatió en Volturno contra los Borbones, pero *Bergenet* dijo a la reina que yo había escrito en el *Regno* un artículo despectivo e irónico sobre el rey Víctor Manuel, titulado: *El general en uniforme de diario.*

—Hizo usted muy bien—asintió la reina—. A los reyes no les queda hoy más que el prestigio del boato, y si llevan una vida de pequeños burgueses, como el rey de Italia, es natural que a cualquier burgués, súbdito suyo, se le ocurra la idea de ocupar su puesto.

Le pregunté cuál era su opinión sobre las causas de la caída de la dinastía borbónica.

—Casi todo el pueblo de las Dos Sicilias—replicó—era fiel a su rey legítimo, pero el conde de Cavour consiguió corromper a algunos generales de nuestro ejér-

cito, que se retiraron de la lucha, dejando libre el camino a Garibaldi. Y la fortaleza de Gaeta no se hubiera rendido de no haber llegado la artillería del rey de Cerdeña, el cual, poco tiempo antes, había ofrecido su alianza al rey, mi esposo. Mas el pueblo siguió fiel a la dinastía. Lo que los historiadores italianos llamaron *"guerra de bandolerismo"* fué la generosa rebelión de los humildes contra el régimen piamontés. Si mi esposo, en vez de quedarse en Roma, hubiese atravesado las fronteras del Reino y se hubiese puesto a la cabeza de los insurrectos reuniendo en un solo ejército a las bandas dispersas, hubiésemos entrado victoriosos en el Palacio Real de Nápoles.

La reina guardó silencio, suspiró y luego añadió:

—Por los demás, todas las dinastías están destinadas a desaparecer más pronto o más tarde. Tampoco en Italia, a juzgar por lo que dicen, están tranquilos ni contentos. Y quién sabe si los Saboya tendrán que tomar, un día u otro, el camino del destierro.

En ese momento se anunciaron otras visitas y *Bergeret* y yo nos despedimos de la nostálgica María Sofía. Pero su profecía se me quedó grabada en la memoria y revivió en mi mente con mayor intensidad en la primavera de 1946, cuando el viejo rey Víctor Manuel se embarcó, precisamente en la antigua capital borbónica, en el navío que había de conducirle al exilio.

LA MIRADA DE LENIN

A fines de 1907 una noche oscura y lluviosa de noviembre mi amigo Soffici me condujo a un apartado barrio de París, para mí desconocido hasta entonces, y al llegar a una plazoleta en encrucijada, me

dijo le esperase unos minutos, pues tenía que ir allí cerca a dar un recado a unos conocidos rusos. Por delicadeza no quise preguntarle a mi amigo, pero creí entender que se trataba de un ruso exilado, tal vez de una guarida de aquellos revolucionarios que estaban vigilados entonces por los agentes secretos del zar.

Soffici entró en una casita baja de aspecto mugriento y me puse a esperarlo a poca distancia en la desembocadura de la calle debajo de una farola. Momentos después salió de una de aquellas puertas —acaso de la misma por donde había entrado mi amigo— una mujer de mediana edad, más bien corpulenta, sencillamente vestida de oscuro y que con seguridad no era francesa. Después de haber dado algunos pasos me vió y se paró de improviso delante mía clavando en mí sus ojos penetrantes y vivos. Luego, sin más preámbulos, me dijo:

—¿Es usted ruso?

—No, señora.

—¿Es usted alemán?

—No, señora.

—¿Es usted noruego?

—No, señora.

—¿Es usted polaco?

—No, señora.

—¿Es usted inglés?

—No, señora.

—¿Es usted suizo?

—No, señora.

Le venían a la mente todos los países del mundo menos Italia. Pero no quise revelar a una desconocida de qué país era yo.

Me dí cuenta de que mi aspecto, bastante más nórdico que meridional —alto de estatura, pelo casi ru-

bio, ojos claros— no podía hacer sospechar o imaginar a la señora que yo pudiese ser italiano. Aquel extraño interrogatorio me divertía y quise ver a dónde iría a parar la terca desconocida.

—¿Es usted finlandés?

—No, señora.

—¿Es usted sueco?

—No, señora.

—¿Es usted francés?

—No, señora.

Pero en aquel momento surgió detrás de la obstinada interrogadora un hombre más bien bajo, cubierto con un pobre abrigo, con un gorro de piel en la cabeza y cuya cara se me quedó grabada: ojos algo oblícuos, como los de los mogoles, pómulos abultados, barba corta. Se le distinguía perfectamente, puesto que yo me encontraba, como he dicho, debajo de la farola. El hombre me miró con sus ojillos, que me parecieron escrutadores y penetrantes; luego, acaso tranquilizado con mi cara más de poeta que de agente secreto, cogió a la mujer por un brazo, sin decir palabra, con un rápido estirón y los vi desaparecer a los dos en la oscuridad de una de aquellas calles fangosas. Yo me quedé allí imaginando quién pudiera ser aquella pareja y aquel inesperado e inútil interrogatorio.

Dos minutos después reapareció Soffici y le conté lo que me había pasado. No se extrañó de ello, mas no supo decirme quiénes podían ser aquellos dos, rusos sin duda, rusos emigrantes políticos. Pero en 1918, cuando comenzaron a propagarse por el mundo los primeros retratos del dictador bolchevique, reconocí inmediatamente al hombre que me miró con aquellos ojos escrutadores en París, once años antes, en un frío y brumoso atardecer de noviembre. Se trataba

—no cabía la menor duda— de Vladimiro Ulianov, Lenín.

EL PINTOR BENEDICTINO

UNA tarde de verano estaba leyendo junto a Giovanni Vailati un diálogo de Platón en mi elevadísimo despacho del último piso del Palacio Albizi, a saber: Vailati tenía en la mano el texto teubneriano y traducía directamente del griego; yo en cambio, tenía delante la versión inglesa de Jowett, no para comprobar la versión improvisada de mi amigo —que sabía tan bien el griego como el italiano— sino para mi ejercicio y deleite. Y he aquí que en lo más bello de una filípica sofística del perseguidor de Sócrates, se abre la puerta de improviso y entra un personaje nuevo, nunca visto. Era un joven alto y flaco, con la cara huesuda, pero iluminada por una luz insólita, más pura que la del sol. Iba todo vestido de blanco con el cándido hábito de los monjes benedictinos.

El mismo se presentó en seguida, extrañado de nuestro asombro, con sencillez encantadora.

Era holandés y pintor; se había convertido y hecho benedictino y había estudiado en el monasterio de Beuron, donde estaba intentando resucitar la verdadera pintura sacra de los siglos cristianos. Se llamaba Dom Willibrordo Verkade y era huésped de los franciscanos de Fiésole en donde pintaba frescos. Sin embargo, no nos dijo el motivo de su repentina aparición, y yo, ante aquella figura ascética y al mismo tiempo amable, no se me ocurrió preguntárselo. Al observar lo que leíamos, exclamó

—¿Todavía están ustedes en Platón? ¿No saben que

Platón no tiene más título de grandeza que haber sido, sin saberlo, un profeta de Cristo? Platón es la burra de Balaam de la Grecia pagana. Si no hubiese preparado a San Juan y San Agustín, se le hubiera podido echar, sin remordimiento, a la basura.

Tal injuria nos escandalizó mucho a Vailati y a mí que leíamos a Platón con un fin tan distinto. Vailati había sido alumno de los Barnabitas, pero pronto perdió la fe; yo, después de leer a Voltaire, Darwin y Nietzsche, me sentía alejado del Cristianismo, como el que no sabe nadar se mantiene lejos del mar. Por esto, los dos tomamos la defensa de Platón, héroe del pensamiento puro. Pero Dom Willibrordo, enardecido por un amor renovado, como un caballero del Graal, no se rindió a nuestros argumentos.

—Platón no es más que el reflejo mediterráneo del nihilismo indio. Para él, el mundo sensible sólo es apariencia engañosa; sólo existen las ideas, que luego se reducen a un concepto único y vacío de la mente. Y vosotros, hombres de Occidente, nacidos en Italia, ¿os dejáis engatusar por ese seductor? Para nosotros la verdad consiste en la encarnación de lo divino en lo terrenal, y la prueba suprema de esta verdad la tenemos en Cristo, Hijo de Dios y carne de María. En una palabra de Cristo hay más substancia de alimento moral que en cien mil razonamientos de Sócrates. ¡Dejen el *Gorgias* y pónganse a leer a San Mateo!

Los ojos de Dom Willibrordo echaban chispas, su palabra era firme y sonora. Embutido en su níveo sayal parecía un arcángel redentor, llovido del cielo, para agarrar a dos réprobos que estaban para precipitarse en el abismo.

La conversación continuó, pero ahora no recuerdo la continuación. Sólo recuerdo que en un momento

dado Dom Willibrordo se levantó, se persignó y murmuró algunas plegarias sin preocuparse de nuestro asombro.

Cuando se fué, ya éramos amigos, no porque nos hubiese convencido, pero su severa hermosura, su animada elocuencia y su hermoso fuego de artista, la evidente bondad de su corazón nos había cautivado.

Acaso aquélla fuese la primera tentativa de Dios para atraerme a Sí.

La extraña aparición del monje pintor no fué estéril. Algún tiempo después, mientras escribía el capítulo sobre Nietzsche para el *Crepúsculo de los filósofos* recordé el consejo de Dom Willibrordo y, por primera vez, leí los Cuatro Evangelios desde el principio hasta el fin.

Volví a ver nuevas veces a mi nuevo amigo, que también lo fué de mis amigos. Oscar Ghiglia le hizo un bellísimo dibujo a lápiz verde. Todos le apreciábamos porque jamás habíamos encontrado a un monje de inteligencia tan generosa, en el que poesía y santidad parecían arder a la par en un mismo fuego. Dom Willibrordo regresó después a Alemania y escribió un libro, *El Tormento de Dios*, que alcanzó mucho éxito y en el que cuenta también la visita que me hizo tantos años antes.

EL CHINO DE LIVORNO

UN tipo muy diferente, entre los profesores del Instituto de Estudios Superiores, era el de Carlo Puini, que enseñaba lenguas e historia del Extremo Oriente en una de las más estrechas y obtusas aulas delante de tres o cuatro alumnos.

Puini había nacido en Livorno y jamás fué a Chi-

na ni al Tibet ni al Japón y, con todo y eso, su vida entera la había gastado sobre textos antiguos de Asia y su misma alma se había convertido lentamente en india y china, un poco budista y muy taoísta. Lo que él enseñaba, por tanto, no era para él materia objetiva y extraña aprendida sólo con los ojos y la memoria sino la sustancia misma de su espíritu. El estudio de Asia le había transformado en amor y le había convertido de europeo en asiático.

A los veinte años, en 1859, tomó parte en la guerra de la independencia como oficial de ingenieros. Y de regreso a su casa se apasionó por la geología. De la geología pasó a la arqueología y de ésta a las más antiguas civilizaciones orientales. Hombre paciente y concienzudo no se contentó con resúmenes y traducciones sino que aprendió por sí mismo el chino y también el sánscrito, el tibetano y el japonés, y se había prendado de la sabiduría de aquellos lejanos y venerados maestros que habían alimentado la civilización de inmensos pueblos que conocemos mal.

Cuando conocí a Carlo Puini tenía poco más de sesenta años: era un ancianito no hermoso ni conspícuo, que hablaba poco y despacito, reacio a ceremonias y compañías, sencillo pero no descuidado, reservado pero no huraño.

Vivía en una casa vieja y espaciosa en la calle Ricasoli, llena de libros y de manuscritos, de bronces, de marfiles y de lacas chinas y sólo salía de casa para dar dos cortos paseos, siempre los mismos. Por la mañana, sobre las diez, se dirigía al café de Bottegone, en la plaza del Duomo, para leer los periódicos. Aunque sentía un desprecio profundo por el género humano, se complacía en encontrar, cada día, las pruebas constantes y progresivas de su desprecio.

El otro paseo era hacia San Marcos para dar, tres veces por semana, la clase en el Instituto de Estudios Superiores a aquellos tres o cuatro fieles que, en el siglo del maquinismo, se interesaban todavía por Lao-tsé y Chiang-tsé. Y quien conozca Florencia sabe que los dos paseos se hacían en pocas decenas de pasos.

Pero cuando llegaban las vacaciones, terminaba su metódica felicidad. Sus mujeres —se casó con la hija del pintor D'Ancona y tenía una hija única, casada, que vivía con él— deseaban pasar el verano en el campo. El pobre Puini, entonces, tenía que abandonar sus relucientes anaqueles y sus librerías abarrotadas y afrontar un viaje muy diferente. A primeros de julio un *landau* se paraba frente a la puerta de su casa y se veía obligado a subir y a que le llevasen nada menos que hasta Fiesole, a una de las villas Kraus. Y de allí no se movía hasta que, en los primeros días de octubre, el mismo negro *landau* subía a su villa Kraus para devolver felizmente al desterrado chinólogo a su querido museo y estudio de la calle de Ricasoli.

Esta era la vida de este doctísimo eremita orientalista que pongo entre mis maestros, aunque en materia de China, por desgracia, siempre me haya quedado en los primeros rudimentos. Iba a verle con frecuencia y él, con su delicada mano amarilla, como la de sus chinos, sacaba fuera de la vitrina una figurilla antigua, una divinidad, un monstruo, un filósofo y platicaba largamente con su voz igual, de los hombres que habían esculpido y venerado aquellas imágenes admirables. Otras veces cogía algunos de los clásicos, confucionista o taoista, y con sus gruesos lentes casi apoyados en aquellos negros ideogramas impresos sobre ligero papel de arroz, me traducía párrafos enteros de *Lun-yu* y de *Tao-te-king*.

—Los hombres —me decía con una sonrisa maliciosa— sólo me gustan cuando están muertos, y cuanto más tiempo hace que están muertos, más me gustan.

Yo me enamoraba, a través de esa enseñanza familiar, de aquella antigua y profunda sabiduría y le exhortaba a traducir y escribir otros libros para darlos a conocer a Occidente.

—Tiempo perdido —respondía el bueno de Puini— nuestros intrépidos y estúpidos europeos creen que la felicidad del hombre consiste por completo en el arte de correr por la tierra o por el aire a fuerza de petróleo o en matarse unos a otros. Han olvidado la vida interior, que fué la verdadera felicidad de Oriente, y creen que estos libros no son más que fastidiosas antiguallas.

Pero su escéptica indiferencia fué vencida por mi afectuoso tesón y conseguí que en sus últimos años escribiese dos nuevos libros, uno sobre la *Vieja China*, otro acerca del *Taoísmo*, y yo mismo me encargué de la edición.

También Puini, como Regalia, pertenecía a una especie humana, hoy ya casi del todo extinguida: la de los ascetas desinteresados y apasionados por el saber, libres de toda ambición personal y vanidad, honrados y modestos, afectuosos y generosos con los que manifestaban su mismo amor en la búsqueda de la verdad. Eran hombres que vivían *para* la ciencia y no a costa del conocimiento transmitido fríamente a los discípulos.

Si Carlo Puini se hubiese puesto una hermosa túnica de seda a la moda china, en vez de nuestros innobles harapos occidentales, hubiera sido en todo igual a un mandarín de los tiempos antiguos, retirado en su provincia para meditar sobre *Tao* y *Tien*, dichoso

de poder acariciar de vez en cuando un vaso de jade o un Buda de porcelana de sonrisa misteriosa.

ROMAIN ROLLAND

ANTES de que empezasen a salir, en febrero de 1904, las entregas de *Jean Christophe* en los *Cahiers de la Quinzaine* de Péguy, sólo conocía de Romain Rolland la vida de Beethoven, es decir, de uno de los santos más venerados de mi calendario romántico. Pero únicamente las primeras partes de *Jean Christophe*, ese *roman fleuve* que quería ser la epopeya de las rebeldías espirituales del nuevo siglo, me revelaron plenamente el alma y el arte de Romain Rolland, que de musicólogo, biógrafo y poeta dramático llegó a ser de repente el historiador y apologista de un talento semibárbaro y rebelde.

Romain Rolland era, por cultura y voluntad, un verdadero europeo y no se le escapaba ningún indicio y síntoma ni movimiento de las batallas intelectuales que se estaban librando en las diversas naciones del continente. Era uno de los pocos franceses que se habían familiarizado con el italiano y pronto descubrió nuestra *Voce* florentina.

Yo esperaba con impaciencia y leía con avidez los *Chiers* de *Jean Christophe*, y un día tuve la sorpresa y la alegría de recibir uno con una dedicatoria de Romain Rolland. Era la primera parte del volumen intitulado *Dans la maison* (de *Jean Christophe à París)* y llevaba fecha de 21 de febrero de 1909. Al llegar al final, el asombro y la alegría subieron de punto, cuando descubrí que el escritor había añadido, a manera de apéndice, algunas páginas sobre la *Voce* (bajo el epí-

grafe de *Vox Italiae)* y además, la traducción del artículo publicado por mí en el primer número de la *Voce*, que él consideraba *spirituel et vivant* y digno de presentarse como *un bel exemple de la pensée italienne d'aujourd'hui.*

Se trataba del artículo titulado *Italia responde*, en el que intentaba demostrar que muchas de las ideas modernas más célebres habían tenido su primera semilla en ideas de italianos antiguos.

Este testimonio, que venía no mucho después del de William James, me agradó mucho y cuando Rolland —no recuerdo bien si en 1910 o en 1911— vino a pasar unos días a Florencia, quise ir en seguida a verle para conocerle personalmente.

Se hospedaba en una pequeña pensión del Lungarno Acciaioli, cerca del Puente Viejo, y allí encontré a un hombre bastante más diferente de lo que me había figurado.

Jamás vi ningún retrato suyo y, como suele suceder, me había forjado de él una fantástica imagen a través de su héroe *Jean Christophe*. Nada más verle, me di cuenta en seguida de mi error. Rolland tendría, por aquel tiempo, unos cincuenta años, pero era de aspecto gentil y casi delicado. Poseía una hermosa frente alta y más ancha todavía por la retirada de los no muy abundantes cabellos, un hermoso rostro oval, dos ojos de "pensador" sentimental y unos bigotillos sobre una boca pequeña, un tanto femenina. Me había imaginado de muy distinta manera al poeta del tempestuoso *Jean Christophe*. En vez de un titán furibundo y un poco salvaje, me encontraba frente a un amable y cortés tipo de *homme de lettres*, de un distinguido y aplicado *normalien*, más que un epígono del *sturm und drang*.

Entonces me di cuenta —y debí haberlo pensado

antes— que él había sido en la novela el modelo del amigo francés de *Jean Christophe*, es decir, de Olivier y no del protagonista. A pesar de mi desilusión, nuestra conversación fué larga y muy cordial. Me habló, entre otras cosas, de su visión de una civilización espiritual europea.

—"Italia —me dijo— es la aurora y representa los triunfos del pensamiento y de la belleza; Francia es el mediodía radiante de la razón y de la libertad; Alemania es la tarde tempestuosa del retorno a la fuerza creadora del genio primitivo: su voz es la música, su mensaje el idealismo. Ahora esperamos una nueva aurora y su luz, aunque amenazada por las brumas del sufrimiento, aparece en Rusia: su nombre es caridad, el amor desesperado de los hombres. En mi obra he procurado dar nombres a esas etapas de la grandeza europea. Mi *Jean Christophe* pretende ser una síntesis, un proceso, un alegato y, sobre todo, una llamada".

Le pregunté que por qué Inglaterra no figuraba en su cuadro.

—"El pueblo inglés —me respondió— es un gran pueblo y le admiro, pero no consigo amarle. Ha dado al mundo una poesía original y poderosa, pero carece de un alma de artista. Casi no tiene música ni pintura ni arquitectura ni escultura. Cuenta con excelentes sabios pero es pobre en auténticos metafísicos y la metafísica es, a mi juicio, una de las cimas del arte, es decir, del espíritu humano. Los ingleses son, sobre todo, políticos, comerciantes y conquistadores y yo no tengo mucha simpatía por esa gente".

Mientras seguía hablando, me percaté de que a Rolland le atraía intensamente Alemania y no sin motivo hizo que el héroe de su novela épica naciese en Alemania.

—"Usted sabe, como todo el mundo —afirmó— que existen dos Alemanias, la Alemania de Goethe y de Schiller, de Bach y de Beethoven, de Leibnitz y de Kant, que nada tiene que ver con la Alemania que vemos actuando desde 1870: la Alemania de Hegel y de Nietzsche, de Bismark y del Káiser, que es una auténtica amenaza para nuestra civilización. Mas yo me obstino en confiar en que, a pesar de esa vuelta a la barbarie del *faustrecht*, la primera Alemania, la Alemania de la poesía, de la música y del pensamiento fraternal, llevará la ventaja".

La generosa esperanza de Romain Rolland tuvo dos perentorios y terribles desengaños —en 1914 y en 1939— y me imagino lo que habrá tenido que sufrir en los años de sombríos torbellinos. Su humana esperanza de un mundo justo y pacífico había ido peregrinando de Occidente a Oriente: de la Francia de la Revolución a la Alemania del Romanticismo, de Alemania a la Rusia de Tolstoi y, finalmente —después de la primera guerra mundial— a la India de Ghandi. Pero su peregrinación ideal, en dirección inversa a la del sol —de oeste a este— no fué afortunada. Francia fué invadida y Alemania desencadenó dos guerras, Rusia renegó del evangelismo de Tolstoi, la India ha matado a. último héroe de Rolland, al apóstol de la no violencia. Romain Rolland quiso permanecer hasta la muerte *tau dessus de la mêlée*, pero los que están arriba sufren quizá más que los que son arrastrados y arrollados en la refriega.

EL SACERDOTE POETA

La revista *Voce* había fundado, en 1911, una casa editorial y una librería propias, donde casi todos los días, al atardecer, los más asiduos escritores, empezando por el director, Prezzolini, tenían su tertulia y conciliábulo.

Un atardecer de 1912—o 1913—vimos entrar precipitadamente en la estrecha tienda a un hombre de sotana negra que, sin más preámbulos, levantó los brazos al cielo para impartir a todos solemnes y repetidas bendiciones.

Notamos en seguida que no era un sacerdote cualquiera, que era extranjero y que debía haber bebido algo más que el vino de la misa.

Terminado que hubo de trazar cruces sobre nosotros incrédulos, se dió a conocer. Se trataba de Louis Le Cardonnel, sacerdote francés, que desde hacía algún tiempo vivía en Italia y que era considerado como uno de los mejores poetas del movimiento simbolista. Yo le conocía de nombre y también había leído algunos poemas suyos en el *Mercure de France* —que publicaba sus obras— y en seguida empezamos a charlar de todo un poco, como si ya hiciera mucho tiempo que el sacerdote poeta fuese de los nuestros.

Se veía a las claras que estaba *chispo*, pero el vino no le nublaba la mente ni le trababa la lengua, todo lo contrario. Nos contó algunos episodios de su vida. Siendo muy joven, en París, formó parte de una pandilla de *bohèmes* y había declamado poesías en el célebre *Chat Noir* de Montmartre. De improviso se ha-

bía despertado en su corazón la vocación religiosa e ingresó en el seminario francés de Roma, donde fué ungido sacerdote. Volvió a Valence, pero la cura de almas no estaba hecha para él. Por deseo de mayor perfección había entrado en el monasterio benedictino de Ligugé, pero pronto salió. Se hizo novicio de los oratorianos, pero tampoco entre ellos halló lo que buscaba. Era sacerdote y sacerdote de fe, de buena fe, pero tenía necesidad de libertad y no podía por menos de escribir poesías. El obispo de Valence le había dado licencia para que fuese a donde quisiese. Había venido a Italia, que amaba con pasión; vivió algún tiempo en Roma y en Asís. Actualmente vivía en la casa parroquial de San Biagio, cerca de Figline Valdarno, como huésped de don Bruno Binazzi, primo del poeta Bino Binazzi, y de vez en cuando venía a Florencia en busca de libros franceses y de vino del Chianti.

Era un hombre de unos cincuenta años, todavía de buen aspecto, con una hermosa cara de asceta dionisíaco, iluminada por dos ojos meridionales, móviles y escudriñadores.

En cierto momento, le pregunté por qué nos había impartido todas aquellas bendiciones, aun sabiendo que no éramos en absoluto devotos hijos de la madre Iglesia.

—"Cristo —me contestó— tiene derecho a penetrar en cualquier parte donde reina el espíritu. Todo lo que es bello es cristiano, porque la belleza es la hija primogénita de Dios y ha hecho resonar su voz en la poesía de las Escrituras. Si ustedes aman sinceramente la belleza y la poesía, están destinados a ser amigos de Cristo. Mi bendición sacerdotal, aunque proceda de un sacerdote indigno, les ayudará a encontrar la casa paterna".

Louis Le Cardonnel volvió varias veces a nuestra librería y reiteraba otras tantas sus bendiciones. Una tarde, con gran asombro de los camareros y clientes, vino al café de *Giubbe Rosse* y se sentó en nuestra mesa, no sin antes habernos signado a todos y cada uno invocando a la Trinidad. En seguida echamos de ver que había bebido más que de costumbre, pero pidió sin pestañear un vaso de Málaga. Entre nosotros había un joven poeta que Le Cardonnel aun no conocía y le inspiró en seguida mucha simpatía. Clavó en él su mirada inspirada y comenzó a recitar de memoria, con el énfasis un poco grotesco de los bebidos:

Aedo, de dulce mirada,
Siempre dirigida hacia su hermano Azur
Con tu blanca frente que se alza,
Por encima de las frentes de tus hermanos mayores,
Esgrimes tus versos como un Tirso.

Y continuó hasta el final con el rostro muy encendido, como si hiciese una declaración de amor. Es menester saber que una de las tres pasiones profanas del sacerdote poeta, después de la poesía y del vino, era la juventud y también en Figline le veían siempre en compañía de adolescentes y jóvenes. Le Cardonnel no ocultaba en absoluto que era *enemigo de las mujeres*, pero creo que su amor socrático nunca traspasó los límites del platonismo. Me dijo un día que estaba contento de vivir en Figline, porque era la patria de Marsilio Ficino.

—"Ficino ha sido el que ha devuelto la luz del divino Platón al Occidente embrutecido por el maestro Aristóteles".

Debo confesar que Le Cardonnel me daba la impresión, por su sistema de vida y por el desenfado con

que hablaba, de que era un pagano disfrazado —fiel de Baco y discípulo de Apolo— más que un sacerdote católico. Un día no pude contenerme y le pregunté a boca de jarro por qué no se decidía a colgar los hábitos. El poeta me miró con insólita severidad y me dijo:

—"Joven amigo, siento mucho decirle que en este momento está usted muy lejos de la verdad. Estos hábitos que usted me invita a dejar no son una simple sotana negra que me pongo por costumbre. Son una armadura, una auténtica armadura, destinada a salvarme. Ella cubre una carne de pecador, mi pobre carne de pecador. Pero si yo no llevase esta armadura bienhechora y sagrada, el pecador, que soy yo, se convertiría en un demonio desencadenado. A pesar de las vergonzosas debilidades de mi cuerpo, creo en Dios con toda mi alma. Como pecador puedo confiar en su Misericordia; pero si me despojo de esta armadura y me transformo en diablo, seré la eterna presa de su Justicia. Su consejo no es razonable, amigo, y me quedo con mis queridos hábitos. El enemigo habla por su boca, pero si Dios, un día, le arrancara de sus garras —y así lo espero con toda mi alma— entonces se acordará de este viejo sacerdote y de su confesión".

Ante la inesperada gravedad de Le Cardonnel no supe encontrar ninguna respuesta. Me miró unos instantes en silencio, y luego añadió:

—"Sí, amigo, estoy borracho, pero no solamente del zumo de la vid. Estoy también borracho de poesía y de amor".

Tuve ocasión, más tarde, de asistir a una misa suya y por primera vez, quizá, en mi vida, comprendí que la misa es un poema. Le Cardonnel no mascullaba bien el latín del misal, como lo hacen tantos, pero pronunciaba con amor las imaginativas y majestuosas pala-

bras de la Escritura y su rostro aparecía iluminado por una doble luz. Aquel día comprendí que era un auténtico sacerdote y un verdadero poeta.

Aquel fué, creo, el último encuentro con el sacerdote poeta. Unos años más tarde me enteré de que había regresado a Francia. Murió en Aviñón en 1936. Pero su poesía no se ha olvidado: se le ha equiparado a Germain Nouveau, a Francis Jammes y a Paul Claudel, como uno de los poetas católicos más memorables de nuestro tiempo.

F. T. MARINETTI

ALGÚN lector de estas páginas esperará de mí quién sabe cuántas revelaciones sobre el futurismo y su fundador. Lo siento pero no puedo satisfacerle. Para narrar la historia anecdótica del futurismo con todos sus tipos y vicisitudes se necesitaría un libro más bien extenso. Y narrar mi papel en un breve período de esa historia me llevaría a escribir un capítulo de recuerdos personales, mientras que, como dije al principio, este volumen es una colección de testimonios, no una autobiografía.

Sólo contaré alguna impresión personal sobre la persona y la personalidad del creador y promulgador del futurismo italiano. Conocí a F. T. Marinetti a fines de 1913. En aquella época ya había traspasado el *mezzo del cammin di nostra vita*, pero estaba en la cúspide de su gloria y respiraba una vitalidad inquieta y vibrante fuera de lo corriente. Ya estaba casi calvo, pero se daba todavía tono de conquistador omnipotente de mujeres de toda raza y condición. Vestía con elegancia milanesa, se movía con ágil e impetuosa

energía, hablaba con un chaparrón y granizada de palabras bien construídas y perentorias. Tenía gran resistencia física: después de largos viajes y a menudo insomne, corría a un hotel, tomaba un baño caliente, se bebía una taza de café y saltaba a los estrados y escenarios, fresco como una rosa, dispuesto a escaramuzas y batallas, que duraban horas y horas.

Sus llegadas a la pacífica Florencia de aquel tiempo parecían la caída de un meteorito de fuego en un viejo jardín ducal. Telegramas, llamadas telefónicas, carreras en automóvil, citas concertadas o aplazadas, cenas tumultuosas, invasiones en tropel en los cafés burgueses, noches de altercados y reyertas con huracanes de improperios y proyectiles de todas clases.

A Marinetti, causa de tales gresca diurnas y nocturnas, se le consideró entonces y después poco más que un mentecato frenético y reclamista. Se decía que D'Annunzio le había definido *el cretino fosforescente*. Todavía más mordaz y feroz era la definición atribuída a Petrolini. *Un idiota con destellos de... imbecilidad*. Pero, en realidad, Marinetti no era cretino ni idiota. Poseía cierta inteligencia instintiva e intuitiva, aunque nada profunda, y también cierta cultura adquirida de cualquier manera en los colegios de los jesuítas y en los cafés de París y de Milán. Al conocerle de cerca, se descubría, además, que, a pesar de su facha de revolucionario *à tout poil* y de cínico imprudente, era, en el fondo, un pobre diablo, capaz de amistades fraternales y de impulsos generosos. Se veía también que tenía sustancia burguesa en abundancia. Efectivamente, terminó poniendo casa y familia y estuvo sinceramente enamorado de su mujer y de sus hijas.

No voy a hablar de sus teorías, con frecuencia in-

genuas y confusas, que en realidad había recogido aquí y allá, especialmente en las tertulias y revistas francesas y que en su conjunto venían a ser una especie de dannunzianismo adaptado a los mitos más groseros de la civilización mecanicista. Pero quien recuerde la atmósfera cargada y angustiosa de los años que prepararon la primera guerra mundial tendrá que reconocer que la irrupción del futurismo, antes de que se convirtiese en marinettismo, provocó algún efecto saludable: Marinetti, aunque sólo fuese eso, obligó a gran parte de la soñolienta y anquilosada burguesía italiana a apasionarse por los nuevos problemas del arte y de la literatura y a ponerse voluntariamente en contacto con las investigaciones y descubrimientos del nuevo espíritu europeo. Fué como una de esas brutales y furiosas ráfagas de otoño, que levantan suciedad y polvareda, pero que al mismo tiempo traen un poco de alivio a la ciudad medio muerta y alguna brisa salobre de alta mar.

El destino de Marinetti, considerándolo ahora, al cabo de los años, fué, ciertamente, muy extraño y, al fin, doloroso. Este hombre, nacido en Alejandría de Egipto, que se vanagloriaba de haber mamado la leche de una nodriza sudanesa, que había sido educado en los colegios y en los *cabarets* franceses y que conocía el francés bastante mejor que el italiano y que había comenzado su vida literaria con una revista cosmopolita, *Poesía*, en la que se publicaban versos y prosa en todas las lenguas, fué, en cambio, uno de los más frenéticos defensores del amor patrio y creo también que su amor a Italia fué uno de los sentimientos más sinceros de su vida. Con todo, pese a su tenaz nacionalismo, tuvo que percatarse de que su palabra más que en Italia fué acogida por algunos alemanes y ciertos

artistas de la Rusia soviética. Había comenzado su campaña como destructor y burlador de todo convencionalismo académico para terminar luego de secretario de la Sección Letras de la Academia de Italia.

De joven, se presentó como un Don Juan, o mejor, como un Casanova del siglo XX y al final fué esposo feliz y padre cariñoso. Había proclamado a grito pelado que la guerra era *la única higiene del mundo* y vivió lo suficiente para reconocer que la guerra estaba disipando todos sus sueños de grandeza y que había puesto en peligro la misma existencia e independencia de la patria que tanto amaba.

Lo vi por última vez en 1942, en la Farnesina, enfermo, envejecido, irascible e inquieto. Sé que los últimos momentos de su vida, en la febril soledad de Venecia, ante la derrota inminente, abatido y acechado por varias dolencias, fueron muy tristes, casi trágicos. Hasta sus último días dictó un libro que tal vez nunca verá la luz. Porque si, Marinetti, como la mayoría de los hombres, se equivocó y pecó, no hay que olvidar que amó la poesía y a Italia y que sufrió y expió mucho.

EL POETA LOCO

Hoy se habla mucho del poeta Dino Campana y se lleva a cabo una labor activa en torno a su escasa obra: ediciones críticas, publicaciones de obras inéditas, estudio de variantes, ensayos exegéticos y biográficos, tesis de doctorado. Como yo fuí uno de los primeros en publicar algunos de sus escritos en *Lacerba* y el primero que le hice figurar en una antología, quiero contar cómo le conocí y qué recuerdo conservo de él.

Escribió a *Lacerba* en el año de 1913 y Soffici y yo nos dimos cuenta de que no era uno de tantos desconocidos pretenciosos, revestidos de falsa humildad, que enviaban sus eyaculaciones verbales a las revistas. Mi primer encuentro con él tuvo lugar una mañana de verano en el pequeño *Caffè Chinese*, que estaba cerca de la vieja estación derribada. Nos encontramos ante un hombre todavía joven con el aspecto un tanto desmañado del gañán en la ciudad, de miradas huidizas, ya cándidas, como las de un niño, ya desconfiadas como las de un perseguido. Hablamos de poesía y nos dió algunos de sus manuscritos. Comprendimos que había rodado mucho por el mundo, más por desesperación que por afán de buscar y que conocía bastante la poesía moderna francesa. Comprendimos, sobre todo, que era un enfermo mental y no sólo atacado por el sacro morbo de la poesía. Pero nosotros, en aquel tiempo, preferíamos mucho más los locos a los sanos, de modo que le pusimos buena cara tanto a él como a sus prosas.

Supimos que había nacido en Marradi, hijo de un pobre maestro de escuela, que también él estudió para maestro y que se había escapado de su casa y de su país llevando la vida del nómada andariego y soñador; que había pasado algún tiempo en Francia y en la Argentina.

Más tarde, vino a vivir a Florencia y nos encontrábamos con frecuencia en el café o por la calle. Sentía una necesidad constante de salir de casa, paseaba día y noche, especialmente a lo largo del Arno y se pasaba horas y horas sentado sobre el pretil del río.

A veces buscaba la compañía de la gente, otras la rehuía y miraba con malos ojos al que se atrevía a turbar su soledad. Había días en que se apasionaba hablando de sí mismo y del arte saltando gustoso de ra-

ma en rama; otros días estaba mudo y absorto, receloso e intratable. En las discusiones era ordinariamente violento y casi amenazador. Rara vez reía y su risa era tristona y a flor de labios. Casi siempre estaba malhumorado, preocupado, como si quisiese deshacer un ovillo duro y no lograse encontrar el cabo.

Solía ir a *Giubbe Rosse*, al *Paszkowski* y al *Gambrinus* y ofrecía en verdad su librito de los *Cantos Orficos*, pobremente impreso en Marradi. Mas antes de entregar el ejemplar al comprador, clavaba en él sus ojos y luego hojeaba el librito y arrancaba algunas páginas.

—Estas—decía—no son convenientes para usted y es inútil que las lea.

Es más, recuerdo que del ejemplar vendido a Marinetti arrancó casi todas las páginas.

A mí, en cambio, me dió un ejemplar intacto con una dedicatoria.

Demostraba importarle mucho la dedicatoria *al último alemán*, que está al final del libro, y nunca comprendí bien su extraña admiración por Alemania. Tal vez se imaginaba ser de origen nórdico y, en realidad, con su barba rubicunda y sus ojos azul-celestes parecía más germánico que mediterráneo. Conocía bastante bien el alemán y yo, para ayudarle, le dí para traducir una obrita filosófica para la colección *Cultura dell'Anima*, dirigida por mí. Pero, aunque siempre le había ido entregando algún anticipo por ese trabajo, no se decidía nunca a traérmelo. Sin embargo, afirmaba que lo había terminado y un día, para convencerme, subí al cuarto donde vivía. Acorralado por mí, sacó un manojo de cuartillas escritas, pero con gran asombro mío la mitad inferior de las hojas estaba quemada y la superior ennegrecida por las llamas. Me dijo que había arrojado al fuego el manuscrito y que después lo había recogido,

medio quemado, para demostrarme que no había dicho mentira pero que no quería rehacer ni publicar aquella traduccion.

A veces le invitaba a comer a mi casa, con otros amigos, pero ordinariamente llegaba muy tarde, cuando ya nos habíamos levantado de la mesa y no quería aceptar nada, a pesar de mis ruegos y de los de mi mujer. Decía que se había acordado demasiado tarde de mi invitación y que sólo venía a darnos las gracias.

De vez en cuando regresaba a su tierra, quizá porque no conseguía vivir en la ciudad o por otros motivos. Una vez me escribió desde Marradi para pedirme unos manuscritos suyos que decía me había entregado. Le respondí la verdad, es decir, que no tenía ninguno y que recordase mejor a quién se los había dado. Entonces me escribió otra carta furibunda en la que me anunciaba que volvería a Florencia *con un afilado cuchillo* para recobrar por las buenas o por las malas sus escritos. Le repliqué que viniese, si quería, y que le esperaba tranquilo, porque a mí no me los había entregado y no podía restituir lo que no tenía. Luego no hizo nada y, pasado algún tiempo, acudió otra vez a mí para que le encontrase a toda costa un empleo, para librarse de un lazo que le resultaba odioso. Desgraciadamente no tenía ningún puesto que ofrecerle y no hubiera sido fácil encontrar uno para un hombre tan inquieto y extravagante.

Por algún tiempo, nada más supe de él y ya no se le vió más. Después supe con dolor, aunque sin extrañarme, que en 1919 había sido recluído como enfermo peligroso en el manicomio de Castelpulci, donde murió en 1932. La compasión de algunos admiradores suyos —entre los cuales, el primero, Piero Bargellini—le proporcionó un digno sepulcro, junto a la iglesia de la Ba-

dia, en Settimo. A la inauguración de este último asilo del poeta loco asistió el ministro de Educación Nacional, Giuseppe Bottai, en medio de una turba de literatos de toda procedencia y escuela.

Como ya indiqué, reimprimí algunas páginas en la antología de los *Poetas de hoy*, publicada en 1920, cuando Campana vivía todavía, porque me parecía que su poesía, si bien desigual y fragmentaria, tenía un significado propio y merecía no ser olvidada. Pero confieso que no me esperaba la infatuación de estos últimos años en torno a su obra.

Dino Campana tenía, sin duda, algunas de las cualidades que hacen al poeta: una sensibilidad un poco morbosa y enfermiza, pero que palpaba el mundo más allá de lo convencional, una fantasía nostálgica que a veces se manifestaba en resonancias insólitas; una angustia sorda, que rara vez lograba liberarse en un grito inspirado. Pero, a mi juicio, le faltaban demasiadas cosas y principalmente esa conciencia y dominio de sí mismo que únicamente puede llegar a la feliz afirmación del canto. Había en él muchos acordes, acordes más sugeridos que victoriosamente expresados, pero nunca la plenitud espiritual de la música que arrebata el alma.

Pero esos mismos defectos, que se debían a su desorden mental, parecieron, en una época que ha olvidado la genuina poesía perenne, señales y caminos de una nueva experiencia poética.

A los herméticos les gustaba tener un precursor que no fuese, como los demás, francés o inglés, si bien en Campana son visibles las influencias de cierta lírica gala o germana. Y al éxito de la obra de Campana han contribuído, asimismo, otras causas exteriores: el recuerdo de su vida errante y misteriosa y su final hun-

dimiento en la locura. Italia que tuvo grandes poetas, pero que es pobre en *poètes maudits*, se sintió satisfecha de tener un nativo al alcance de la mano, facsímil de Höelderlin, el fugitivo enloquecido; de Rimbaud, el vagabundo frenético. Dino Campana quedará, creo, en la historia de nuestra poesía del siglo XX, pero, pasadas las manías de las modas, en un rinconcito bastante más apartado del que quisieran asignarle los *aficionados* de nuestros días.

PRIMAVERA EN PARIS

JAMÁS vi París tan festivamente lleno de sol y de inteligencia como en la primavera de 1914. Parecía que la vieja Europa, antes de envolverse en el manto de fuego y luto, hubiese querido ofrecerse una última *carrera de antorchas* en uno de sus más famosos *boulevards*.

El tiempo era casi siempre hermoso, el cielo tenía la ternura perlada del más cordial septentrión, la gente parecía contenta de existir y de existir precisamente en aquella germinante estación. En los árboles, que crecían entre las fortalezas burguesas de los caserones negros, apuntaban las primeras hojas, a pesar del aire que olía a bencina y a asfalto húmedo.

Por doquier una alegre prontitud, una temeridad de experiencias, una voluntad de tentar y sobrepasar infundía ánimos y valor a los más adormecidos, esperanzas y embriaguez a los más peligrosos arriesgados. Por todas partes se hablaba de teorías nuevas, aparecían revistas nuevas, se habrían exposiciones nuevas y se revelaban poetas y pintores nuevos. Parecía el festín de Alejandro antes del incendio de Babilonia.

Yo había ido a París con Soffici y Carrà. Vinieron también por algunos días Marinetti y Palazzeschi. París era más que nunca la Alejandría de la cultura moderna, donde convergían hombres de todas las partes de Europa. Los más célebres pintores se llamaban Picasso y Juan Gris, Modigliani y Van Dongen; los escultores más célebres Rosso y Archipenko y había escritores procedentes de todas las partes de Europa.

Pronto me encontré, desde los primeros días, con el inolvidable Guillaume Apollinaire, escritor francés, aunque nacido en Roma de madre polaca. Circulaba por París la leyenda de que era hijo de un cardenal, tal vez porque su corpulencia y, sobre todo, la perspicacia bonachona de su ancha cara tenía algo de prelaticio, algo que recordaba la adiposa malicia del León X de Rafael. Apollinaire era, en aquellos tiempos, uno de los escritores más audaces y discutidos de París y a él se debía, entre otras cosas, la teoría y el éxito de la pintura cubista. Pero no tenía nada del hirsuto refractario de las pasadas contiendas literarias y artísticas. Parecía un señor afable, un caballero *fantaisiste*, pero de exquisito trato; era, como dicen los franceses, *de commerce agréable*. Poseía una cultura muy vasta, de primera mano, conocía los secretos y misterios de las doctrinas antiguas y de la literatura prohibida, curioso por todo lo que no atraía la curiosidad de la gente ordinaria; sabía muchas lenguas y, entre ellas, el italiano. Había publicado ya *Alcools*, que lo revelaba como poeta original, liberado de los lastres del simbolismo y por sus novelas se le puede señalar como uno de los precursores del surrealismo; más aún, creo que el término lo inventó él. Hacía poco había fundado una revista *Les soirées de París*, en la que publiqué un artículo—un parangón entre Croce y Bergson—e inclu-

so me hospedé, junto con Carrà, en el piso del *Boulevard Raspail*, que era la redacción de *Les Soirées:* extraña redacción, siempre desierta, a donde sólo iba, aunque raramente, el taciturno y fantástico secretario de Apollinaire, el barón Mollet.

Con Apollinaire pasamos horas muy hermosas. Un día nos acompañaba a ver los *Marchands de tableaux*, que sostenían la pintura cubista; otro, a una exposición de vanguardistas; por las noches a los *bals musette* o a las misteriosas callejuelas donde los traficantes de plátanos tenían sus almacenes y *bars;* alguna vez al *Cirque d'hiver* o al *Vieux Colombier*, donde vi por primera vez el más célebre drama de Synge: *The playboy of the Western Worel*. Ibamos también a su domicilio en el último piso del *Boulevard Saint Germain*, donde él sólo ocupaba muchas amplias dependencias, llenas de libros, de máscaras japonesas, de esculturas negras y de cuadros cubistas.

No hay que creer, con todo, que nos considerase a mí y a mis amigos como provincianos con quienes se divertiría en hacer de cicerone en un París excéntrico. Sabía perfectamente que nuestro movimiento florentino e italiano corría pareja con todos los movimientos semejantes europeos y nos trataba como buenos compañeros de exploración y batalla. El mismo envió algunos escritos suyos a *Lacerba*, que entonces dirigía yo junto con Soffici.

Otro escritor extraordinario que conocí entonces fué Max Jacob, ya convertido al Catolicismo, pero que no había perdido nada de su índole enigmática, caprichosa y a veces diabólica. Max Jacob era muy diferente de mi amigo Apollinaire. Tenía también él algo de sacerdote, pero de sacerdote secularizado, errante, pobre y parásito, algo vicioso, algo genial, algo ambiguo. Tenía

un rostro extraño de joven envejecido prematuramente, un rostro arrugado y extenuado, no sabría decir si por la ascésis o la sensualidad: un rostro medio santo, medio hechicero. Ya había publicado algunos libros, entre otros la leyenda de San Martorel pero con poco éxito. El mismo vendía estos libros por las casas de sus amigos y, para hacerlos más apetecibles, ponía su dedicatoria en verso. Por ejemplo, a mí me quiso vender una antología de cantos célticos, titulada *La Côte*, con esta dedicatoria que alude a mi "antifilosofía":

Cuando todo está acabado
Y se esperan los desastres
Llega de los astros
Aquel que puede arrojar el rayo y la ballesta
Para destruir, al fin, toda filosofía;
Ese eres tú, Papini

Solía encontrarle en casa de Roch Grey, seudónimo literario de una señora rusa de ingenio saltarín, fautora y protectora del arte vanguardista, que poseía, entre otras cosas, algunos de los más hermosos lienzos del *douanier* Rousseau que jamás había visto. Una noche en que había mucha gente —y creo que también los hermanos Tharaud— Max Jacob excitado por el vino y la conversación quiso a toda costa ejecutar un baile inédito y no puedo olvidar su cuerpo huesudo y desmadejado, enfundado en un traje negro, coronado por su cara contrita de sátiro devoto, de polichinela místico.

Solíamos ir también Soffici, Carrà y yo, a casa de Picasso, donde acudían muchos pintores franceses y extranjeros y una vez por semana a la entonces célebre *Closerie de Lilas*, donde se reunían artistas y escri-

tores de todas las escuelas y de todas las razas y donde conocí al *Prince des Poètes*, a Paul Fort. Paul Fort tenía, en realidad, algo de príncipe destronado: un poco triste, un poco cansado, un poco distraído, con su rostro noble en el que brillaban dos ojos oscuros y profundos de gran visionario. Dirigía entonces *Vers et Prose* y le ayudaba mucho su esposa, mujer sencilla pero inteligente. Incluso recuerdo un largo paseo en *fiacre* a través de algunos barrios de París, que hice con ella, a la caza de un ejemplar, que no se encontraba, de los *Chants de Maldoror* del conde de Lautréamond, que todavía no se habían puesto de moda ni habían sido reeditados y de los que Paul Fort quería sacar unas páginas para *Vers et Prose*.

Conocí a otros muchos escritores, célebres u olvidados, durante aquellos días pero demasiado fugazmente para que valga la pena recordarlos, solamente citaré a uno.

Una de las más memorables veladas de aquella estancia primaveral en París fué la que pasé en casa de Constantino Balmont, amigo de mi amigo Jurghis Baltrusaitis y que, en aquella época, era uno de los más famosos y ruidosos poetas de Rusia, autor, entre otros, de un libro de versos titulado *Queremos ser como el sol*.

Balmont era todavía joven y robusto —aun no frisaba los cincuenta— y con su abundante cabellera, sus largos mostachos y su barbilla puntiaguda saliente, parecía más un mosquetero que un literato. Nos acogió alegremente y nos presentó a mucha gente que llenaba una habitación más bien pequeña. Había muchos rusos de París y también —si mal no recuerdo— el poeta Valerio Brjussof. Pero, sobre todo, muchas mujeres, solteronas, cerebralistas, casi todas en busca

de ilusiones perdidas y de amores nuevos. Balmont, aquella noche, parecía digno del título de su libro: chispeante, centelleante, radiante como el sol, que tanto amaba. Declamó bastantes poesías suyas, primero en ruso y luego en francés, con una voz musicalmente seductora y ademanes mesurados de caballero antiguo. Había en aquella poesía vivas y ardientes imágenes y especialmente invocaciones y nostalgias de una vida abierta y triunfante, de una vida tropical y solar.

Antes de saludarnos, Balmont nos prometió que iría a Italia; más aún, a Florencia y que nos avisaría. En efecto, algunos meses después, me escribió diciéndome que había llegado a mi ciudad y una tarde, hacia las cinco, Soffici y yo fuimos a verle a una pensión de la plaza de la Independencia, donde se alojaba. Nos indicaron su habitación y llamamos. Ninguna respuesta. Llamamos más fuerte. Y entonces oímos detrás de la puerta una voz sorda y ronca de borracho, bastante distinta de aquella de París, que decía:

—No puedo. Volved dentro de dos horas.

Comprendimos que Balmont, siguiendo su costumbre y la de otros poetas, había pasado la noche bebiendo y que todavía, aunque estaba cerca la nueva noche, no había dormido la *turca*. Enamorado del sol, incluso en los países templados, nuestro querido Balmont tenía que contentarse, para decirlo con palabras de Dante, con el *calor del sol che si fa vino*.

Pero volvamos a París. El dinero, desgraciadamente, se estaba acabando —a pesar de algún pequeño giro de mi amigo y editor Vallecchi—. Y me era preciso regresar a casa. Una de las últimas mañanas antes de mi marcha estaba yo escribiendo un artículo para *Lacerba*, justamente cerca del ventanal de un aposento de la planta baja de la redacción de las *Soirées de Pa-*

ris. De pronto sentí que golpeaban el cristal. Levanté la cabeza y vi a una muchacha que me sonreía y me saludaba agitando un ramillete de violetas que llevaba en la mano. No la reconocí —en realidad jamás la había visto antes— y no supe hacer otra cosa que responder con la sonrisa y el gesto, a través de los cristales, al gentil saludo de la desconocida. Probablemente era una estudiante, o acaso, una modistilla a la que mi cabeza encrespada, inclinada sobre las cuartillas, había hecho detenerse y que había querido demostrar de aquella afectuosa manera que he dicho, su compasión o su simpatía por aquel desgraciado poeta que en lugar de estar fuera gozando del sol, estaba allí encerrado, encorvado alineando palabras negras.

Aquella sonrisa juvenil, aquel ramillete de violetas, aquella visión de muchacha desconocida y, sin embargo, amiga, me quedaron en la memoria como el postrer saludo de aquella primavera feliz, como el símbolo afectuoso de aquella ciudad ardiente y acogedora, que todavía no presentía nada de la guerra y muy pronto la agitaría y entenebrecería.

Pocos días después regresé a Florencia. He vuelto a ver París, pero ya no he encontrado aquella airosa alegría, aquel fervoroso afán de descubrimiento, aquella atmósfera de atrevida aventura intelectual, que me había reconfortado y exaltado en la lejana primavera de 1914.